Sandra Bree

¡QUÉ TRAGEDIA MÁS GRANDE, SAMUEL!

Serie Si yo lo llego a saber... 1

Selecta

¡Qué tragedia más grande, Samuel!

SERIE

Si yo lo llego a saber... 1

Sandra Bree

Selecta

A mi familia

Prólogo

Era bastante tarde, más de las doce. Tal vez más de la una de la madrugada. Samuel escuchó entre sueños ruidos que provenían de la planta baja, donde estaba situado el salón, eje central de la casa. También había voces. Su madre hablaba con un tono muy alto y su padre la chistaba para que bajase la entonación. De igual manera continuaba escuchando con claridad el llanto de una mujer.

Lleno de curiosidad al darse cuenta de que no estaba soñando, abrió el cobertor y salió de la cama. A pesar de que la calefacción llev aba encendida todo el día, el suelo estaba helado bajo sus pies.

Sentía curiosidad más que sueño, aunque había tenido un día duro entre clases y entrenamiento de fútbol. A parte de eso era de los pocos niños que se quedaban en el suelo, junto a un carrito rosa de bebé.

—¡No te da vergüenza, Ernesto! —La voz alterada de su madre llenaba todos los rincones—. ¡Le has dicho a esta mujer que eres soltero y que vives con tu madre!

—Clara, por favor, baja la voz que Samuel se va a enterar.

—¡Que se entere! ¡Que sepa la clase de hombre que es su padre! ¡Un marido infiel que ha mentido a esta mujer para llevársela a la cama!

Los llantos de la desconocida se hicieron más fuerte. Eran desgarradores. Repletos de un dolor profundo.

—Clara, te lo ruego. Él solo tiene diez años.

—Ernesto, ¿la quieres?, ¿amas a esta mujer?

Se produjo un silencio largo y pesado. Las manos de Samuel se aferraron con tanta fuerza a los barrotes que soltaron un crujido. Su corazón se detuvo por completo esperando la respuesta de su padre.

—No. Solo pretendía que fuera una aventura. Yo te amo a ti, Clara, y a Samuel.

—¿Y ahora qué hacemos? —preguntó ella, desesperada.

La otra mujer, la amante descarada, habló entre sollozos.

—Ernesto, yo no quería molestarte. He venido a buscarte porque me prometiste que ibas a estar conmigo siempre, cuidando de la niña. ¿Todo lo que dijiste era mentira?

—Lo siento mucho. Tengo una familia...

Samuel se incorporó y se cubrió los oídos con las manos, incapaz de seguir escuchando más. Se apartó de la barandilla. Era increíble que su padre hubiera hecho algo malo, mucho menos a su madre.

Se encerró en su dormitorio y buscó consuelo entre las sábanas. ¿Qué iba a pasar a partir de ese momento? Su padre había dicho que los quería a ellos. ¿Significaba eso que no se iban a divorciar?

Se durmió pensando en todo ello, aunque no cesó de dar vueltas durante toda la noche.

Cuando se levantó al día siguiente para ir al colegio, lo primero que hizo fue buscar el cochecito de bebé, sin embargo, no había rastros de él ni de la mujer que lloraba. Todo volvía a ser igual que antes, como si no hubiera ocurrido nada. ¿Habría sido tan solo una pesadilla?

***

15 años más tarde

Desde el primer momento en que Samuel vio a la rubia, supo de antemano que ella era su media naranja. Nunca había sentido una atracción tan fuerte e inmediata por nadie. Y ese día solo le había bastado con cruzar la vista con unos inocentes ojos azules, que destilaban ternura dentro de un rostro pequeño de rasgos tan

hermosos como los de las ninfas del bosque. Nariz graciosa y un poco respingona, mejillas tersas, frente lisa y unos labios tan apetecibles y rosados que invitaban al pecado. Tanto, que el café que se estaba tomando se quedó insípido de repente.

Ella había entrado en la cafetería más tarde que él. A esas horas no había mucha gente, pero todos los que estaban se habían vuelto a mirarla con curiosidad.

Era muy temprano y hacía frío. La nieve había cesado. Todo se hallaba blanco: los coches, las papeleras, los bancos... Como en una de esas postales navideñas que viajaban de norte a sur en las que no se podía definir la calzada de la carretera.

La joven eligió una mesa cerca de la puerta y pidió un café con leche templada en vaso. Samuel nunca iba a poder olvidar su voz suave y nerviosa, ni la timidez con la que los miró a todos.

En un acto reflejo pagó el café de ella, sin embargo, no se atrevió a acercarse a su mesa para no hacerla sentir incómoda. Estaba muy pensativa, y se dijo que hasta preocupada, por la manera en que se machacaba el labio inferior con unos perfectos y pequeños dientes blancos.

El dueño del bar, Manolo, salió de detrás de la barra de la cafetería con una bandeja y dejó la humeante bebida sobre la mesa de la joven, al tiempo que intercambiaba varias palabras con ella.

Cuando Manolo regresó a su sitio, Samuel lo miró intrigado.

—¿Quién es?

—Pobre —susurró el hombre, consternado —, tiene que ir al centro de la ciudad y, por cómo está el día, va a ser imposible que pase hoy algún autobús.

—Imposible —repitió Samuel volviendo la vista hacia la ventana —. La única opción sería que caminara hasta la gasolinera.

—Sí, se lo he dicho. Es un recorrido largo y no se conoce esta zona.

Samuel debía ir también al centro y su coche se encontraba aparcado en una de las pocas vías transitables.

Mientras se tomaba su café con porras, estuvo dándole vueltas a la cabeza sobre sí debía ofrecerse o no a llevarla. Lo deseaba, no iba a negarlo. Ansiaba hablar con ella, conocerla, y sobre todo advertirle de que algún día estarían juntos, como Elizabeth Bennet y Mr. Darcy,

Hamlet y Ofelia, Romeo y Julieta, Cyrano y Roxana...

Que ese era el destino de los dos.

Levantó la vista al sentir que alguien invadía su espacio vital y se encontró con ella y con sus enormes pozos azules. Estaba parada delante de él con el vaso entre las manos.

—Gracias por invitarme —dijo con una sonrisa capaz de iluminar hasta el rincón más oscuro del mundo, al tiempo que con el mentón señalaba su café—. Eres muy amable.

Samuel se encogió de hombros. Su corazón latía como si se tratara de tambores antes de entrar en guerra. Miró hacia el ventanal desde donde se veía el paisaje, haciendo que ella siguiera sus ojos. Trató de que su voz sonara tranquila al decir:

—Va a ser difícil que llegues hoy a algún sitio en autobús, hasta que no despejen las carreteras de la nieve, ninguno de ellos se atreverá a venir.

—Lo sé, me lo acaba de decir el camarero —respondió ella con la voz un poco tensa—, pero tengo que buscar la manera. —Por unos segundos contempló absorta su vaso, como si estuviera decidiendo si debía contarle algo o no. Levantó la mirada prendiéndose en la de él —. Anoche hice una locura, me escapé de... la escuela, para venir a ver a alguien que conoce el paradero de mi madre, y si no llego a tiempo me voy a meter en un buen lío.

Él inspiró hondo y se pasó la mano por el cabello peinándolo hacia atrás. No fue por presunción. Más bien se trataba de un gesto automático que solía mostrar después de tomar una decisión.

—Si te fías de mí, yo puedo llevarte.

Ella, era obvio que llena de dudas, se mordió el labio con preocupación. Ahí Samuel se dio cuenta de que era muy jovencita. Tal vez tenía diecisiete o dieciocho años, incluso era posible que menos, aunque su cuerpo esbelto de piernas largas era el de una mujer bien formada.

—Te acercaré, no te preocupes —contestó resuelto, eligiendo por ella—. Si quieres puedes llevar mi carnet de identidad en el bolsillo hasta que lleguemos al centro.

La joven abrió los ojos con una mezcla de sorpresa e incertidumbre.

—Podrías quitármelo en el camino —susurró mirándolo con fijeza.

Bien mirado, pensó él, tragando saliva.

—Tú podrías tirarlo por la ventana. —Samuel se encogió de hombros sin tener ni idea de porqué le había sugerido eso—. Además conocerías mi nombre y mi dirección por si debes denunciar. —«O llamarme». Aquellas palabras eran peor y lo sabía. Provocaba todavía más dudas en ella. Pero no podía callarse. Estaba influenciado por algún extraño maleficio que le obligaba a hablar sin pensar.

La joven, con el ceño fruncido, seguía observándolo muy atenta.

—Si eres un asesino de poco me valdría.

Él sonrió divertido y apuntó:

—También podrías serlo tú, que la vida está muy extraña últimamente. —Llamó a Manolo. No quería seguir diciendo cosas a lo loco y que ella pensara que no era más que un degenerado que pretendía hacerle algo por el camino—. Me conoces bien, Manu, dile a esta señorita que no voy matando a diestro y siniestro.

—¿Quiénes son Diestro y Siniestro? —bromeó el hombre soltando una sonora carcajada.

La chica, más relajada que unos minutos atrás, se echó a reír.

—Pues sí que lo estás arreglando —contestó Samuel no pudiendo evitar sacudir la cabeza, riñéndolo.

—Samuel es un poco imbécil —dijo Manolo dirigiéndose a ella al tiempo que pasaba un paño por encima del mostrador—. Pero es buena persona. Es profesor de artes marciales en el gimnasio de la avenida. No sé si llegareis al centro en el estado en el que están las carreteras, pero te aseguro que irás protegida.

La joven asintió. Las palabras del camarero terminaron por convencerla. Si no llegaba al internado en el que vivía iban a matarla. Se arriesgaba a que aquel hombre guapo también lo hiciera. Después de todo, el final habría sido el mismo. Por otro lado, tenía cara de buena persona y, por algún motivo, decidió confiar en él.

—De acuerdo, me iré contigo. En verdad me estarías haciendo un gran favor.

Terminaron de tomarse sus consumiciones y se despidieron del hombre. En la calle, Samuel se frotó las manos.

—Hoy hace un frío de narices —«por no decir de cojones», comentó rompiendo el silencio que se acaba de crear entre ellos.

—Hacía mucho tiempo que no nevaba así.

Llegaron hasta el coche y él le abrió la puerta. Mientras lo rodeaba para subir por el otro lado, vio como ella sacudía sus botas en el exterior antes de acomodarse. Se veía que no era la típica muchacha que se subía a los coches de desconocidos, y aceptar ir con él la generaba bastante intranquilidad.

Lo primero que hizo Samuel fue encender el motor y la calefacción y, entre tanto el cristal térmico hacía su trabajo, se quitó la cazadora y la echó en el asiento de atrás.

—¿Cómo te llamas? —preguntó poniéndose el cinturón y revisando que ella también se lo hubiera colocado.

—Libertad.

La contempló con sorpresa. Era la primera vez que escuchaba ese nombre. Le encantaba. La palabra libertad decía muchas cosas: un pájaro que vuela libre, el viento acariciando las copas de los árboles, el agua escapando del curso de un río...

—Libertad —repitió satisfecho.

—Tú te llamas Samuel, ¿no? Me ha parecido que el camarero te llamaba así.

Él asintió.

Libertad y Samuel.

Así fue como se conocieron en aquel frío día de invierno. Ella estaba a punto de cumplir dieciocho años y vivía en el internado de monjas que había en el centro de la ciudad.

Samuel se prometió que en la siguiente ocasión que se encontrara con ella —lo dejaba en manos del destino— se atrevería a decirle lo que durante el camino se había callado.

Que estaba destinada a ser su mujer.

Capítulo 1

Dos años y unos meses más tarde

Cerré la última maleta y me senté junto a ella, sobre la cama, para contemplar una vez más la alcoba. Tuve que pestañear varias veces luchando contra las lágrimas que amenazaban con escapar de mis ojos.

El cuarto ya no estaba tan bonito ni tan majestuoso como hacía un par de horas, o ya puestos, como los últimos seis años. Mis amigas habían quitado sus dibujos de las paredes y habían dejado el escritorio tan limpio y tan desnudo que tuve la sensación de que era más grande de lo que había creído siempre.

Yo también había recogido mis cosas; las luces led que adornaban el cabecero de la cama, los corazones rosas de la ventana, el espumillón plateado que pendía de la lámpara y que rodeaba el espejo..., todo lo que había hecho que esa alcoba fuera la más auténtica de todo el internado. Una habitación de princesa.

Allí había vivido momentos muy agradables. También algunos diabólicos, ya que las locas disfrazadas de candor, como en mi fuero interno llamaba a las hermanas religiosas de las Tablas Blancas, parecía que nos tenían enfiladas a las tres.

Recordé el primer día que entré en el internado. Un edificio cuyo interior poseía un encanto especial: los techos celestes y abovedados y

las paredes blancas como la nata. Una casona luminosa y llena de vidrieras de colores por la que la luz del día bañaba las estancias. A mí me parecía un palacio con los largos y angostos pasillos, las puertas gigantescas y las ruidosas escaleras.

Una bruja con bigote llamada sor María me presentó ante todo el mundo en medio del comedor. Había cerca de una treintena de chicas ocupando las mesas y ellas solo se detuvieron un minuto, o menos, para mirarme y nuevamente seguir con lo suyo. Por lo menos me habían mirado y, aunque habían sido tan solo unos segundos, me había sentido como la princesa de cuento que soñaba ser.

Sor María me llevó hacia una mesa que tenía un sitio libre. Me obligué a sonreír por educación a las niñas que estaban allí. Así me costara la vida, deseaba integrarme. Y es que una de esas chicas me observaba con mucha desconfianza. Se llamaba Paula.

Siendo sincera conmigo misma, tengo que decir que estaba emocionada. Antes de todo aquello había vivido con mi madre, una bailarina de un espectáculo muy famoso. Yo ansiaba seguir sus pasos, llevaba el baile en la sangre.

Por su trabajo habíamos recorrido la mitad de Europa y cambiado de casa tantas veces que me era difícil acordarme de todas. Habíamos dado más vueltas que una peonza.

Hasta antes de llegar al internado nunca había sostenido una amistad profunda o duradera con nadie, más que la de congratular con los compañeros cuando iba a la escuela, o entretenerme con algunos chiquillos en la arboleda. Por eso, cuando las chicas lindas de la mesa me saludaron, incluida la que deseaba sorberme la sangre, hipnotizándome con sus ojos verdes, y la bruja manifestó que iba a compartir con ellas la habitación, sentí que por fin la estabilidad y el equilibrio llegaban a mi vida. Aunque por otro lado se me acababa la aventura de conocer lugares nuevos habitados por madrastras, dragones y caballeros con armaduras.

Con mi madre lo había pasado bien, pero muchas veces me dejaba sola. Por las noches esperaba a que llegara para que me contara su precioso día. Ella era una mujer muy hermosa, yo la llamaba doncella, y siempre le ocurrían cosas interesantes, como a mí el día que conocí a Samuel en una cafetería. Mi príncipe azul, al que ya no debía buscar más. No lo había vuelto a ver desde aquel día, pero sabía que existía y

eso me mantenía afortunada y viva.

Mi madre era una romántica como yo. Más tierna que el beso de un unicornio, solía decir Paula. Sin embargo, mi madre nunca tuvo suerte en el amor. Todos los caballeros de los que se enamoraba eran villanos, zafios y necios. No se salvaba ninguno.

Cuando cumplí los quince años, las cosas empezaron a deteriorarse. La compañía de ballet se disolvió y mi madre, que tenía muchos caprichos y era muy dispendiosa, se vio tan desbordada por la situación que me dejó prisionera en aquel palacio prometiéndome que volvería a por mí.

Nunca lo hizo y yo no volví a saber de ella, aunque no me rendía y continuaba tratando de encontrarla. En el fondo sentía cierta hostilidad hacia su persona por haberme apartado de su vida de esa manera. Había sido lo más cruel, dramático e indecente que me había pasado en la vida.

—Liber. —Paula asomó la cabeza en el dormitorio y me observó disgustada. Llevaba un moño en lo alto de la coronilla y sus rasgos parecían más arrolladores que de costumbre—. Otra vez soñando con tus cuentos de hadas. ¡Quieres darte prisa, que vamos a llegar tarde!

—Ya estoy lista, solo estaba despidiéndome.

—Piensa que dejaremos esta oscura y fría celda de una vez.

—Siempre serán mis hermosos aposentos —expuse. Paula llevó sus bonitos ojos verdes hacia la ventana, luego hacia mí y se encogió de hombros—. Estoy segura de que aunque disimules conmigo, también lo echarás de menos —le dije.

—Ni en sueños. —Sonrió de forma enigmática—. ¿Necesitas ayuda con eso? —preguntó señalando mis maletas.

Sacudí la cabeza.

—Puedo yo sola, además, no pesa.

—Liber, todo va a salir bien. Por otro lado, piensa que es posible que vuelvas a ver a tu príncipe azul.

Me estremecí por entera y mis mejillas ardieron. Solo escuchar hablar de Samuel hacía que el racimo de mariposas que vivían en mi buche se perturbase.

Desde luego, nos habíamos juntado tres para independizarnos que, si lográbamos sobrevivir fuera de los muros de ladrillo rojo del internado más de una semana, nos debían dar una medalla al mérito y

al valor.

Me incorporé y puse en la espalda la mochila que llevaba conmigo a todas partes. Luego tomé las dos maletas y nos fuimos.

Paula cerró la puerta con suavidad y, aun así, sonó como los eslabones de una cadena al ser arrastrada por el frío suelo de piedra.

Terminamos de despedirnos de las locas disfrazadas de candor y de las compañeras de las que todavía no lo habíamos hecho y salimos por las dobles puertas enrejadas, dejando atrás el país de las fantasías y las tinieblas. Sara, mi otra amiga, y yo, muertas de miedo. Paula, sin embargo, se sentía como los presos que partían del penal: eufórica y con deseos de comerse el mundo a bocados.

—Ese es nuestro coche, en tu caso, princesa, la carroza que te llevará al paraíso.

—No te rías de Liber, Paula —advirtió Sara con mirada severa.

—No te preocupes —dije, acostumbrada—. No dudo que será un edén comparado con esto.

El vehículo, un modelo más antiguo que el defecar, y que se suponía que nos llevaría al apartamento que habíamos alquilado entre las tres, esperaba unos metros más abajo.

Era primavera y el sol daba de lleno en toda la calle. Las delgadas ramas de los árboles que adornaban el paseo se agitaban bajo la dulce caricia de una ligera brisa.

Nos dirigimos hacia nuestro transporte a la carrera. Sara abrió el maletero y Paula se encargó de introducir todo el equipaje. Mientras, yo fui directa a sentarme en la parte de atrás del coche. Olía a ambientador de naranja con una mezcla de cuero viejo. Sara subió detrás de mí.

Saludamos al conductor. Un mozo joven, bastante guapo, que nos miraba embelesado, con la boca entreabierta.

Paula se subió a mi lado, de modo que quedé encajonada entre ellas. Tan apretujada como meter una mano en la lata de patatas *pringles*.

Las tres nos quedamos calladas un rato esperando que alguna se atreviera a romper el incómodo silencio.

Paula se removió en su sitio y, tras carraspear y observarnos con el ceño fruncido, le dijo al chófer:

—Podías haberme ayudado con las maletas.

Él se giró del todo para mirarnos mejor.

—¿Dónde vais?

Me dieron un codazo, ya que era la única que sabía la dirección exacta.

—Calle Miraflores, número 3. Está en las afueras.

—No —contestó él, negando con la cabeza.

—¿No está en las afueras?

Me extrañé. Estaba convencida de que había buscado el apartamento por la misma zona en la que sabía que Samuel trabajaba. Y el gimnasio donde él era profesor, para mí el cuartel general donde el príncipe entrenaba se encontraba al otro lado de la ciudad lindando con la autopista.

—Me refiero a que yo no soy un taxi, ni un Uber, ni nada parecido. Estoy esperando a mi madre que ha entrado a comprar en esa panadería.

Igual que la niña del exorcista, las tres giramos la cabeza con un golpe seco hacia la tienda. Hubo un pequeño revuelo en el interior del vehículo y, cuando me quise dar cuenta, mis amigas habían escapado dejándome sola. Me quedé inmóvil, sin saber qué hacer. Solo era capaz de mirar la cara del chico que estaba tan sorprendido como yo.

Él frunció el ceño al oír que Paula se quejaba. Decía que había colocado el equipaje como las piezas del Tetris y que le costaba volver a sacarlas.

Me espabilé de repente y, con una disculpa que creo que él ni alcanzó a oír, me deslicé hacia la calle con lentitud. Como si de ese modo aquel chaval pudiera borrar de su mente lo que acababa de suceder.

Unos minutos más tarde volvíamos a estar de nuevo en la puerta enrejada del internado, con el equipaje a nuestros pies y la mirada fija en el frente.

—¿Qué acaba de ocurrir? —preguntó Sara, observándonos de reojo.

Moví la cabeza de un lado a otro.

—Esto es un laberinto. Jamás nos dejará escapar —susurré de forma espontánea.

Paula rompió a reír con fuerza y después lo hicimos nosotras al no poder aguantarnos.

—Espero que no nos haya visto nadie —soltó Sara entre carcajadas, que en vez de remitir iban en aumento.

—Parecemos tres pardillas. ¡Hemos empezado de cojones!

—Esa boca, Paula —dije imitando a sor María, lo que provocó más risas todavía.

Por suerte ese día pudimos llegar a nuestra nueva morada, aunque no disfrutamos mucho de la tarde. Yo la pasé decorando mi nuevo dormitorio, colocando los corazones en las ventanas y las led en el cabecero de la cama.

Capítulo 2

Seguro que os preguntáis, cómo tres chicas que salen de un internado después de pasar tanto tiempo dentro podían alquilarse un apartamento. Pues veréis, en realidad fue un golpe de suerte. Tan solo nos había bastado con tener un teléfono móvil. Eso sí, más viejo que las chanclas de Jesucristo, y un desparpajo como el que poseía Paula.

Las hermanas solo nos permitían usarlo para sacar alguna información sobre los estudios, pero Paula, la más impetuosa de las tres, quizá la más atrevida, ya que había que echarle mucho valor para desobedecerlas, empezó a coquetear con las redes sociales. Descubrió un montón de aplicaciones y un par de ellas la atraparon como un gato a un ratón. De hecho, nos arrastró a Sara y a mí. No sé aún de qué manera nos convenció para que saliéramos bailando y haciendo parodias. El caso es que aquello comenzó a tener tantos seguidores que comenzaron a pagarnos por ello. Pero la cosa no se quedó ahí. Paula, de repente, se convirtió en *influencer*, y Sara, que quería ser novelista, escribía sus guiones. Yo, aparte de seguir haciendo aquellos bailecitos cortos, me encargaba de las fotografías y los vídeos.

Hombre, las hermanas no eran tontas y descubrieron lo que hacíamos. Sobre todo, cuando al internado comenzaron a llegar aros de luz y otras cosas como calzado y ropa que nos regalaban, a cambio de que lo anunciáramos.

Paula fue quien expuso los argumentos a las religiosas. Si no nos permitían conseguir dinero así para nuestro futuro, no íbamos a tener más remedio que convertirnos en meretrices el día que saliéramos. Ella no dijo meretrices y yo no voy a repetir sus mismas palabras, lo siento.

Creo que esto fue lo que en verdad escandalizó a las hermanas y, al tiempo, las convenció. Eso, y que de vez en cuando les regalábamos algo.

Tampoco os vayáis a pensar que éramos acaudaladas, ni que íbamos de sobradas. De hecho, yo pensaba buscarme algún trabajo hasta que tuviera la oportunidad de bailar profesionalmente, y Sara quería comenzar a autopublicarse. Aunque he de admitir que no nos iba nada mal. Tampoco hay que olvidar que veníamos de un internado religioso y que teníamos algunas ideas extrañas y quizá muy confundidas sobre todo lo que tuviera que ver con el sexo opuesto. Sara creía que podía quedarse embarazada por dar a un hombre un beso en los labios. Lo mío era casi peor, porque no sabía que existían otras cosas aparte del beso de amor verdadero de los cuentos.

En esos primeros días que vivimos en el apartamento se nos empezó a caer las vendas de los ojos.

Entendí por qué en mi palacio particular habíamos tenido los programas de televisión restringidos. De eso que llaman control parental. También comprendí que a Paula todo aquello le sorprendiera menos que a nosotras, ya que ella se empapaba de todo por las redes. A veces me había querido contar algo, pero a mí me daba tanta vergüenza escucharla que, mientras ella hablaba, mi mente entonaba cancioncillas para no saber lo que decía.

En esa época, aparte de los *tiktokers*, *instagramers*, *youtubers* y toda la pesca, lo que también triunfaba eran los gimnasios. Tres había solo en la avenida y otros tantos repartidos en los alrededores de nuestro distrito.

Yo me había recorrido casi todos ellos esperando encontrar a Samuel. En realidad, no había entrado en ninguno. Tan solo me había paseado delante de ellos. Pero en ninguna de esas ocasiones coincidí con mi príncipe azul. Habían pasado dos años y él podía haberse marchado a otra ciudad. Me dolía pensar que era probable que no lo volviera a ver nunca más. Aunque en mis finales de cuentos siempre

existía el *y fueron felices y comieron perdices.*

Entre buscarlo a él, intentar averiguar el paradero de mi madre y esperar a que me llamaran de algún trabajo, la sensación de temor que me había embargado al salir del internado se acentuó bastante.

—Venga, chicas. Esta noche hay un evento y nos han invitado a una discoteca.

La idea, cuando lo comentó Paula, no me entusiasmaba mucho.

—¿Tenemos que ir las tres? —pregunté.

—Sí. Tú tienes que grabarme, aunque va a haber más gente haciéndolo. No tendrá que ser todo el tiempo, tan solo un rato al principio —observó a Sara que estaba en el sofá, leyendo—. Y tú también vienes porque no vamos a dejarte aquí sola y aburrida. —Tras comprobar que la reacción de nuestra amiga era parecida a la mía, se llevó una mano a la frente—. ¡No me puedo creer que no os haga ilusión, cuando llevamos tanto tiempo planeando cómo nos lo vamos a pasar en nuestro primer gran evento!

—A mí me hace ilusión —respondí, hipócrita—. Pero también me da un poco de cosilla. En las discotecas suele haber mucha gente.

—Eso espero. Va a ser la primera vez que hagamos un directo en un sitio público. ¡Vamos a conocer a un montón de *influencers*!

—De acuerdo. —Sara dejó escapar un sonoro suspiro—. Me apunto —contestó como si pudiera escoger otra opción.

—Necesito saber qué clase de música se bailará. Me gustaría ensayar un poco delante del espejo antes de acudir. —Eso era una de las cosas que más me importaban. Odiaba hacer el ridículo, aunque a veces me viera obligada a ello para subir seguidores.

Paula nos mostró una especie de propaganda. Aquella noche se iba a tratar de música electrónica. Ni qué decir tiene que aquello era *imbailable*. Un montón de personas saltando como ranas con los brazos en alto y, de vez en cuando, utilizando unos movimientos extraños, como si los cuerpos se dejaran llevar por olas. Leyó en mi rostro la incertidumbre y dijo:

—Seguro que nos gusta. De todas maneras, si continuamos así con los seguidores, puede que algún famoso nos invite a un evento más divertido.

Eso no me animó demasiado. Pero si aquello era lo que nos daba de comer, no tenía más remedio que asistir.

Nos pusimos monas —vamos, que teníamos algo de cara en nuestro maquillaje—. Paula había visto un montón de tutoriales y pensaba que sabía hacerlo. Entre que yo no me había maquillado nunca y que me dejó los ojos como la misma Cleopatra, terminé lavándome la cara. Por mi cuenta y riesgo me puse en los labios un *gloss* rosado, un poco de rubor en las mejillas y un rímel suave en las pestañas. Ni crema hidratante, ni base de color, ni correctores, ni ningún producto de esos que hicieran que mi rostro brillara como una farola, ni se cuarteara como un trozo de cartón.

—Es que eres muy guapa, Liber. Tienes razón, no necesitas filtros —acabó de decirme después de dar su visto bueno.

Me puse colorada. No voy a decir que no me considero guapa porque mentiría. Tengo un color de ojos que es bonito, azul como el cielo de verano; pelo largo y rubio un poco ondulado, y nariz pequeña.

Para ser sincera, cuando me miro en un espejo veo a una princesa; bonita, tierna y encantadora.

Sentía predilección por los vestidos largos y ajustados, ya que estaba un poco exhausta del uniforme del internado. De la falda gris y la camisa blanca. Y mucho más de las medias oscuras que nos cubrían hasta por encima de las rodillas.

Llegamos a la discoteca en el momento justo —dicho por Paula—, sin embargo, había más gente que en la celebración de Argentina del último mundial del fútbol. Las hermanas nos habían dejado verlo en la televisión.

Un poco ahogada, la música se escuchaba desde la puerta.

Me sorprendió ver tantas luces que adornaban la fachada que llegué a pensar que no las habían quitado desde las Navidades pasadas.

—¿Estás segura de que nos van a dejar pasar sin entradas? —le susurré a Paula, que estaba enganchada al teléfono móvil.

Ella asintió.

—Acabo de enviar un mensaje a uno de los organizadores.

Efectivamente, dos caballeros muy bien vestidos vinieron a por nosotras. Según íbamos caminando hacia la entrada, la sensación de que todo el mundo nos miraba y cuchicheaba comentando que debíamos ser famosas me gustó. Hizo que me estirara de repente y que

mis pies se deslizaran como si estuviera caminando sobre una pista de hielo. Incluso llegué a saludar a algunos que nos sonreían. Desde luego estaba en mi salsa y sospeché que así se debía de haber sentido mi madre cuando salía de sus espectáculos.

En el interior también había gente para aburrir, pero el lugar era tan espacioso que nadie molestaba a nadie.

Durante la primera hora me dediqué a grabar a Paula y a hacernos selfis. Yo estaba deseando terminar e irme a la pista a bailar, o a escuchar música, o a hacer cualquier otra cosa que no fuera estar escuchando a los *influencers* hablar sobre sus seguidores y sobre las empresas comerciales con las que colaboraban.

Sara se había sentado en un discreto reservado y charlaba con dos muchachas que nos habían presentado nada más entrar, y cuyos nombres olvidé a los pocos segundos. Una de ellas me suena que participaba en la organización del acontecimiento, o algo así. Con los decibelios tan altos, no me había enterado muy bien.

En una oportunidad que vislumbré de escapar, me acerqué a la inmensa y alargada barra. No encontré ni un hueco libre pero, pasito a pasito, y tirando un poco de codos, me fui abriendo sitio hasta llegar a ella.

La casualidad, o tal vez el destino, quiso que me introdujera entre dos hombres que tomaban algo tranquilamente. Sentía el calor de sus miradas sobre mis dos perfiles. Los ignoré a los dos y traté de captar la atención de la camarera.

Era un poco frustrante. Ella no me veía, o si lo hacía, pasaba de mí. Tampoco yo levantaba el brazo de manera exagerada como hacían otros.

—Déjame que te invite —susurró junto a mi oído el caballero que estaba a mi derecha.

Me espigué por entera y un ramalazo, como si hubiera metido los dedos en un enchufe, recorrió todo mi cuerpo. Le reconocí antes de volver la vista hacia él. Llevaba dos años soñando con esa voz aterciopelada y varonil. Era Samuel.

Mis ojos se encontraron con los suyos. Eran de un tono entre verdes y grises. Al observar su cuerpo alto y fuerte y los músculos duros que se adivinaban bajo la camisa, sentí que me quedaba sin respiración. Sonreí al mismo tiempo que asentía con la cabeza.

—Un ron con cola, por favor.

Él llamó a la camarera con un gesto de la mano. La astuta alimaña se acercó enseguida a tomar nota. Mientras ella lo ponía, mi anhelado caballero se presentó:

—Me llamo Samuel.

No sé por qué le seguí el juego. Sabía que me había reconocido, como yo a él.

—Soy Libertad.

—No lo he olvidado —me dijo al tiempo que me besaba las mejillas.

Sentí que flotaba al oler su fragancia. Todas las mariposas que hasta el momento de hablar Samuel se hallaban dormidas empezaron a revolotear por todos los recodos de mi organismo haciendo que mi pulso se acelerase hasta niveles insospechados.

—Yo soy Hugo —anunció el otro caballero.

Lo saludé sin prestarle apenas atención, ya que todos mis sentidos estaban puestos en Samuel. Me sacaba más de una cabeza y era más guapo de lo que recordaba: castaño con mechas naturales en un tono más claro, ojos que brillaban risueños, rasgos firmes y tan perfectos que lo hacían brutalmente atractivo. No se parecía mucho a las ilustraciones de los príncipes de cuento. Él era más poderoso. Destilaba virilidad y fuerza lo mirase por donde lo mirase: en los hombros anchos, en los brazos, en los músculos de las piernas que se predecían bajo el pantalón. Incluso en sus manos.

Me entregó el cubata y nuestros nudillos se rozaron unas décimas de segundo. Ruborizada deslicé la vista al suelo. Él no hacía más que observarme de arriba abajo como si no pudiera creer que yo estuviera allí. Sé que también observaba los cambios que se habían producido en mí durante esos dos años. No eran muchos. Tal vez había crecido unos centímetros y tenía la melena más extensa. Samuel también tenía el pelo más largo, y le acariciaba como al descuido el cuello y las orejas.

—¿Vienes mucho por aquí? —preguntó con interés, apoyando un codo sobre el mostrador.

Contemplé la pista de baile. La música continuaba sonando y la gente bailaba.

—Es la primera vez —admití—, ¿y tú? —Volví a mirarlo. No

podía evitar hacerlo, porque todo, excepto él, desaparecía cuando hablaba.

—De vez en cuando, pero no mucho. Los lugares así me agobian un poco. Mi primo y unos colegas me han traído casi a la fuerza.

—Rubia, ¿no te habrán acompañado algunas amigas?

Me había olvidado por completo de Hugo y, para ser educada, no tuve más remedio que mirarlo.

—He venido con mis compañeras de piso. Deben de estar por aquí.

Por casualidad, Paula y Sara en ese momento se dirigían hacia nosotros. Hice las presentaciones y todos se saludaron. Al poco llegaron dos hombres más. Uno era el primo de Samuel, Quique, y el otro se llamaba Julián.

—¿Te apetece salir un poco fuera? —me preguntó Samuel.

El resto comenzó a dispersarse dejándonos solos y afirmé con la cabeza. Me agradaba estar en su compañía para poder seguir conociéndole. Total, si pensaba casarme con él algún día, debía asegurarme de que en realidad era mi media naranja.

Nos acomodamos en un sofá bastante ostentoso que poseía su propia mesita. El exterior era una prolongación de la discoteca. La música sonaba algo menos potente y, junto con la suave brisa de aire, se estaba muy bien allí. Todo estaba lleno de pérgolas con pequeñas bombillas blancas.

—Tenía la esperanza de volver a encontrarte algún día —dijo. Había posado el vaso sobre la mesa y se había recostado con la espalda en el sofá—. ¿Llegaste bien aquella vez?

Yo estaba sentada a su lado, solo con el trasero sobre el asiento para poder girarme y verlo mejor.

—Sí. Por suerte nadie me echó en falta y mis amigas pudieron cubrirme.

—¿Has encontrado ya a tu madre?

—No. Es como si se la hubiera tragado la tierra. Debe saber que he salido del internado, lo que no logro entender es por qué no se ha puesto en contacto conmigo. A lo mejor piensa que estoy enfadada con ella.

—Puede que sienta vergüenza, pero vamos, eres su hija y algo se le tiene que remover por dentro.

Me encogí de hombros. Creía haber conocido a mi madre. Nunca se me había pasado por la cabeza que me fuera a abandonar, sin embargo, lo había hecho. Puede que ciertamente no podía mantenerme, o que yo fuera una molestia.

—¿Sigues trabajando en el gimnasio? —pregunté cambiando de tema. En absoluto me molestaba hablar de mi madre, aunque poco más podía decir sobre ella.

Samuel me contestó que sí y me dio la dirección exacta. Aparte de ser profesor era dueño junto a su primo Quique.

Estuvimos hablando de muchas cosas; de su vida, de la mía.

Un poco antes de que amaneciera se ofreció a llevarme a casa. Busqué a mis amigas para avisarles. Ellas se iban a quedar un poco más.

Salimos de la discoteca. La gente continuaba arremolinada en la entrada. Unos que se iban, otros que entraban y otros que se habían pasado la noche acompañando a los porteros.

Caminamos para alejarnos un poco y así conseguir un taxi con más facilidad.

Fue un alivio sentarse en el coche, aunque en mis oídos todavía seguían resonando el bun bun y el dale que te pego de la música.

Le di las señas al conductor.

—¿Qué tal lo has pasado, Libertad?

—Fenomenal —respondí, sincera—. El mejor día de mi vida. —Lo había encontrado, que era lo que más deseaba, y todo lo demás había quedado relegado a un segundo plano.

Me gustaba conversar con él. Escuchar el tono de su voz y observarle cuando hablaba y reía. Me atraía todo. Me hacía sentir especial, protegida. Como si fuera la única mujer del mundo. Una flor a la que debía cuidar, como en mis cuentos.

Capítulo 3

Ella estaba buenísima. No solo tenía un cuerpazo sensual y excitante que le hacía perder la cabeza y ansiar desnudarla, sino que también, por lo poco que la conocía, averiguó que era amable y que sus ojos desbordaban ternura en estado puro. Una de esas mujeres que uno deseaba proteger y al mismo tiempo dominar.

No sabía de dónde podía salir ese primitivo deseo que hiciera que la sangre abandonara su cerebro y se concentrara la mayoría en su miembro. Había conocido a otras mujeres. Gran parte de ellas descaradas. Le gustaba que tomaran la iniciativa. Que lo buscaran. Que mostraran su apetito carnal del mismo modo en que él lo hacía. En cambio, Libertad parecía diferente. Existía una especie de vínculo entre ellos que lo obligaba a verla de un modo especial que no era capaz de entender.

Una vez ya había dicho que ella estaba destinada a ser la mujer de su vida y todavía seguía manteniendo aquella convicción en su interior. En esta ocasión, esa idea era mucho más fuerte que hacía dos años, porque si había tenido paciencia para volver a verla, esta acababa de resquebrajarse como un cristal, pues la Libertad que había visto esa noche, no era la misma niña que él conoció en una cafetería.

Cuando ella se había situado delante de él en la barra de la discoteca, los ojos de Samuel habían recorrido con avidez su cuerpo.

Desde el rubio cabello hasta los zapatos de medio tacón, deteniéndose más tiempo de la cuenta en su redondeado trasero. El vestido que llevaba no disimulaba su forma, al contrario, se ajustaba como si fuera una segunda piel.

No supo si fue el instinto, o su aroma, que aun sin haber visto su cara, adivinó que se trataba de ella.

¿Por qué él se había vuelto a presentar cuando ya se conocían?

Por un juego. O porque le resultaba divertido, o tal vez porque en su fuero interno trataba de advertirle que en esa ocasión no iba a dejarla escapar de nuevo. Como si una presentación cerrase los candados que había permitido durante mucho tiempo que quedaran abiertos.

—¿Estás saliendo con alguien? —Necesitaba saberlo y, aunque le daba lo mismo su respuesta, ya que no iba a hacer que desistiera de sus intenciones, ansiaba con fervor que le dijera que no.

—¿Te refieres a un novio?

Un poco nervioso, asintió.

—Sí, o un amigo íntimo, un marido..., ya sabes.

—No. En realidad, todavía no me ha dado tiempo de conocer a mucha gente, además, en este momento, mi prioridad es conseguir un trabajo para poder aportar en la casa.

—Pero eres *tiktoker*, ¿no?

Ella le había dicho a lo que se dedicaba. No estaba muy puesto en aquel mundillo, aunque conocía a varias alumnas de la escuela a las que de vez en cuando pillaba bailando, si se le podía llamar así a lo que hacían. Cuando les preguntaba, contestaban que eran *tik toks*. Se prometió ver alguno de Libertad. Iba a ser interesante descubrir lo que hacía.

La excitante cara de duende rubio formó una divertida mueca con la boca y, por un instante, imaginó aquellos labios carnosos envolviendo cierta parte de su anatomía que no dejaba de crecer por momentos.

—Paula es la *influencer*. A mí me usa para ganar seguidores haciendo tonterías. Para mí eso no es un trabajo real. Lo hago como un favor para ayudarla. Lo que deseo es ganar dinero para continuar formándome como bailarina y dedicarme a ello profesionalmente.

—¿Quieres ser famosa?

—¡No! Bueno, a veces he soñado con que me conocen en todo el mundo. —Encogió sus delgados hombros—. Los sueños, sueños son. Sin embargo, creo que lo que en realidad deseo es bailar. Cuando lo hago pienso en cosas bonitas y me hace sentir bien.

—¿No has pensado ser profesora?

Ella negó con la cabeza. Se mordisqueó el labio inferior de una forma tan sexy que consiguió alterar sus sentidos más de lo que ya estaban. Samuel sufrió una sacudida repentina bajo los pantalones.

—Nunca se me ha ocurrido —contestó pensativa.

Él sospechó que empezaba a darle vueltas a la cabeza y se sintió satisfecho. No le importaba si ella quería ser famosa. Estaba dispuesto a seguirla por los siete mares de ser necesario. Pero para empezar podía irle bien siendo profesora, y Samuel estaba más que dispuesto a contratarla en el gimnasio. Poseía espacio suficiente para montar una clase de baile en una de las aulas que estaban vacías. Quique no iba a poner ningún impedimento. Estaba seguro de ello.

—Piénsalo. Si tú ya sabes bailar y lo único que quieres es modernizarte, puedes hacer ambas cosas a la vez.

De solo imaginar que si ella aceptaba iba a poder verla todos los días, se le inflamaba la sangre. Era extraño, porque dependiendo de sus gestos, deseaba tratarla con mimo y a la vez follarla como si no hubiera un mañana, algo que no le había sucedido nunca.

Se obligó a mirar hacia adelante haciendo el ejercicio de controlar la respiración. Lo embargaba su perfume y la calidez de aquel cuerpo suave y femenino rozando el suyo como al descuido. El conductor del vehículo iba concentrado en la carretera y no les prestaba la más mínima atención.

—Samuel, ¿me estás ofreciendo trabajo? —preguntó con toda la cabeza vuelta hacia él.

La observó estudiando su reacción y asintió.

—Tú buscas trabajo y yo ampliar las clases del *gym*. Saldríamos ganando los dos.

Libertad se pasó una mano por la barbilla dejando que el dedo índice y el pulgar acariciaran su piel muy despacio, de vez en cuando uno de sus dedos rozaba sus labios y pasaba las yemas sobre ellos. Reflexionaba, y lo hacía de una manera tan erótica que él debió controlarse para no echarse sobre ella y comerle toda la boca. Eso y

levantar la ajustada falda de su vestido para introducir las manos bajo él era lo que más deseaba en ese momento.

Libertad salió del trance en el que había caído.

—Me da un poco de miedo, ¿y si no soy capaz de cumplir tus expectativas?

—El que no arriesga, no gana. Además, puedes subir alguna de las clases a las redes y, de paso, publicitar la academia.

—Es muy buena idea. —Soltó una carcajada corta, nerviosa, y se lamió los labios—. Voy a pensármelo que, con los dos cubatas que me he tomado, ahora mismo soy capaz de aceptar cualquier cosa, incluso alguna indecente y escandalosa.

Samuel tragó con dificultad ante lo que esas palabras implicaban. ¡Joder!, solo debía inclinar un poco la cabeza para apresar su boca y absorber su aliento. Se sentía como un depredador esperando el momento de cazar una gacela. Algo que, por supuesto, no iba a hacer mientras el alcohol ejerciera una mala influencia sobre ella.

De manera automática, sus ojos se deslizaron sobre los pechos jóvenes cubiertos por el fino vestido rojo. La piel desnuda del escote en forma de uve brillaba bajo la luz de las farolas que iban dejando atrás y que pasaban a velocidad por las ventanillas.

Se le pasó por la mente idealizarla sin ropa. Debía tener unas curvas perfectas dentro de su armoniosa figura.

Sin darse cuenta, un fallo por su parte, pues siempre iba pendiente de todo, el taxi se detuvo frente al bloque de apartamentos donde ella vivía. Le dijo al conductor que lo esperara y la acompañó hasta el portal.

Deseaba que ella le invitase a subir a su casa, aunque tenía el presentimiento de que no iba a hacerlo. No suponía que fuera una estrecha, sino demasiado inexperta, y por algún absurdo motivo, esa actitud lo atrapó como el lobo al cordero, sobre todo cuando Libertad susurró con tono dulce:

—Gracias por volver a acompañarme otra vez, Samuel. Me ha encantado verte.

—No será la última —juró, convencido de llevar a cabo su promesa—. Piensa en lo que hemos hablado.

El duende rubio asintió. Alargó el brazo hacia su torso posando la mano sobre él, dejándole incapacitado para respirar. De un modo muy

insinuante trazó una línea desde su pecho hasta donde el pelo se arremolinaba sobre la camisa. Se puso de puntillas para besar sus mejillas.

Samuel trató de no escuchar como la sangre gritaba y de nuevo se ausentaba de su cabeza, dominando del todo el afán de hundir sus labios en el delicado cuello y recorrer cada curva de aquel cuerpo con las manos.

—Lo haré —respondió golpeándole la cara con su aliento.

Algo en el interior de Samuel rugió como una bestia herida.

Ella lo observaba con ojos chispeantes.

Forzó a la razón por encima de todo y puso una distancia prudente entre los dos. Permitió que el envolvente aire de la madrugada le ayudara a conseguir que se relajaran todos sus músculos, que desde que la había visto se hallaban tensos como cuerdas.

—Nos vemos, Libertad. Descansa.

—Tú también.

Samuel caminó hacia el coche sintiendo sobre la espalda los ojos de Libertad. Subió y, al cerrar la puerta, se atrevió a mirarla otra vez. Ella alzó la mano a modo de despedida y, por respuesta, le regaló una sonrisa.

Llegó pronto a su apartamento. Vivía a un par de manzanas del de ella. Su piso estaba situado en el ático de un edificio de doce plantas. Todo el salón estaba lleno de ventanales que daban a una terraza bastante amplia y por los que se podía contemplar buena parte de la ciudad y los campos que se extendían hacia el sur.

Llevaba la imagen de Libertad grababa en su cabeza. El pensamiento de lo que había querido hacer con ella en el sofá de la discoteca, o en el mismo asiento de atrás del taxi, provocó que necesitara darse una ducha con urgencia.

***

A la mañana siguiente, como casi todas las mañanas laborables, se estaba tomando su café con porras donde Manolo, cuando su primo

entró. Era solo dos años menor que él.

—¡Ehh! —saludó Enrique con voz ronca, llegando a su lado. Le propinó una pequeña palmada en el hombro. Ninguno de los dos había dormido nada.

—Buenos días —respondió Samuel con una sonrisa perezosa.

—¿Qué pasó anoche? Hubo un momento en el que os perdí a todos. Me lie a charlar con la pelirroja que nos presentaron y el tiempo se me pasó tan rápido que, al salir, pedí que me devolviesen el dinero.

Samuel arqueó las cejas.

—¿Qué pelirroja?

—No tengo ni idea de cómo se llama. ¿Sara?

—Ah, la amiga de mi duende rubio.

Enrique frunció el ceño, confundido.

—¿Tu duende rubio? —Abrió la boca con sorpresa—. ¿Esa era la tía de la que llevas pillado mogollón de tiempo? ¿La del día de la nevada?

Asintió.

—Está buena, ¿verdad?

Enrique se encogió de hombros. Lo miraba intrigado.

—No me fijé mucho, lo siento. Como estaba todo el tiempo a tu lado, puse mis miras en otros lugares.

—Mejor. ¿Qué tal con esa pelirroja? —inquirió. Él apenas había prestado atención a las amigas de Libertad.

—Es un poco rara. Quiere ser escritora o algo así. No soltó su bebida en toda la noche, no fuera a ser que alguien le echara droga. —Se encogió de hombros y cambió de conversación—. ¿Qué sabes de Hugo?

Samuel sacudió la cabeza.

—Nada. No volví a verlo. Supongo que se fue.

—Pero debió de hacerlo muy mosqueado.

—¿Qué pasó?

—Vas a pensar que como él no me cae bien, te digo esto para joder, pero creo que le interesaba tu duende. Tengo la sensación de que piensa que él la vio primero.

Enrique y Hugo no se llevaban ni mal ni bien, simplemente no se llevaban. Mientras se respetasen como habían estado haciendo todo

ese tiempo, a Samuel le importaba un comino. Otra cosa diferente era que Hugo se encaprichara con Libertad. Por norma era muy pacífico, pero si alguien tocaba algo que era suyo, podían llegar a tener un problema.

Capítulo 4

—¿Por qué no invitaste a subir a casa a tu caballero de brillante armadura? —me preguntó Paula con curiosidad.

—Era muy tarde. ¿Qué íbamos a hacer a esas horas?

—¿Estrenarte?

Los pétalos de las amapolas comparados con el color de mis mejillas tiraban a blancos.

—No habría sabido qué hacer con él. No he estado con un hombre en mi vida.

—Seguro que él te habría enseñado algo —respondió con burla.

—Di qué no —intercaló Sara, un poco exaltada de escucharla hablar así—. De haber subido a ese hombre a casa, la magia que existe entre vosotros habría desaparecido. Libertad busca romanticismo —le recordó a Paula.

—Os recuerdo que no tenemos a ninguna hermana vigilando nuestros cogotes desde hace semanas. A veces actuáis como si continuásemos estando allí. Solo nos falta seguir bendiciendo la mesa. ¿No os dais cuenta de que podemos hacer lo que nos dé la gana?

Sara discrepó de ella.

—¡Hay que hacerse respetar! Puede que para ti sea apto cualquier hombre para hacer el amor, pero para nosotras no. ¿Verdad, Liber?

Estaba yo asintiendo cuando Paula terminó de enchufar el aro de

luz sobre la encimera y se volvió a mirarnos con los brazos cruzados. Nuestro apartamento era bastante diáfano y poseía cocina americana con una isla central.

—No estoy hablando de hacer el amor, si no de follar. De perder la virginidad.

Me ponía nerviosa que hablara sin tapujos, y más que usara palabras como esas. Repliqué:

—No me hagas reír. Hablas como si fueras una entendida en el tema y no tienes ni idea de nada. ¿Con quién has estado tú? Dime. —Paula guardó un silencio tan profundo que seguí hablando—. La primera vez debería ser especial.

—Liber, no quieres perder a ese hombre, ¿verdad? —insistía.

—No.

—Pues tienes que hacer algo. Por lo menos chupársela.

Miré a Paula, confusa. Sara parecía que tampoco estaba entendiendo.

—¿Chuparle el qué?

—La cosa —dijo abriendo mucho los ojos, señalándose sus pudorosas partes.

—¿¡Qué?! ¿Tengo que chuparle eso a Samuel para que sea mi novio? —pregunté incrédula.

Reconozco que, aunque en ese momento ya sabía las cosas básicas del sexo entre una pareja, tal vez por vergüenza no había querido investigar más profundamente sobre el tema.

—No pongas esa cara, Liber. El sexo oral es algo normal.

Sara y yo nos miramos anonadadas.

—Yo pensaba que el sexo oral era conversar dentro de una cama —dijo Sara bajando la voz—... desnudos.

—Pues no —respondió la otra—. Tú le chupas a él y él te chupa a ti.

Fruncí el ceño.

—¿Las tetas?

—Las tetas y todo. Sobre todo, el todo que tenemos ahí abajo.

Sentí como si un aire del desierto me barriese por dentro y todas las mariposas de mi interior comenzaran a aletear a la vez.

—Yo me muero de la vergüenza —confesé—. ¿Cómo nos vamos a chupar eso, si por ahí... hacemos pis?

—Será mejor que cambiemos de conversación —pidió Sara restregándose la cara.

—Yo propongo que nos veamos alguna película porno para aprender. —Paula estaba resuelta a mostrarnos las partes más misteriosas del sexo.

Sara negó con la cabeza y me obligué a imitarla.

En el fondo no me parecía tan mala idea, aunque no me atrevía a expresarlo en voz alta. Una señorita tan recatada y decente como yo jamás habría admitido que sentía mucha curiosidad por saber de eso.

Paula se encogió de hombros.

—Allá vosotras si queréis que os traten como bobas cuando os vayáis a acostar con alguien.

—Paula, ¿tú te has visto alguna de esas películas? —pregunté.

—Entera no, solo algunas escenas. Tenía pavor a que me pillase alguna de las hermanas.

—Yo advierto que eso es pecado —intercaló Sara, ofendida, como desentendiéndose del tema.

—Mira, bonita —Paula la miró con fijeza—, ya va siendo hora de que descubras que cuando sor María decía que Eva y Adán habían comido la fruta prohibida era una metáfora. Tuvieron sexo.

Sara arqueó las cejas y se llevó una mano a la boca, estupefacta.

—¿Sexo oral?

—Sexo, sexo. Venga, ¿nos vemos luego una película de esas?

Mirando de reojo a Sara, afirmé con la cabeza.

—Si quiero que Samuel me ame, debo aprender. Pero mejor esta noche, ahora voy a salir a la calle y no quiero que nadie me lo note en la cara.

Sara se atragantó con su propia saliva y exclamó:

—¡Madre mía, vamos a pecar todas a la vez!

—No estás obligada a verla si no quieres —le dije.

—¡No, claro! Las veis vosotras y a mí que me den, ¿no?

Preferí no seguir hablando del tema por si Paula se arrepentía o Sara la convencía de lo contrario. No iba admitir ahora cambios de planes. Ya me había hecho la idea de que iba a ver una película guarra y no había vuelta atrás.

—Por cierto, Liber —Paula me detuvo antes de marcharme—, tu príncipe azul es un rato guapo. Me gusta. Hacéis muy buena pareja

Sonreí feliz coma una perdiz. Pocas veces solíamos coincidir en gustos sobre los hombres. Mayormente los presentadores de televisión y algún actor de programas que las hermanas no nos hubiesen restringido era lo único que habíamos conocido hasta la fecha.

Salí a averiguar si había alguna academia de baile cercana. Necesitaba dar unas pocas clases para recordar todo lo aprendido en la infancia. Hasta los quince años había estado acudiendo a distintas escuelas, bailando todo tipo de música, desde danza clásica hasta moderna, pasando por el mambo, rumbas, bachatas y salsas. Sin embargo, no hallé ninguna que me llamara la atención especialmente. Opinaba que eran poco profesionales para lo que yo buscaba.

Durante mi paseo por las calles de la zona, pasé tres o cuatro veces por delante del *gym* de Samuel. Estaba deseando decirle que aceptaba su propuesta, pero hasta que no lo tuviera del todo claro, o como poco, consiguiese la seguridad que necesitaba y que había perdido por la falta de práctica de todos esos años, iba a esperar.

¿Cuánto tiempo tenía qué esperar? Si no se la chupaba y todavía no le contestaba sobre ese asunto, era posible que perdiera el interés sobre mí. Eso había dicho Paula. Pero tampoco la creía mucho. Después de todo, Samuel de momento era un amigo recién conocido, o un conocido amigo reciente. Lo que sí estaba claro es que no quería perderle.

Regresé a casa con un par de paquetes de palomitas. Se supone que eso era lo que se comía cuando una iba a ver una película.

Al abrir la puerta noté un ligero tufillo a comida quemada. Paula, que había colocado el aro de luz sobre la encimera de granito y había sujetado el móvil en él, hablaba a la pantalla con una sonrisa de escaparate.

Sobre la placa vitrocerámica había una cacerola que humeaba un poco.

—¿Qué estás haciendo?

Ella me chistó y señaló el teléfono. Susurró:

—Un directo sobre una receta de arroz. —Luego se dirigió a su audiencia—: ¿Os acordáis de Libertad? Saluda, Liber.

Con una sonrisa forzada y un gesto con la palma de la mano, dije hola a sus seguidores. Observé a mi amiga.

—¿Cuándo has aprendido a cocinar?

—Tenemos que empezar a comer cosas normales y no comida basura.

—En eso estoy de acuerdo, pero me da que se te está quemando un poco.

—El arroz tiene que quedar socarrado —me dijo.

—¿Cuánto tiempo llevas cocinándolo?

—Unos minutos.

—Pues parece que lleva una semana al sol.

Ella sacudió una mano.

—Va a estar bueno, ya lo verás.

—Yo de ti no pasaba a nadie el secreto del arroz.

—Liber, me estás entreteniendo. Si al final se me quema, será tu culpa.

—Vale. ¿Has escogido la película que vamos a ver? He traído palomitas.

Ella asintió, se llevó un dedo a la boca señalando que iba a continuar hablando a su público.

Aproveché para ponerme ropa cómoda. Sara no estaba por allí y supuse que se había encerrado en su dormitorio a escribir. Decía que así se podía concentrar mejor.

Unos minutos más tarde escuché a Paula chillar. Nada más abrir la puerta, sentí que me trasladaba a Londres un día de mucha niebla. Había más humo que en la camioneta de Bob Marley. Ella tenía el extractor funcionando a toda leche.

No me dio tiempo a decir nada cuando oí que gritaba:

—¡Se nos quema la cocina!

Escuchamos una pequeña explosión que nos hizo dar un brinco hacia atrás escudándonos tras los muebles. Yo detrás de la lámpara de pie y ella bajo la mesa del comedor. El estallido había sido como el corcho de una botella de champán, pero a lo bestia. De la cacerola emergieron llamas de fuego.

De entre todas las cosas que podía hacer, lo único que se me ocurrió fue gritar más fuerte. Paula me imitó. No sé a quién queríamos dejar sordos.

En pocos segundos se formó un verdadero caos en casa. Agarré un trapo y, usándolo de raqueta, golpeé varias veces la cacerola hasta que por fin cayó al suelo, sobre la tarima. Paula lanzó una jarra de agua

sobre ella, pero con cristal y todo. No se paró a pensar.

Las llamas se extinguieron, pero el humo, blanco y denso, se introducía en nuestros pulmones haciéndonos toser, y en los ojos provocándonos lágrimas.

Como locas, abrimos todas las ventanas y puertas del apartamento. No sé si aquello fue mejor, porque parecía que estábamos en una película de indios y que el general Custer nos había arrasado el campamento.

Sara salió también de su zona de confort al escuchar todo el escándalo. Las tres, armadas con revistas y con lo primero que habíamos cogido, empezamos a abanicar con fuerza empujando el humo hacia las ventanas. Yo, por ejemplo, tenía un matamoscas que no sabía de dónde había salido.

Por fin pudimos respirar más calmadas.

Paula, tras toser varias veces, se giró hacia su teléfono que continuaba grabando y, guiñando un ojo hacia la cámara, dijo:

—Y el arroz ya está en su punto. Adiós, amigos, no os olvidéis darme un *like* si os ha parecido interesante el vídeo.

—No vas a subirlo, ¿verdad? —pregunté, alucinada.

—Pocas veces se ve un incendio en directo.

Yo tenía el corazón latiendo a mil por hora en la garganta y ella pensaba sacar provecho de todas las tonterías que habíamos hecho y gritado.

Al poco tiempo llamaron a la puerta y por unos segundos nos quedamos las tres en silencio, inmóviles cual estatuas. Sara fue a abrir y yo la seguí cerrando la puerta del recibidor detrás de mí.

Un bombero, vestido con casco incluido, nos saludó con amabilidad.

—Buenas tardes, los vecinos han avisado de que salía mucho humo de aquí. ¿Está todo bien?

Olía a quemado que tiraba para atrás.

Sara me miró sin saber qué decir.

—¿Salía de aquí? —pregunté carraspeando, haciéndome la tonta. Como si me estuviera enterando en ese momento. Tenía la sensación de haberme comido una cucharada de carbón.

—Sí.

Sara y yo nos miramos y asentimos.

—¡Ah, sí! Se nos ha socarrado un poco el arroz —respondí—, pero todo bien. Un poquito de humo y nada más.

El hombre me miró incrédulo.

—¿Solo un poco de humo?

—Si quiere pasar a ver el salón, está... —Abrí la puerta del recibidor y la cerré tan rápido que no le dio tiempo ni de echar un vistazo. Estaba más negro que el moco de un minero de los siete enanitos de Blancanieves—... intacto.

Desde luego que no me creyó, entre otras cosas porque Sara me miraba con la boca abierta.

—Bueno, si está todo bien, no tengo nada más que hacer aquí. Os aconsejo que no cerréis las ventanas durante un par de horas por lo menos.

—Vale, gracias.

—¿Por qué le has dicho que no ha pasado nada? —me preguntó Sara cuando cerró la puerta de la entrada.

—Porque nos hubiera hecho pagar la visita. Total, ya no hay fuego.

—¡No os lo vais a creer! —exclamaba Paula, eufórica—. Noventa seguidores de golpe y porrazo y más de trescientas visualizaciones.

Yo sí me lo creía. Nos había faltado poco para tener que evacuar a todos los vecinos del bloque. Seguro que a ellos no les estaba haciendo ni pizca de gracia. A nosotras un poco más tarde, sí.

Capítulo 5

De la película porno que estábamos viendo lo que más me gustaba eran las fantásticas ropas de época que usaban los actores. Ellas iban con vestidos en tonos claros, tan pomposos y abultados que no entraban por las puertas, y ellos usaban pelucas y pantalones bombachos hasta las rodillas —los de ellos me gustaban mucho menos. Es difícil encontrar sexy a un hombre con esas ropas.

La protagonista, una de ellas porque había varias, peinaba unos tirabuzones castaños que parecían espirales de alambre.

Eso sí, la trama no tenía ni pies ni cabeza. Era un sinsentido. Se trataba de una dama de Virginia que estaba esperando a que su prometido llegara de la guerra —del estilo de *Norte y Sur*. El caso es que, cuando él volvía, lo hacía casado. Ella se sentía tan despechada y herida que se acostaba con el hermano de su exprometido, con el criado, con el jardinero..., de hecho se liaba hasta con la recién casada. Vamos, que veo la peli unos años antes y me hubiera traumado.

Mis amigas y yo nos habíamos sentado en el sofá con un par de cubos de palomitas que al final se quedaron enteras. ¿A quién le apetece comer escuchando jadeos y frases guarras? A mí no. Tenía la sensación de que cuando masticaba me perdía una escena o parte de un diálogo. Para cuatro palabras que decían, si encima no podía

escucharlas, pues no sé para qué iba a verla.

De vez en cuando miraba a mis amigas de reojo, más que nada para saber qué caras ponían. Ellas también me miraban a mí y soltábamos risitas de esas tontas. En fin, que al final nos quedamos calladas como tumbas.

Las luces estaban apagadas para crear un ambiente más íntimo y de paso no ver las paredes que se habían quedado grises tirando a negras. ¡A quién se le ocurría hacer arroz socarrado! Que digo yo que Paula podía haber comenzado con algo más facilito: unos espaguetis, unos macarrones...

—¿Ves, Liber? —me señaló Paula apuntando a la pantalla con el índice—. Eso es lo que tienes que hacer con tu príncipe.

No voy a contar la escena porque sería muy desagradable, pero para que os hagáis una idea, la protagonista tenía una boca más grande que el bolsillo de un payaso. Después de eso ¿no le iba a doler la mandíbula? A mí, es el médico cuando me mete el palo en la boca para ver la garganta, y me dan arcadas. ¿Cómo le iba a hacer eso a Samuel?

—Eso es... depravado —comentó Sara.

Depravado o no, no lo sé. Lo que era cierto es que no podíamos apartar los ojos de la pantalla ni cerrar la boca en condiciones.

Voy a admitir que con algunas imágenes me sentí un poco extraña. Era una sensación semejante a coger la varicela. Todo me picaba y todo me ardía. Tenía que ser deseo sexual y necesitaba algo para calmar mi angustia, pero no sabía el qué. Bueno, eso no era cierto, necesitaba el dale que te pego que se traían los actores entre ellos, pero eso quedaba fuera de mi jurisdicción.

Me levanté y caminé directa hacia la ventana.

—¿Dónde vas? —preguntó Sara.

—A abrirlas. Continúa oliendo mucho a humo. —Era mejor decir eso que admitir la verdad. Estaba agitada y más caliente que el pedo de un dragón.

—Si lo haces deberás bajar el volumen de la tele —advirtió Paula.

En la peli seguían con el toma y daca y sus respiraciones ruidosas y jadeantes, aparte de alguna frase gritada como un «¡lo trabajas mejor que tu hermano!», que podía hacer sospechar a los vecinos.

Decidí dejarlas cerradas. Solo nos faltaba que pensaran que

éramos unas desquiciadas por lo del fuego y unas zorronas por toda la sarta de indecencias que salían de la pantalla.

—¡Anda, mira! Creo que este es tu Samuel —dijo Paula que estaba observando los comentarios del vídeo en su teléfono.

—¿Samuel?

—Pregunta si estamos bien tras achicharrar la cocina.

—Tal vez conozca un pintor con las tres b.

—¿No le has dado tu número?

Me encogí de hombros.

—No me lo pidió.

—Espera, estoy casi segura de qué es él, pero le voy a hablar por privado.

—¿No tiene foto de perfil? —pregunté con curiosidad.

—Un tigre.

Sonreí. Un tigre le pegaba porque era como él, fuerte, de movimientos estudiados y perfectos, atento y vigilante, inteligente. En resumen, con el peligro de un felino.

Sara se puso en pie diciendo que la película era un asco y se encerró en su dormitorio para leer un poco antes de dormir, y como Paula estaba más pendiente de su chat que de la tele, terminé por apagarla. Creo que a las tres nos había quedado más o menos claro lo que se podía hacer en el sexo. Otra cosa iba a ser tener el valor suficiente para llevarlo a cabo. No me veía con la cabeza entre las piernas de Samuel, aunque a él sí que podía verlo...

—Es él —me confirmó Paula—. Le paso tu número.

—Vale —respondí conforme, aunque al segundo siguiente me entraron las dudas—. ¿No crees que voy demasiado rápido? Ya me imagino mi vestido de novia y todas las peonías de la iglesia.

Paula soltó una carcajada que me hizo enrojecer.

—Sabe dónde vives. No creo que haya nada malo en que sepa tu número de teléfono, y más cuando al final le vas a decir que aceptas su propuesta.

Abrí los ojos con desconcierto. Ya los tenía abiertos, pero ella me hizo abrirlos más.

—¿Qué propuesta?

—La de dar clases en su gimnasio.

Como acabábamos de ver esa horrorosa película, yo me había ido

por los cerros de Úbeda.

—Si me llama, ¿qué le digo?

—Mira, tienes el don de la palabra. Cuéntale un cuento si quieres.

Me sentí ofendida. Yo era una soñadora, además que muchas veces lo hacía con los ojos abiertos, pero siempre he sabido separar la realidad de la ficción, y me molestaba que Paula me pinchara con eso.

—Me marcho a mis aposentos —gruñí dándole la espalda.

Encendí las luces led que adornaban el cabecero de mi cama y pasé varias tonalidades hasta bañar el dormitorio en rosa chicle. Después vacié casi por completo un bote de ambientador y me tumbé sobre la cama.

Atacada de los nervios esperaba a que Samuel me llamara, pero él no lo hizo. Comprobé si mi teléfono no tenía cobertura o batería. Era nuevo y tampoco lo entendía muy bien, sin embargo, un poco más tarde, cuando empezó a entrarme el sueño, comprendí que Samuel se levantaba bastante temprano para abrir el gimnasio y no era el mejor momento para estar de palique. Abría a las ocho de la mañana.

Con los ojos a medio cerrar volví a ver el vídeo que Paula había subido y que había titulado «Cómo quemar una cocina con arroz».

¡Madre del amor hermoso! Sentí vergüenza ajena. No me extrañaba nada que Samuel se hubiera preocupado con los gritos que había dado. Allí estaba yo con cara de desesperada chillando como un cochino en una matanza y golpeando la cacerola con un paño, que más bien parecía que estaba cazando gamusinos. ¿Dónde había quedado toda mi dulzura y mi encanto?

Mi madre siempre decía que para ser una princesa debes creértelo, pero la vida me estaba poniendo muchas trabas.

Pocas veces hago las cosas sin pensarlo dos veces, y eso de perder los nervios de esa manera tan tonta era la primera vez que me sucedía.

Al día siguiente no quise escuchar ni un comentario más de los cientos que Paula leía en voz alta. Ella era un poco pasota, lo que parecía mentira tras haber pasado más de la mitad de su vida en un colegio de monjas.

—¿Vas a salir otra vez? —me preguntó al ver que me ponía mi esponjosa chaqueta blanca (parecía un merengue andante). Me la había comprado por internet y a la modelo le quedaba mucho mejor que a mí. Más estrecha. Yo era como una nube de algodón que se

había caído del cielo.

—Voy a seguir mirando lo de las academias, por si encuentro alguna más, y de paso, a un pintor. No podemos tener la casa así.

—Tampoco es para tanto. Quizá lo podamos hacer nosotras.

—Si el dueño del piso lo ve, nos exilia.

—Si no le decimos nada, no tiene que enterarse.

—Estaría de acuerdo si no lo hubieras subido a las redes. —Agité la cabeza. Me había recogido el cabello en un moño de esos que llaman informal (tenía más pelo suelto que sobre la cabeza)—. No te preocupes, encontraré a alguien que lo deje blanco e inmaculado como un oso polar vestido de novia.

—O como tu chaqueta. Pareces la oveja Dolly.

—Oye, podíamos pintar unas ovejas en las paredes y colorear el techo de celeste.

—Deja, ya dijimos que cada una se decora su cuarto y los sitios comunes se quedan como están.

—¿Y si ponemos unos arcos? Nos harían sentir como si tuviéramos un trocito de palacio en el salón.

—Limítate a encontrar un pintor. Olvídate de todo lo demás y céntrate en las clases de baile que darás cuando le digas a tu príncipe que quieres trabajar con él. Vas a verlo hoy, ¿no?

—¿Cómo crees? ¡Claro que no! ¡Ni loca me voy a presentar ante él después del ridículo de ayer! Es mejor que deje pasar un poco de tiempo a ver si lo olvida.

Capítulo 6

Los pensamientos y la forma de actuar de mi cuerpo debían estar muy peleados, porque de nuevo, aquella mañana, mis pasos me llevaron a cruzar por delante del gimnasio. En esa ocasión incluso llegué más lejos, y en vez de pasar con la cabeza baja y mirando de reojo, me quedé observando la puerta a ver si podía distinguir algo a través del cristal. Claro que también tengo que decir que no me atreví a cruzar la carretera y miraba desde la acera de enfrente que, si bien veo de forma aceptable, tampoco tengo ojos de águila.

—Hola, princesa.

Samuel me sobresaltó saliendo de detrás de mí. No sé cómo se las apañaba para hacer eso.

—¡Hola! —saludé volviéndome hacia él—. ¿Qué tal? Pasaba por aquí y me he dicho a mí misma: «voy a ver el gimnasio».

Él me regaló una sonrisa espectacular de esas que quitan el hipo. Sus ojos claros brillaban.

—Te aseguro que se ve mejor desde dentro.

Debió imaginar que no tenía ninguna intención de pasar y me sentí absurda.

—¿Qué tal la casa?, ¿Hubo muchos desperfectos? —siguió diciendo él plantado ante mí, todo lleno de músculos, con un cuerpazo impresionante.

Llevaba una camiseta sin mangas que marcaba unos brazos potentes y duros como el granito. Me recordaba a Chris Hemsworth, protagonista de *Thor*. Por suerte, las hermanas nos habían permitido ver esa película.

—Solo necesita una mano de pintura y queda como nueva. Eso estaba mirando, a ver si encuentro un pintor que lo arregle. ¿Sabes de alguien?

Él pareció dudar durante unos segundos. Estaba segura de que conocía a uno y en ese momento estaba pensando si era el adecuado o no.

—Tengo un amigo —dijo por fin—. Se dedica a las reformas en general y me ha hecho algunas cosillas en el *gym*. Si quieres se lo puedo decir.

No le vi muy convencido. Pero si su amigo no lo hiciera bien o le cayese mal, tampoco me lo habría recomendado ,¿no?

—¿Cuándo puedo hablar con él? No quiero demorarme mucho y arriesgarme a que el casero nos expulse.

—Yo lo hago. Si el fin de semana está libre, le acompaño y entre los dos lo dejamos solucionado.

Me dieron ganas de arrojarme entre sus brazos —parecía que los tenía allí para eso— y comérmelo a besos. Era tan galante y caballeroso... Nada que ver con los hombres de la película porno que había visto, aunque alguna imagen rara entre Samuel y yo pasó por mi cabeza.

Por fuerza yo supe que debía de gustarle un poco, de otra manera no me hubiera ofrecido un aula para dar las clases, ni el pintor, ni me hubiese llevado al centro el día que lo conocí.

—De acuerdo —dije—, y os invitamos a comer. Prometo que no será arroz.

—Hecho. Ven, que te enseño el gimnasio. ¿Has pensado en lo que hablamos?

—Sí. Creo que voy a intentarlo.

—Perfecto. —Sonrió emocionado.

Colocó su mano en mi cintura para cruzar la carretera. Ante su contacto, y eso que era un roce de nada, sentí que un fuerte escalofrío recorría mi columna vertebral de arriba abajo.

La verdad, no quiero ni pensar la pareja que hacíamos en ese

momento. Él todo poderoso, y yo inflada como un algodón de azúcar.

Entramos en su santuario. En realidad, no es que fuera su santuario, sino que se llamaba así.

Otra vez me volvió a presentar a su primo Quique. Él no era como Samuel, que aparte de ser el dueño, impartía clases de kárate. Quique era más ejecutivo y llevaba todo el tema de inscripciones y contabilidad. Conmigo no fue muy hablador —tal vez porque no le pillaba en buen momento— pero se veía que era un hombre tranquilo, serio y responsable, además de buena persona.

Samuel, sin poder disimular su orgullo, me mostró las aulas donde daban las clases y la planta de arriba destinada a las máquinas de ejercicios y las que solo podían usar aquellos que fueran mayores de edad.

—Ahora está muy tranquilo. A partir de las cinco es otra cosa, porque admitimos a chicos y chicas de entre ocho y diecisiete años.

El Santuario era más grande de lo que pensaba y se respiraba un ambiente agradable —en la planta superior algo de sudor concentrado —, pero también olía a limpio y al gel del baño que se deslizaba desde las duchas.

El aula que me quería preparar estaba genial. Era amplia y tenía tres de las cuatro paredes forradas en espejos que iban desde el techo hasta el suelo. No pude evitar acariciar una de las barras de ballet. Si cerraba los ojos podía evocar mis días de infancia. Recuerdos preciosos y al tiempo tan tristes que daban ganas de llorar.

Me recompuse enseguida del ataque de nostalgia y di el visto bueno a la clase.

Samuel me invitó a comer en un restaurante asiático que se encontraba muy cerca. Dejé que pidiera él, porque yo estaba acostumbrada a hacerlo por alguna aplicación. Recordaba haber comido fuera de casa alguna vez cuando vivía con mi madre, sin embargo, aquella era la primera vez que lo hacía después de tanto tiempo y, por supuesto, que lo hacía con un hombre que, aunque trataba de disimular, no dejaba de observarme todo el rato. Seguro que la culpa era de mi chaqueta.

Los dos pedimos refrescos para acompañar los rollitos de primavera, el pollo con bambú y setas chinas y la ternera con pimientos verdes. Todo estaba delicioso, aunque para mí que usaban

la misma salsa para todos los platos.

Una de las cosas que más me gustaban de Samuel —a parte de su cuerpo, que ya lo he dejado caer varias veces— era lo fácil que resultaba conversar con él de todo, y que sabía escuchar. Lo que menos... que había un par de mujeres sentadas en una mesa cercana que no le quitaban los ojos de encima. Eran de esas personas que parecían llevar una parabólica escondida y deseaban enterarse de todo lo que tenían a su alrededor. Era posible que estuviesen tratando de adivinar qué éramos Samuel y yo.

Al salir del restaurante nos despedimos y él dijo que me llamaría para ir hablando de los detalles de la academia y de la cita del fin de semana cuando viniera a pintar la casa con su amigo. En realidad, no dijo cita, eso me lo había inventado. Sus palabras exactas fueron:

—Quedamos, si eso.

Me habría gustado estar más tiempo con él, sin embargo, no había encontrado ninguna excusa coherente para hacerlo. En momentos como esos deseaba tener un carácter más atrevido. Ser un poco osada. Pero mi naturaleza es así, conformista, pausada y, aunque no lo pareciese, o sí, con bastante sentido del ridículo.

¿No te mueres de la vergüenza cuando haces los vídeos que Paula sube a internet? Seguro que eso es lo que os preguntáis, y la respuesta es sí. Empero, eso también me servía de terapia. Sobre todo, cuando ahora iba a dar clases a un grupo de alumnos que no conocía de nada y mi príncipe azul deambulaba a solo unos metros de mí.

***

—Más que un duende rubio parece un copo de nieve. —Quique interceptó a Samuel en cuanto le vio atravesar la puerta acristalada del Santuario—. No es la clase de mujer con la que te imaginaba.

—¿Por qué no?

Quique se encogió de hombros.

—Es bonita, pero... no sé, parece un poco mojigata. Más bien sosa, ¿no?

—No la conoces de nada —contestó, ofendido.

—¿La conoces tú en tres veces que la has visto?

—Hemos hablado bastante, además tengo un sexto sentido para esas cosas. —Sus labios formaron una pequeña sonrisa de dientes apretados—, Sé que ella es especial. Vamos a pasar el domingo juntos.

—Veo que no pierdes el tiempo, ni ella tampoco.

—Voy con Hugo a pintar su salón. Ayer formaron una buena en su casa y por poco la queman. —Después de lo que Quique le había dicho sobre su amigo, había tenido sus dudas en si llamarle o no, pero estaba seguro de que Hugo no iba a levantarle a su chica. Eso era como un pacto. Él no se metía en la vida amorosa de nadie y nadie lo hacía en la suya. Una regla no escrita que todos los colegas debían seguir a rajatabla—. ¿Te apetece venir?

Quique negó con la cabeza.

—Esas cosas no me van. Yo pago para que me pinten, pero no me ensucio las manos. Además, he quedado con Julián.

Samuel tenía una ligera idea de que eso precisamente era lo que iba a contestarle. Conocía muy bien a su primo y, menos cuando salían de juerga, a excepción del trabajo en el gimnasio cada uno hacía su vida.

Llamó a Hugo al día siguiente. No sabía cómo podía sentarle tener que trabajar un domingo, ya que los fines de semana siempre se los tomaba libres, a no ser que tuviera alguna emergencia del tipo fontanería o electricidad. Poseía su propia cuadrilla, pero intentaba no molestarlos en sus días de descanso.

Había imaginado que Hugo no se iba a negar y no se confundió.

Con planes para el domingo, dejó pasar un par de días antes de llamar a su duende rubio para confirmar que irían.

Su familia siempre se quejaba de que debían ser ellos los que le llamaban y nunca al contrario, y tenían razón. No le entusiasmaba hablar por teléfono. Se quedaba sin conversación demasiado pronto y no sabía qué decir. Si encima a la persona que iba a llamar le ponía un poco nervioso, como era el caso de Libertad, le costaba un verdadero esfuerzo hacerlo.

Hablar con ella sin ver su cara no era lo mismo que tenerla en frente. Pero era mejor eso que enviarle un mensaje frío y escueto.

La llamada no duró más de tres minutos, ya que Samuel comenzó la conversación diciendo que estaba muy liado y que había

aprovechado un pequeño hueco que tenía para llamarla. Ella le creyó y no intentó entretenerle más tiempo de lo requerido. De modo que quedaron en verse ese domingo, por lo que se convirtió en una semana interminable para ambos.

Capítulo 7

Cuando Samuel llamó al timbre, él y Hugo escucharon un poco de revuelo tras la puerta. Se miraron extrañados.

En menos de dos minutos Libertad abrió vistiendo unos apretados leggins y un top. Sus ojos brillaban y las mejillas arrastraban un leve sonrojo.

—Buenos días —saludó con una esplendorosa sonrisa.

—Hola, princesa. —Siempre que la veía la encontraba fascinante —. ¿Recuerdas a Hugo?

Libertad negó con la cabeza justo cuando la *influencer* se instalaba detrás de ella.

—Yo sí. —Paula apartó a Libertad de la puerta y los hizo pasar. Ellos cargaban con los materiales de la pintura del salón y la cocina—. ¿Necesitáis ayuda con eso?

—Podemos solos, gracias.

Hugo fue el primero en atravesar el recibidor, con un ceño bastante acentuado, seguido de Samuel. Libertad cerró la puerta y los siguió hasta la escena del crimen.

—Os agradezco mucho que hayáis podido venir —dijo Libertad. Tendió la mano a Hugo cuando este dejó los artilugios en el centro del salón—. Esa noche conocí a mucha gente, debes perdonarme si no me acuerdo de ti.

Él se la estrechó.

—No pasa nada, no te preocupes.

—¿Os apetece un café o algo? —les ofreció.

—De momento no —respondió Samuel. Habían desayunado antes de presentarse en la casa, haciendo tiempo para no llegar tan pronto. Observó las ahumadas paredes y los azulejos que estaban entre la vitrocerámica y la campana y silbó—. ¡Madre mía! Tal vez tendríais que haber llamado al seguro.

Libertad hizo una mueca con los labios.

—No podemos hacer eso, el dueño nos echaría, y con razón.

—¿Cómo pasó esto? —quiso saber Hugo, también estudiando el terreno sobre el que iba a trabajar.

La joven dejó los ojos en blanco y soltó un resoplido.

—Debes de ser la única persona que no ha visto el vídeo todavía.

Paula solucionó esa cuestión al momento, mostrándole la pantalla de su teléfono mientras Libertad le decía a Samuel:

—Nos costó un poco encontrar este apartamento, pero está muy bien situado y tiene un montón de luz. ¿Quieres que te lo enseñe?

Samuel asintió y la siguió por el corredor hasta llegar a un dormitorio que estaba repleto de lucecitas, adornos con papel de seda celeste y rosa y cintas de espumillón plateado.

—¿Duermes aquí? —preguntó con sorpresa.

—Sí. Me encantan todas estas cositas. Sé que es algo recargado, pero es tan bonito... ¿Te gusta?

Samuel paseó los ojos por la habitación. No había esperado algo así y, aunque le pareciese bastante extravagante, prefirió no decírselo para no herir sus sentimientos. No estaba seguro de que le hiciera mucha gracia que en un futuro ella decorase su casa.

—Es original y bastante espaciosa.

Libertad sonrió con orgullo.

—Me permite practicar.

Él trató de imaginarla delante del espejo de cuerpo entero que había en una pared, ensayando sus pasos de baile.

—Debes pasar mucho tiempo aquí.

Ella asintió. Después le mostró el baño.

—Las otras dos habitaciones son de mis compañeras. Sara hoy no está.

En el salón, Hugo había comenzado a preparar las cosas para pintar y Paula revoloteaba a su lado como un pajarillo.

—Esto no lo vais a subir a internet, ¿verdad? —preguntó Samuel, preocupado.

Libertad señaló con la cabeza a su amiga y negó.

—Quería hacerlo, pero la he convencido de lo contrario. Cuanta menos gente se entere de lo que pasó, mejor.

Hugo y él intercambiaron una mirada divertida.

—Pues con lo que acabo de ver y todos los *me gusta* que tiene, dudo mucho que vuestro casero no lo sepa ya.

Hugo llevaba razón. Era raro que ningún vecino le hubiera llamado para advertirle. La única posibilidad de no ser así era que no entrara en las redes sociales. Samuel lo había hecho por curiosidad al saber a lo que ellas se dedicaban.

Samuel y Hugo se cambiaron en el baño por una ropa más cómoda y vieja, apta para trabajar.

—¿Qué podemos hacer nosotras? —inquirió Paula.

—Retirar los cuadros y todo lo que tenéis sobre la encimera de la cocina. Luego fregar los muebles.

Paula miró a Hugo como si le estuviera asentando varias puñaladas muy despacio, en cambio Libertad se apresuró a obedecerlo.

—No pienso fregar hasta que no esté pintado —murmuró Paula para sí misma.

Samuel ayudó a las muchachas con los cuadros. Eso iba a ser lo único que pensaba dejarles hacer. Ellas no eran de la cuadrilla de Hugo y él les había hablado como si lo fueran. Seco y prepotente.

—Creo que ya no queda más. —Libertad observó a su alrededor cerciorándose de haber guardado todo. Miró a Samuel esperando más indicaciones.

—No hagas nada más. O sí, quédate a mi lado y me das conversación.

Ella aceptó encantada y se convirtió en su sombra.

Por el gesto adusto de Hugo, que Libertad y él estuvieran todo el tiempo juntos, le desagradaba.

Samuel pintaba con brocha los detalles pequeños como los bordes de los interruptores, los cercos de las puertas y los rodapiés, mientras

el otro lo hacía en las paredes con rodillo.

Libertad sostuvo la brocha que Samuel le dio en una ocasión y a él se le olvidó volver a pedírsela. Cogió otra. Al principio ella no dijo nada, pero después de diez minutos con el brazo a media altura, se lo hizo notar.

—Espera, no la sueltes porque gotea —avisó él.

—Entonces ¿qué hago con ella? ¿Ahora pasa a formar parte de mi vida?

Él se echó a reír al tiempo que limpiaba con un paño las manchas que la brocha iba dejando por el suelo.

—Si continuáis haciendo el tonto, no vamos a acabar en la vida —advirtió Hugo con tono frío.

Samuel observó muy serio a su amigo. No negaba que él se tomara el trabajo a conciencia, pero ese comentario le molestó bastante.

Libertad le dio un codazo en el costado y, guiñando un ojo, susurró:

—No le digas nada, no sea que se enoje con nosotros y lo deje todo manga por hombro.

Él no tenía ganas de discutir, sobre todo porque ella llevaba razón. Era mucho más sensato ignorarle.

Tampoco se pudo quedar serio mucho tiempo. Su compañera no dejaba de parlotear y de contarle anécdotas que había vivido en el colegio.

—¿Siempre habla tanto? —le preguntó Hugo a Paula que, con los brazos cruzados sobre el pecho, miraba cómo el rodillo blanqueaba la pared.

—Siempre no. Lo que pasa es que le gusta Samuel. Es muy fantasiosa y está convencida de que él es su príncipe azul. Y cuando digo príncipe, es literal. —Paula se encogió de hombros—. Para Liber, todo es un cuento.

—Es mayorcita para eso.

—¿Quién se lo impide? Es feliz así. Ella nunca se despeina, y cuando lo hace es porque se acaba de quitar la corona. Punto.

Hugo decidió no hacer ningún comentario al respecto y Paula suspiró con pesar. Había intentado todo para sacarle conversación, pero al parecer a él le interesaba más lo que hacían Samuel y Libertad, y por supuesto, el trozo de pared que llevaba pintando desde hacía un

buen rato.

***

Para ser honesta, no presté mucha atención al amigo de Samuel ni a Paula. El profesor de kárate me tenía obnubilada por completo. Mis ojos seguían todos sus movimientos como una lapa y era incapaz de dejar de sonreír. Estaba coladísima por él. Tanto que llegué a plantearme chupársela algún día.

—Te has puesto colorada. ¿Qué piensas?

Sentí que las mejillas se me llenaban de fuego.

—¿Te gustan las pelis subidas de tono?

Él también enrojeció.

—¿Me estás proponiendo ver alguna juntos?

—¡No! ¡No! Es que nosotras vimos una el otro día y sentía curiosidad por saber tu opinión.

—¿A ti te gustan?

Negué con la cabeza.

—Aunque creo que son muy instructivas.

Samuel resopló como si de repente tuviera un ataque de calor.

—Depende de lo que vierais.

—No entendí muy bien el argumento. Ni siquiera llegué a ver el final.

—Esa clase de películas no están destinadas a entender nada, solo a ponerte cachondo.

—¿Cachondo? —Esa palabra no entraba dentro de mi vocabulario en un concepto diferente del de hacer reír—. ¿En plan divertido?

—En plan de ponerte como una moto. —Él debió de darse cuenta de que no le estaba entendiendo—. Excitar sexualmente. Cuando ves ciertas escenas te dan ganas de follar.

¡Ay, madre, lo que había dicho! Follar era una palabra que me resultaba fuerte, y tan obscena que para continuar hablando tuve que buscarme la voz en el fondo de la garganta. Una cosa diferente era oírsela decir a Paula, y otra, escucharla de él.

—¿Tú lo haces?

Samuel se atragantó y supe que lo estaba poniendo en un compromiso, sin embargo, si quería casarme con él en un futuro, debía saberlo todo.

—No suelo hablar de ello.

Me crucé de brazos.

—¿Porque soy mujer?

—No, simplemente porque no suelo hacerlo.

Fruncí el ceño.

—Pero ¿te gusta hacer eso?

—¿Follar?

Otra vez lo había dicho. ¡Cómo le gustaba la dichosa palabrita!

—Sí.

Me miró cómo si tuviese un dragón saliendo de mis orejas.

—Claro que me gusta. ¿A ti no?

—No lo sé. Supongo que me gustará.

—¿No lo has hecho nunca?

Negué con la cabeza. Tenía unas ideas muy claras sobre la copulación.

—No lo haré hasta que me case. —Samuel sufrió un incomprensible ataque de tos—. Pero si probaré otras cosas antes. Bueno, si mi novio me lo pide mientras hacemos los preparativos de la boda y todo eso.

Él carraspeó.

—¿Quieres casarte?

Por un momento me quedé paralizada pensando que me lo estaba pidiendo, sin embargo, me di cuenta a tiempo de que solo era una pregunta futurista.

—Sí. Siempre he soñado con una boda muy pomposa y con un vestido de princesa enorme. ¿Y tú? ¿Te casarás algún día, Samuel?

—Sí, aunque esas cosas hay que pensarlas despacio. Antes hay que conocer bien a la persona con la que se va a convivir para siempre, porque yo tengo muy claro que no creo en los divorcios.

—Ah, yo tampoco. Si uno se casa, es para toda la vida.

¿Qué princesa de cuento se divorciaba?

Ninguna.

Eso quedaba fuera de toda duda.

—De todos modos, creo que tienes unos pensamientos muy

anticuados, Libertad. Decir que no vas a follar hasta después de casarte es demasiado.

¡Una caca de hada! Él era quien tenía los pensamientos demasiado enviciados.

Al final, las locas de las Tablas Blancas iban a tener razón y todos los hombres eran iguales.

—Frase típica de sor María —dije —: los hombres prometen y prometen hasta que te la meten.

Reconozco que dejé a Samuel sin palabras ni argumentos. Me enfadé porque soy una mujer inteligente. De aquella conversación había sacado dos cosas en claro. La primera fue que él no era virgen como yo y, aunque podía entenderlo porque no me había conocido antes, sentí celos. Pero la segunda, lo llevaba cristalino si pensaba que iba a mantener sexo completo con él. El toma y daca era para las noches de bodas y, como decía Paula, punto.

Después de todo, a lo mejor Samuel no era mi verdadero príncipe azul. ¿O sí?

Capítulo 8

Samuel ahora sí que pensaba que Libertad era una estrecha. ¡Virgen hasta el altar! Le entraban ganas de reír y llorar al mismo tiempo de solo recordarlo.

Primero se había sorprendido tanto con lo de la película porno que hasta estuvo a punto de comerle la boca, para luego desinflarlo igual que un globo con sus ideas puritanas.

En realidad, si tenía tan claro que ella estaba destinada a ser la mujer de su vida, no tenía que molestarle tanto. Pero ¿cómo cojones iba a abstenerse hasta que se casara? Con facilidad podían pasar hasta dos o tres años.

No le quedaba otra opción que la de hacer que Libertad confiase en él.

Se quedó con las ganas de contárselo a alguien. A Hugo no. Cuanto menos hablara con él de ella, mejor —y eso que nunca había sido celoso—. Y a Quique tampoco. Seguro que iba a pensar que había perdido la cordura.

¡Célibe!

¿Dónde se estaba metiendo?

Apostaba sin miedo a confundirse que más de una noche la iba a pasar con la hermana de la zurda. El bíceps le iba a reventar.

Bien. Él también podía y sabía cómo hacer para que Libertad

sufriese por ello. Después de todo si ella no había probado nada...

Ahora su única preocupación era que se olvidara pronto de su enfado. Tras la conversación en su casa, no había podido dejar de notar que se había molestado con él, aunque le había dicho que todo estaba bien y que debía asimilar sus palabras. ¡Joder! ¿Qué es lo que tenía que asimilar? Solo tenía que comprender que él era un tío y que necesitaba follar de vez en cuando. Estaba seguro de que, si ella lo probaba, iba a pensar del mismo modo.

Por lo pronto, Samuel debía conformarse con esas cosas —como ella decía—, él lo llamaba preliminares, hasta que cayera en sus redes. ¡A ver quién de los dos lo iba a pasar peor!

—Ya está todo preparado. —Quique llegó hasta él sacándolo de su ensimismamiento—. Puedes decir a Copito de nieve que venga cuando quiera. Hoy mismo repartiré la propaganda anunciando sus clases. ¿Ponemos diversos estilos de danza o pretende dar alguna en particular?

—Diversos. Te dejé una lista en la oficina.

—¿Estás bien? Llevas unos días raro. Ya te advertí que no te llevaras a Hugo a casa de Copito.

—No se trata de eso. Coño, deja de llamarla así. Además, ella ni le recordaba.

—Pues ha debido sentarle como una patada en las pelotas.

Samuel se encogió de hombros. ¡Que se jodiera! No era problema suyo. Bastante tenía con pensar en cómo iba a pedir a Libertad que saliera con él en serio. Si la relación iba a ser para largo, mejor comenzar lo antes posible.

—Si tú quisieras formalizar un noviazgo con una mujer, ¿qué harías?

A Quique no le hizo falta pensarlo.

—Fácil. Presentarle a la familia.

¡Claro! ¿Cómo no se le había ocurrido? Más confianza que eso, imposible.

—¡Eso haré, joder! Este fin de semana la llevo a conocer a mis padres.

—He leído en algún lado que la falta de folleteo produce agresividad. Tienes que hacértelo mirar.

—Yo leí que más bien produce tristeza y otras cosas que no voy a

decir porque ahora tengo muchas ganas de llorar.

***

—¡No me seas como Sara, Liber! Para que lo disfruten los gusanos, que lo hagan los humanos.

—¡Vamos a ver! —No habíamos dejado de hablar de Samuel desde que nos habíamos levantado esa mañana—. Que a mí no me importa hacer algunas cosas, pero eso no. Si él me quiere de verdad, tendrá que aguantarse.

—Todavía no sabes lo que él siente por ti y ya le has dado la primera estocada. Pues que sepas que la felicidad está en las pequeñas cosas. En el clítoris, por ejemplo.

—Difiero.

—Lo que hay que buscarse es una pareja que dé más sexo que problemas, aunque a ti te da igual. Tienes donde elegir.

La contemplé con curiosidad. Paula estaba comiendo pistachos al lado de la encimera de la cocina mientras yo limpiaba los cuadros.

—¿A qué te refieres?

—Si no te gusta Samuel, puede que lo haga Hugo.

Puse cara de aversión, o más bien traté de hacerlo.

—¿El pintor?

—Es guapo.

—Más que Samuel, me extraña. ¿A ti te gusta Hugo?

—No, y aunque lo hiciese solo tiene ojitos para ti.

—No lo creo. Es amigo de Samuel y apenas he cruzado dos palabras con él.

Di un respingo cuando sonó mi móvil. Descolgué.

Se trataba de Samuel.

—Hola, princesa. El aula está preparada. ¿Cuándo crees que puedes empezar?

—Mañana mismo si quieres. —Estaba deseosa de hacer algo productivo.

—¿Te parece bien a las cinco? Tienes que firmar tu contrato.

—Sí, claro.

—Si vienes un poco antes podemos ir a tomar café.

Arqué una ceja con satisfacción. Samuel ya sabía lo que yo esperaba de un hombre y, aun así, quería invitarme a café. Sentí deseos de ponerme a saltar de alegría.

—De acuerdo, a las cuatro y media entonces.

Tras colgar el teléfono, solté un suspiro. Acababa de decidir que no podía seguir enfadada con él solo porque tuviera pensamientos diferentes a los míos. Seguro que le iba a hacer cambiar de idea.

Paula me miraba.

—¿Y?

—Mañana es mi primer día. Cruzaré los dedos para que se apunte algún alumno pronto.

—¿Voy contigo para subir tu primera experiencia laboral a la red?

Noté que un escalofrío recorría mi espalda ante semejante planteamiento y sacudí la cabeza.

—¡No!

—Lo que pasa en el trabajo, se queda en el trabajo, hasta que te etiquetan en alguna aplicación, cuidado —decía intentado abrir un pistacho que se le resistía.

Hice caso omiso de su amenaza.

—Eso no va a pasar por el momento. ¿Dónde está Sara?, ¿sigue durmiendo?

Paula asintió.

—Dice que no duerme mucho, es solo que descansa despacio.

—Estará en modo ahorro de energía —repliqué—, pero hoy le toca ir a súper. Se han acabado las galletitas de animales. —Vi que se metía un pistacho en la boca y lo machaba con los dientes—. ¿Qué haces?

—Algunas personas llegan a ser abogados y otros médicos, y yo llevo dieciocho minutos intentado abrir esta mierda.

Agité la cabeza y me puse de puntillas para alinear uno de los cuadros. La mala suerte quiso que este se desprendiera de la alcayata y me diera la esquina justo en un ojo. Eso sí, con mi capacidad de coordinación y velocidad, pude cogerlo antes de que se hiciera añicos contra el suelo.

Paula soltó todos los pistachos sobre la encimera de la cocina y se me acercó corriendo.

—Déjame que te mire.

—Estoy bien. Solo me ha rozado. Oye, de lo que hemos hablado de Samuel, no le digas nada a Sara.

—Tu secreto está a salvo conmigo, porque ni te he llegado a escuchar del todo, salvo por las dudas de que Samuel no sea tu verdadero príncipe, pero ¿sabes qué?, el truco es ahogarlo hasta que se ponga azul.

***

Como resultado de mi accidente con el cuadro, me salió un moratón que no pasaba desapercibido a los ojos de nadie, a menos que fuera ciego.

Claro, Samuel no lo era, por eso en cuanto me vio entrar al día siguiente en la cafetería se preocupó enseguida.

—¿Quién ha sido? ¿Qué canalla te ha hecho eso? ¡Dime ahora mismo qué ha pasado!

Su reacción me pareció de lo más galante y caballerosa, como si sintiera la necesidad de defenderme de un monstruoso ogro.

—Me atacó un cuadro. Se me echó encima con una crueldad desmesurado al intentar colocarlo en su sitio. —Me encogí de hombros, sonriendo—. Con el espumillón esto no habría pasado.

Se quedó atónito.

—¿Un cuadro?

—Sí, lo siento. No hay nada más. Ayer estuvimos limpiando la casa a fondo.

Estábamos en el local que había junto al Santuario y nos habíamos sentado en una de las mesas. Me había quitado la chaqueta de nube para no mancharla y la había dejado sobre una de las sillas vacías.

Quique entró un poco después y pidió en la barra un café. Nos saludó apenas mirándonos con brevedad y se situó en otra de las mesas para hojear unos papeles y que nadie lo molestara.

—¿Puedes echar una gota de coñac en mi café? —le pidió a la camarera con aire abstraído—. Solo una.

Era la primera vez que veía esa combinación y me pareció

singular.

—Es para que el café no amargue —me explicó Samuel.

Fue extraño, pero todos los que estábamos en la cafetería —seis personas más o menos— guardábamos silencio, atentos a esa solitaria gota que caía en la taza de la temblorosa botella que sujetaba la camarera.

Quique, ajeno a la expectación que estaba causando, se llevó el café a los labios y lo probó.

—Espera, echa otra gota más —dijo.

—Normal. —Me encogí de hombros. Todo continuaba en silencio —. Sigue amargando. Yo suelo solucionarlo con azúcar.

Samuel soltó una carcajada.

—Ponle ahí un buen chorro, hombre.

Quique nos miró aparentando seriedad, sin embargo, sus ojos brillaban divertidos. Creo que nos estaba tomando el pelo a todos.

—¿Qué te ha pasado, Copito de nieve? —preguntó, contemplándome con el ceño fruncido.

Me llevé la mano al pecho.

—¿Me dices a mí? —Él deslizó la vista hasta mi chaqueta y asintió —. Ha sido un cuadro —respondí.

Samuel sonrió de una manera tan bonita que provocó que mis piernas temblaran. Era tan... guapo.

—Peleó contra él a tope, pero parece ser que ella perdió la batalla.

Ambos se rieron. ¿Lo hacían de mí? ¿Es que acaso nunca habían tenido un accidente tonto?

Capítulo 9

Mi primera clase fue fantástica. Tenía cuatro alumnas de diversas edades, la más pequeña de ocho años. Pero lo importante no es eso. Lo importante es que Samuel, por la noche, cuando cerramos el gimnasio, me dijo que deseaba con ansia que conociera a sus padres y me invitaba el domingo a comer con ellos.

No os podéis imaginar lo que significaba para mí. Ahora sí que me veía con un gigantesco vestido de novia, que probablemente ni siquiera pasara por una puerta normal, y con Samuel a mi lado vistiendo de negro. Incluso en mis sueños imaginaba que llevaba una brillante espada colgando de sus caderas. Sí. Eso solo en mis sueños. Pensaba proponérselo por si acaso, por si colaba, aunque tanto Sara como Paula me querían hacer desistir de esa idea.

Me sentí feliz. Pletórica. Sobre todo, porque si Samuel y yo nos hacíamos novios, podríamos besarnos e ir de la mano, contarnos secretos... No me vayáis a decir que no todas queremos eso, porque sabéis que es cierto.

No sabía cuántos hijos iba a querer tener él. Yo por lo menos dos, el niño y la niña. Íbamos a ser muy dichosos los cuatro.

—¿Cómo son tus padres? Espero caerles bien —le pregunté al día siguiente de él invitarme, un poco antes de comenzar las clases.

Por cierto, no he dicho que Samuel, con su traje de kárate, creo

que se llama *keikogi*, estaba más bueno que el pan con chocolate.

—Les vas a encantar.

—¿Cómo lo sabes?

—Eres la primera mujer que llevo a su casa. No te preocupes por eso, princesa.

Llevaba muchos años sin relacionarme con padres, y de ahí mi duda. Me daba un miedo espantoso no agradarles. A mi padre nunca lo había conocido, pues había desaparecido de la vida de mi madre cuando yo ni siquiera había nacido.

Entonces, allí, en el hueco de la puerta de mi aula, Samuel me rodeó la cintura con ambos brazos y me arrastró hacia su cuerpo. Estábamos tan cerca el uno del otro que de haber tenido su cara alguna imperfección —no era el caso—, lo habría visto enseguida.

Olía muy bien y su cuerpo era duro y grande. Una sensación de lo más deliciosa me llenó por completo. ¡Ay, Dios!, ¡me iba a dar un infarto de lo rápido que me latía el corazón! A él también. El suyo palpitaba muy fuerte.

Creí que me iba a besar en los labios y me preparé para el gran momento. Cerré los ojos y todo. Más que nada para no marearme.

Samuel puso su boca en mi frente y respiró de un modo muy raro, con el aliento entrecortado. Después se apartó de mí con su hermoso rostro transformado por el dolor.

Repasé con velocidad esos treinta segundos que había durado el abrazo. No recordaba haberle pisado ni nada parecido.

Me preocupé.

—¿Te encuentras bien?

Él gruñó por la bajo.

—Sí, todo bien. Luego hablamos, que si me entretengo más comenzaré tarde mi clase.

Se dio la vuelta y se alejó por el pasillo hacia su aula. Su manera de andar no parecía muy normal.

Estaba convencida de que tenía una dolencia y por algún motivo se hacia el duro conmigo. Debía de convencerlo para que fuera al médico. Podía ser apendicitis o una hernia.

—O gases —me dijo Paula cuando les conté a ella y a Sara que habíamos estado a punto de besarnos.

Sara leía en el sofá y resopló con fuerza.

—Mira que eres fina.

—¿Qué pasa? ¿Es qué no puede tirarse pedos como todas las personas?

—Él no —respondí—. Bueno, quiero decir que lo hará, pero... en el baño. ¡Jolines, no quiero imaginar eso!

—Alguno se le escapará.

—¿Qué vas a hacer, Liber? ¿Irás a conocer a los padres de Samuel? —preguntó Sara, cambiando de tema, mirándome por encima de su libro.

—En unos momentos pienso que sí, y en otros que no. ¿Se me habrá quitado el cardenal del ojo para el domingo?

Con dudas, torció el gesto.

—Creo que no. Tiene pinta de que cuando se te quite todo lo negro se pondrá amarillo.

—¿Ves? No puedo presentarme así ante ellos.

Con un suave bufido, Paula pasó un paño sobre la encimera y después comenzó a poner algunos objetos sobre ella.

—Si quieres intento cubrirlo con maquillaje, pero no sé si va a quedar peor de lo que está.

—No, gracias —respondí—. Creo que no voy a ir.

Paula apretó los dientes y masculló algo por lo bajo que no alcancé a entender.

—Samuel va a creer que no quieres nada con él.

—No si le doy una razón sensata y esta —señalé mi ojo— es bastante contundente.

Sara cerró el libro con una mueca de disgusto.

—Has tenido un accidente, Liber. Eso le puede suceder a cualquiera.

Paula reprimió una sonrisa y se cruzó de brazos.

—¿Samuel parecía ilusionado cuando te invitó?

Parpadeé varias veces.

—No me fijé mucho. Supongo que sí.

—Pues entonces, ve. Tus futuros suegros deberán conocer todo de ti, tanto lo malo como lo bueno.

—Yo no tengo nada malo, ¿no?

Paula dejó caer los brazos y continuó con lo que estaba haciendo. Sara me miró de arriba abajo y sacudió la cabeza.

—Eres perfecta, Liber.

—Demasiado perfecta para el mundo en el que vivimos —corroboró Paula recogiéndose el cabello sobre la coronilla.

—¿Qué significa eso? —No sabía si era un halago o me estaba menospreciando.

—Significa que deberías tener un poco más de picardía y no ser tan aplastantemente sincera.

Me ofendí.

—No soy sincera del todo, pero no voy diciendo mentiras. Me guardo alguna cosilla.

—Exacto. Eso es justo lo que te iba a decir. Todavía Samuel no te ha dicho que le gustas, o que siente algo por ti, sin embargo, te quiere llevar a conocer a sus padres. ¿Por qué?

Sopesé la pregunta por un momento, aunque era demasiado obvio.

—Pues porque, aunque aún no me lo haya dicho, este es su modo de demostrarlo, ¿no? —Pasé los ojos de una a otra.

—Te lo diré, Samuel necesita que sus padres te den el visto bueno antes de comprometerse en serio contigo, de modo que llevar un ojo morado sería lo que menos debería preocuparte.

—Sara, ¿tú también crees eso? —Ella era la más pausada al pensar y daba más vueltas a las cosas antes de hablar.

—Sí, Liber. Samuel es atractivo. Socio de un gimnasio, con dinero y con edad de estar ya casado. ¿No te parece raro que cuando lo conociste no tenía novia y ahora tampoco?

—Yo no sé si tendría novia. No llegué a preguntarle. Pero no puede ser como decís, porque me ha dicho que es la primera vez que va a presentar a alguien a sus padres.

Sara se encogió de hombros.

—Tal vez sean un poco peculiares.

—Por eso —apuntó Paula—, cuanto más pronto los conozcas, mejor. Así luego no vienen las lamentaciones.

Tenían razón, aunque tampoco me parecía tan sospechoso que Samuel me los quisiera presentar. Es cierto que a lo mejor se tenía que haber declarado primero. Pero fuera del modo que fuera, me hacía ilusión que me quisiera hacer partícipe de su vida.

—Me pondré unas gafas de sol.

Sara aplaudió mi decisión y agarró con prisa su libro. Paula nos

chistó. Respiró hondo varias veces y conectó el aro de luz.

—Ahora, por favor, tenéis que callaros. Voy a explicar a los seguidores lo que hay que hacer para matar vampiros.

No miento si os digo que sobre la encimera había un par de brillantes estacas, un frasco de agua bendita, una ristra de ajos y un crucifijo tamaño procesión que no sabía de dónde había sacado.

—Los vampiros no existen —le dije.

—¿El demonio sí? —Sara asintió. Yo negué—. ¡Qué sabréis vosotras!

Se puso una capa de raso negro y encendió la cámara.

—Hola, mis *followers*. A mi amor secreto le digo: hoy me he vestido de vampiresa para que me claves la estaca. —Sara y yo nos quedamos con la boca abierta. De pronto Paula se echó a reír como poseída por el diablo y siguió diciendo—: ¡Es broma! Solo quiero hablaros sobre vampiros.

***

Habían pasado muchas semanas desde que estuvo liado con una mujer y no había tenido en cuenta que sentir los pechos de una contra su torso podría alterarle tanto. Máxime cuando esa mujer no era una cualquiera, sino la que estaba destinada a ser suya.

Samuel, por una fracción de segundo, había querido dar rienda suelta a su deseo besando los cálidos labios que se habían alzado hacia él. Olvidando que estaban en un lugar público del gimnasio, había contemplado el bello rostro de su duende rubio, las mejillas sonrosadas y los ojos cerrados.

Él también había cerrado los párpados por un instante. Había sido justo cuando recordó que su *keikogi* no le ofrecía ninguna discreción y que cierta parte de su anatomía abultaba la prenda.

Había tenido que apartarse de ella. Joder, no era lo que quería, pero las circunstancias así lo exigían, y si se hubiera dejado llevar abandonado a sus sentidos, la habría arrastrado hasta el lugar más desierto del Santuario. El almacén.

Vale que no tuviera intenciones de esperar a hacerla suya hasta

después de la boda, pero al menos ella se merecía que su primera vez fuera especial. Como poco, una cama. Habría estado genial.

Capítulo 10

El cielo estaba despejado y el sol brillaba con fuerza. Hacía más calor del que se esperaba en primavera y muchos habían optado por desprenderse de las chaquetas para lucir la manga corta.

Samuel llamó al portero automático y fue Libertad quien contestó:

—Bajo en un periquete.

Aunque a él no se le había ocurrido la idea, deseaba que sus padres la conociesen. Podía adivinar que se iban a sentir sorprendidos y, tal vez, pensaban como su primo, que ella era demasiado ingenua y que vivía en un mundo de fantasía. Eso era lo que trasmitían sus ojos al mirarla.

Pero cuando la trataran, comprenderían que era bastante especial y, sobre todo, una gran bailarina. Él había observado algunas de sus clases y alucinaba con ella y lo bien que lo hacía.

El sonido del ascensor al llegar a la planta baja lo sacó de sus pensamientos. Se giró en el momento en que ella salía del portal. Una sonrisa iluminaba su cara de duende. Llevaba un ajustado vestido en tonos fresas que moldeaba su figura de una manera muy deliciosa y sexy.

—¿Y esas gafas de sol? —preguntó, curioso.

—Son horribles, lo sé. Es la única manera que he encontrado para disimular lo de mi ojo.

Samuel se las quitó sin darle tiempo a reaccionar. El moño bajo que lucía le hacía parecer elegante y sofisticada y no necesitaba ningún adorno para realzar su belleza.

—Mejor sin ellas. Estás preciosa.

—¿Tú crees?

—Lo sé. No te mentiría.

Libertad se sonrojó con un encogimiento de hombros.

—La verdad, te lo agradezco. Con ellas veo menos que un muerto bocabajo.

Un conato de risa escapó de la garganta de Samuel. Introdujo la mano de Libertad en la palma de la suya y juntos caminaron hacia el coche.

Al verlo, ella parpadeó con sorpresa.

—¡Sigues teniendo el mismo! A mí me gustaría aprender a conducir.

—Si te animas, me ofrezco a darte clases. —Pulsó el botón de apertura de sus llaves y la acompañó hasta el lugar del copiloto. Antes de que ella se sentara, sin poder resistirse, propinó un beso corto en sus labios. Ella volvió a parpadear sin perder la sonrisa de su boca—. No me mires así. Necesitaba hacerlo. Llevo mucho tiempo soñando con ello.

—Yo también.

Samuel volvió a besarla de nuevo al oír sus palabras. Esta vez durante más tiempo y de un modo mucho más dulce. Ella sabía a miel, como había imaginado. Sus labios se adaptaban a los suyos a la perfección.

Ese día no corría el riesgo de que cualquier alumno pudiera ver al abultamiento de sus pantalones. Porque de nuevo afloraron en él las ganas de poseerla que, de manera inevitable, se equiparaban a las de amarla.

Durante los dos años que había estado sin verla, la había idealizado de una manera un poco distinta de la que ella era en realidad. Había olvidado que era ocho años menor que él y que Libertad no había terminado de alcanzar la madurez. Con veinte años y recién salida de un internado de monjas, su forma de ver la vida no se ajustaba a la verdad.

Para empezar, había tenido suerte en marcharse de allí con un

colchón que había nacido de internet. No todos los y*outubers* llegaban a triunfar. Pero a eso había que añadir que siempre había estado protegida. Tanto ella como sus amigas. Encerradas tras unos muros, lejos del mundo.

Libertad había sido muy valiente al haberlo hecho. Aprendía rápido y saltaba a la vista que era muy inteligente y avispada. Y a él, el reto no lo asustaba. Lo emocionaba.

A pesar de que ella era diferente a lo que había soñado, sentía que nuevamente se estaba enamorando. Enamorado de Libertad por segunda vez.

Mirándola con cariño, se apartó para que pudiera entrar en el coche. Cerró la puerta.

Hacía mucho tiempo que no deseaba así a nadie. Una necesidad tan acuciante que lo volvía torpe e inseguro.

—Samuel, estoy muy nerviosa.

Él fijó su mirada sobre ella al percibir el ligero temblor de su cuerpo.

—Todo va a estar bien, princesa. Estaré a tu lado en todo momento, te lo prometo. Te van a gustar y tú a ellos también. No tienes nada de qué preocuparte.

Libertad respiró hondo y asintió.

—¿Viven muy lejos?

—Tardaremos un poco. Están al otro lado de la ciudad. He pensado que le podemos decir a mi padre que nos ayude a encontrar a tu madre. Él ya debía de estar jubilado, pero se siente incapaz de dejar su trabajo. Es detective privado.

Libertad lo observó con sorpresa.

—¿Existen de verdad? Quiero decir, nunca he conocido a nadie que se dedique a ello.

Samuel soltó una carcajada.

—Déjame decirte que has conocido a pocas personas.

—No te creas. Cuando vivía con mi madre he visto muchas clases. Algunos eran raros de narices.

—Ah, ¿sí?

—En el mundo del espectáculo te puedes encontrar cualquier cosa —le aseguró.

Samuel sonrió sin despegar los labios. La creía y comentó:

—Lo malo de los artistas es que nunca puedes saber si están actuando o son ellos mismos.

Ella le dio la razón. Alzó la mirada para observarlo.

—Ojalá pudiera encontrarla. Necesito hablar con ella y saber qué fue lo que pasó para que nunca volviera a buscarme.

—Supongo que tendría sus motivos. —Samuel puso su mano sobre el muslo de la joven—. No hay que perder la esperanza.

—No la he perdido en todos estos años.

Trataba de ir concentrado en la carretera y no pendiente de ese fantástico y majestuoso cuerpo que se sentaba a su lado, pero era imposible evitar que de vez en cuando sus ojos viajaran sobre ella. Incluso con el tono amarillo y verde que sombreaba uno de sus preciosos ojos azules, estaba bellísima.

Tardaron poco más de veinte minutos en detenerse frente a una casa en una urbanización de chalets adosados. Todas las casas de dos plantas eran idénticas. Lo único que podía diferenciarlas eran los ornamentos que cada uno había escogido para el pequeño jardín de la entrada. La de la madre de Samuel poseía un hermoso rosal de flores blancas, que era cuidado con mimo por ella.

—Hemos llegado. Estate tranquila.

Se inclinó sobre su cuerpo una vez más y se apoderó de sus labios en un último beso antes de entrar en casa. La boca de Libertad era muy adictiva y, en esa ocasión, ella le permitió introducir su lengua para saborearla a placer. Su inexperiencia le provocaba ternura aparte de unas ganas locas de comerla a besos y recorrer cada centímetro de su piel con los dedos.

Libertad terminó por echarle los brazos al cuello intensificando así el beso. Al cabo de unos minutos él lo interrumpió para salir del coche. No le hubiera molestado que algún vecino los viera, en cambio prefería que su madre, por el momento, no lo hiciera. Lo último que quería hacer era escandalizarla, o hacer pasar vergüenza a su duende rubio.

—¡Hola! —Una mujer entrada en años salió a recibirlos al porche unas décimas de segundos antes de que tocasen la puerta. Llevaba el cabello corto abultado de haber estado en la peluquería—-. ¡Samuel, hijo! ¡Qué alegría verte! —Lo abrazó con afecto.

—¿Qué tal, madre? Quiero presentarte a Libertad. Mi novia.

Sintió como su duende daba un pequeño respingo y sonrió divertido.

—Es un placer conocerla, señora.

—El placer es mío —contestó la madre de Samuel estrechándole la mano—. Me llamo Clara. Pasad, no os quedéis en la puerta.

—¿Dónde está padre?

—Lo siento mucho, pero vais a tener que disculparlo. Le ha surgido un caso de última hora. —Se detuvo un instante para contemplar a Libertad—. Tu nombre es... bonito. Me suena haberlo escuchado antes. No sé dónde. Mi memoria comienza a agotarse. Vamos a sentarnos a la sala. Cuéntame, Samuel, ¿qué tal el gimnasio?

—Muy bien. Libertad ahora también trabaja allí.

Aunque no quería ser descarada, Clara no dejaba de observarla. Le recordaba a alguien. Tal vez de otro momento y lugar. Por algún extraño motivo que desconocía, recelaba de ella.

***

—¿También te gustan las artes marciales como a Samuel? —me preguntó Clara.

Habíamos pasado a una sala muy bonita decorada en tonos melocotón. Los muebles eran elegantes y había una escalera con tarima de madera que llamaba notablemente la atención por lo bonita que era la barandilla.

—Soy bailarina —dije.

Me dio la impresión de que ella oscurecía su mirada y que un velo de frialdad transformaba su cara amable por otra menos agradable. Miré a Samuel por si él se había dado cuenta.

Lo había hecho, puesto que frunció el ceño de una forma muy pronunciada.

Estaba claro que no le gustaban las bailarinas, o quizá era yo quien no le gustaba.

—¿Te ocurre algo, madre?

—¡No, claro que no! Es solo que me parece tan raro que tengas novia... Tus padres, Libertad, ¿a qué se dedican?

—Mi madre es bailarina y de mi padre no me acuerdo. Nos abandonó cuando yo todavía no sabía ni caminar. —Si yo le caía mal por tener esa profesión, por descontado que mi madre también—. Ellos nunca se llegaron a casar, por lo que estoy reconocida como hija de madre soltera.

Por el rostro de Clara comprendí que acababa de complicar todo. Debía de haber guardado el último comentario.

—Es una pena no poder conocer a su esposo —seguí diciendo, intentando limar asperezas—, queríamos pedirle que nos ayudara a buscar a mi madre.

—¿¡Y qué será lo siguiente!? —respondió Clara, alterada—. ¿Qué encuentre también a ese padre que os abandonó?

Samuel se puso en pie en el acto y me arrastró consigo, obligándome a incorporarme.

—Veo que hoy no es un buen día para las visitas.

—¡Espera, Samuel! No lo comprendes. —La mujer se levantó y caminó detrás de nosotros. Él me llevaba hacia la puerta—. Hablemos de ello con calma.

—Mejor en otro momento. —Me acompañó hasta el coche—. Espérame dentro, princesa. No tardo ni dos segundos.

Vi que se dirigía con pasos firmes y potentes hacia su madre que se había detenido en el porche, y que intercambiaban algunas palabras que no fui capaz de escuchar debido a la distancia.

—¿Qué es lo que he hecho mal? —le pregunté confundida, a punto de romper a llorar, cuando él entró en el coche.

—Nada, princesa. No has hecho nada. No entiendo por qué se ha puesto así, pero me da igual.

No me tranquilizó con sus palabras. Lo hizo sin embargo con un beso de infarto que despertó todos mis instintos más bajos y sensuales.

Después de aquello me invitó a comer a un restaurante gallego y al cine. No recuerdo cuál era la película porque Samuel y yo nos estuvimos metiendo mano todo el tiempo. Lo que sí sé es que no había mucha gente. Algunas cabezas que sobresalían un poco. Nada más.

Cuando antes he dicho toquetear, quiero decir que, tras unos besos húmedos y cálidos, él metió su mano por debajo de mi falda.

Me gustaba la suavidad con la que me acariciaba y me rozaba. Sus dedos parecían diminutas hormigas, sobre todo cuando apartó mi ropa

interior.

Imagino que en la oscuridad él no podía verme la cara. Sentía que estaba a un palmo de ponerme a arder a lo bonzo.

Decían que el sexo era sano y admito que a mí me encantó, pero me quedé muy palpitante, como si no hubiera llegado al final y me faltase algo.

—¿Puedo hacerte alguna cosa ahí? —le había preguntado, poniendo mi mano en sus genitales. Eran tan duros como todo su cuerpo. Acero puro.

—No, princesa. Si lo haces querría llegar hasta el final. Estoy bien así. Disfruto tocándote. ¿Tú estás bien?

Estuve a un tris de decirle la verdad. Que me había sabido a poco y que me había quedado a medias en algo que no sabía lo que era. Pero me callé, porque en el fondo me daba miedo llegar al final y quedarme embarazada, como le había sucedido a mi madre.

Capítulo 11

Oficialmente, Samuel y yo nos hicimos novios. Todo el mundo se enteró; la gente del gimnasio, Quique, mis compis, su amigo Hugo...

Era todo tan mágico y bonito, a pesar de la oposición de mi futura suegra, que comenzamos a planear juntos las vacaciones de verano. Sol, playa, hotelito...

Me había pensado mejor lo de tener sexo al completo, pues Samuel siempre me dejaba una extraña sensación de vacío en mi interior. Si yo hubiera sabido que lo hacía adrede me habría enfadado con él. Pero en aquella época era demasiado tonta y no sabía que precisamente era eso lo que él se proponía. No digo que se aprovechara de mi ingenuidad —que también—, sino que más bien era para demostrarme cómo se sentía.

La pena fue —por no llamar a las cosas claras y decir putada— que nuestros planes se truncaron.

Una tarde, estaba recogiendo mis cosas para ir a cambiarme, cuando Samuel entró a buscarme al aula.

—Princesa, ha venido mi madre. Quiere hablar con nosotros.

Sentí un frío helador que se clavaba en mi nuca.

—¿Conmigo también?

Él asintió y dijo:

—Habrá recapacitado.

Aspiré con fuerza esperando que se tratara de eso.

Samuel y yo entramos cogidos de las manos en la oficina que solía usar Quique. Clara se hallaba sentada en una de las sillas y clavó sus ojos en nosotros, seria.

Supe enseguida que la muy desalmada no había venido a darnos sus bendiciones, más bien todo lo contrario. Venía a exponernos por qué no podíamos estar juntos.

—Debéis alejaros.

En las primeras palabras, Samuel, que se había sentado a mi lado en un pequeño sofá de dos plazas, se puso de pie dispuesto a marcharse.

—¿Por qué? —pregunté.

Si la excusa se trataba de que yo era bailarina, pensaba proceder del mismo modo que mi príncipe. O sea, ignorándola.

Entonces ella soltó una bomba terrible.

—Sois hermanos.

Al principio se hizo un largo y profundo silencio, que Samuel rompió con un medio grito.

—¿Qué demonios estás diciendo, madre?

—Samuel y yo no podemos ser hermanos. ¡No soy adoptada! —repliqué.

—Eres hija de Ernesto, mi marido. Medio hermana de Samuel.

Pasó por mi cabeza que aquella mujer se había vuelto loca y solo pretendía apartarme de su hijo. Me levanté sin creerla.

—Estoy diciendo la verdad, Libertad —prosiguió—. Hace años tu madre vino a casa a reclamarle a Ernesto. Él la había engañado y me había sido infiel. —Clara miró a Samuel con una expresión en los ojos que me daba miedo. Era una en la que trataba de convencerlo—. Tú eras muy pequeño.

Ante mi asombro, Samuel se volvió a sentar y se llevó las manos a la cara.

—¿Samuel? No vas a creer eso, ¿verdad? —pregunté asustada.

Él alzó la cabeza y me miró con sus bonitos ojos azul verdosos llenos de angustia. No podía saber lo que estaba pasando por su mente.

Samuel se mordió el labio inferior con tanta fuerza que todo su rostro se deformó.

—No sé qué creer —dijo al fin, en un tono de voz que daba escalofríos—. Recuerdo... algo. Pensaba que había sido todo... una pesadilla. Que la mujer que fue aquella noche a casa no existía.

Clara ahogó una exclamación.

—¿Lo sabías?

—Las voces me despertaron y salí a ver qué ocurría. Escuchaba a esa mujer llorar. —Miró a su madre—. Tú gritabas. —Sacudió la cabeza y noté su confusión.

Me dirigí a Clara. Necesitaba estar segura de que ella no estaba mintiendo.

—Si sabe eso, sabrá cómo se llama mi madre.

—Marina Ruiz.

Me dejó pasmada e inmóvil. Hacía años que no escuchaba su nombre completo. Me mareé y se me revolvió el estómago. Apoyé una mano sobre el escritorio para no perder el equilibrio. Me temblaban las piernas, el corazón golpeaba tan fuerte en mi pecho y en mi garganta que no parecían formar parte de mí. Como si quisiera liberarse de mi cuerpo y saltar al vacío.

—No sabía que te habías despertado, Samuel. Yo estaba mal. Enfadada. Humillada. Tenía a la amante de tu padre en mi salón, con su niña en un carro. Fue una de las noches más horribles que he pasado.

—No me lo contasteis nunca.

—Porque no queríamos hacerte sufrir. —Clara parpadeó para extinguir las lágrimas que habían acudido en tropel a sus ojos—. Cuando el otro día me llamaste para decir que venías a casa a presentarnos a alguien, a una persona con la que te sentías muy conectado, nos alegramos. —Paseó la vista sobre mí casi con dulzura —. Te pareces mucho a tu madre. Al principio no pensé que tú pudieras ser la hija de esa mujer. Pero al escuchar tu nombre, saber que eras bailarina... fue como revivir aquel día de nuevo. Una noche que he tratado de olvidar con desesperación.

—Eso no puede ser. Es imposible que pueda ser verdad lo que está contando —murmuré con una vocecita tan pequeña que no sé si llegaron a escucharme. Hablaba así porque en el fondo yo también la estaba creyendo.

¡Menudo poder de convicción que tenía la mujer!

Lo peor es que Clara parecía sincera del todo.

—De verdad es que lo lamento mucho.

Tenía que escapar de allí. Sentía que no podía respirar. Que me ahogaba. Era como si de repente me hubieran encerrado en la torre más alta del castillo sin posibilidad alguna de escapar.

Esa mujer seguía hablando. Disparando sus proyectiles a discreción, con unos comentarios que dolían como puñales que se clavaban en mi alma.

Hermanos. Eso éramos Samuel y yo. Eso era lo único que no dejaba de escuchar en mi cabeza.

Me giré hacia la puerta. Las lágrimas que inundaban mis ojos me impedían ver nada.

Samuel se levantó y cogió mi mano. Se la aparté. No soportaba que me tocase. No quería su consuelo, ni sus palabras. Si no lo podía tener a él como hombre, sentía que la vida ya no tenía ningún sentido para mí.

Hui de allí y corrí a los vestuarios. Me cambié de ropa tratando de concentrarme en lo que estaba haciendo. Todo mi cuerpo pesaba una tonelada y mis músculos se habían quedado oxidados de repente.

—¿Libertad? —Samuel asomó por la puerta con su apuesto rostro varonil. Tragué saliva y lo miré de arriba abajo sintiendo que era la primera vez que lo veía de verdad—. Te llevo a casa.

No recuerdo cómo entré en su coche ni por qué accedí a pasar más tiempo con él. Estaba desolada.

Hundida en el asiento, clavé la vista en mis manos.

—Voy a averiguar si lo que ha dicho es cierto —dijo él.

—No tiene ningún sentido que nos esté engañando. Ella dice la verdad.

Samuel me cogió la cara con una de sus fuertes manos y me obligó a mirarlo a los ojos.

—Escúchame, eso no lo sabemos todavía.

—Conoce el nombre de mi madre. Nos ha dado detalles. ¿Qué más necesitas saber, Samuel?

Él dejó escapar un suspiro.

—¡Todo! ¡Necesito saberlo todo! ¡Quiero poder entenderlo!

Me asusté al oírle hablar de ese modo. Su voz era dura y fría igual que un témpano de hielo.

—Puede que no te guste lo que descubras.

Él frenó el coche a un lado de la carretera.

—¿Te estás rindiendo? —preguntó frunciendo el ceño.

Asentí. Precisamente eso era lo que estaba haciendo. ¿No se daba cuenta de lo que podía haber pasado si Clara no nos hubiera advertido?

—Somos hermanos —dije con el corazón roto—. Todas las evidencias apuntan a eso, pero tú no quieres verlo.

—¡Claro que no! —gritó exasperado—. ¿Cuántas bailarinas hay en el mundo? ¡Las posibilidades de que nos conociéramos eran remotas!

Me estremecí.

—Tienes razón. —No pude ocultar el sarcasmo—. Hay un montón de mujeres que se llaman como yo y tienen mi edad, ¿verdad? Dime que has conocido a muchas. —Samuel endureció la mandíbula y llevó la mirada al frente—. Dime una sola a parte de mí. ¡Te estás agarrando a un clavo ardiendo! Estás siendo demasiado optimista. —Luché por no llorar delante de él.

Después de la siguiente revelación y del desconcierto que sentía, llegó el miedo y algo que me costaba pronunciar. Debía sentirme sucia por haber permitido que él me tocara y me besara. Los hermanos no podían hacer eso. Ni siquiera podían enamorarse. Sin embargo, yo estaba loca por él.

Era pecado. Lo sabía, y porque lo sabía, no podía continuar con aquello.

—Tenemos que empezar a mirarnos de otra manera —susurré con voz temblorosa.

—Lo sé —contestó con un suspiro tan profundo y doloroso que me desgarró el alma—. Pero yo seguiré teniendo esperanzas por los dos. Por ti y por mí.

Cuando Samuel detuvo el coche delante de mí portal, bajé de él sin mirarlo ni una sola vez.

De todas las cosas que mi madre podía haber hecho, aquella era la peor de todas. La odiaba como jamás había odiado a nadie.

Nada más atravesar la puerta de mi casa me derrumbé por completo. ¡En mi vida había llorado tanto! Las lágrimas no tenían fin y mi desconsuelo, menos.

—¡Liber! ¿Qué ha pasado? —Paula me miraba de hito en hito,

asustada.

Sara había acudido corriendo al escuchar mis lloros y la voz de mi amiga.

—Samuel y yo hemos roto.

Ambas me contemplaron con sorpresa. Sin saber qué decir. Normal. Nos habían visto tan bien y tan felices esos días atrás que resultaba un poco difícil de creer.

Paula me pasó el brazo sobre el hombro y me llevó hasta el sofá del salón.

—Seguro que se os pasa pronto. Ha sido solo una pelea de enamorados.

—No hemos peleado.

—¿Qué ha pasado entonces? Si ese cerdo se ha burlado de...

—¡No le llames cerdo! —Lloré más fuerte—. Él ni siquiera tiene la culpa.

Sara se sentó a mi lado con una caja de pañuelos.

—¿Quieres qué te haga una infusión o algo? Me parece que hay valeriana.

Negué con la cabeza. Mi estómago no habría aceptado nada en aquel momento. Es más, quería expulsar lo poco que había ingerido esa tarde.

—¿Qué pecado he cometido para qué todo lo malo me pase a mí?

—¡Me estás poniendo de los nervios, Liber! ¿Quieres contarnos qué ha pasado? ¿Te ha engañado Samuel con otra? —insistía Paula.

—No ha sido eso. Ojalá, porque hubiera podido gritarle y cortarle los huevos. —Me retiré las lágrimas con las manos, pero ellas seguían saliendo al libre albedrío. Sin control. Podía haber llenado un pantano. O peor, lo habría desbordado. La pared de la presa no hubiera soportado tanta presión—. Ha venido la madre de Samuel a vernos.

—¡Menuda bruja! —exclamó Paula haciendo chirriar los dientes de un modo muy desagradable—. La culpa ha sido de ella, ¿no?

—Sí. Es como la madrastra malvada de los cuentos, aunque en realidad ella no ha hecho nada —contesté.

—Verás, cielo. —Sara me tocó el moño. No sé por qué, la verdad. Siempre que daba clases lo llevaba muy tirante—. Entre los hipos y el hilo de voz que tienes, no entendemos nada.

Sí. Era cierto. Mi voz sonaba como la de una rata a punto de ser apaleada con una escoba.

—Dice que somos hermanastros y que no podemos estar juntos. ¡No sé cómo voy a vivir sin Samuel!

—Seguro que se lo ha inventado —dijo Paula, convencida. Desde que le había contado mi primer encuentro con la madre de Samuel, aborrecía a esa señora—. ¿Sabes por qué Dios creó a las suegras? Porque el diablo no puede estar en todos lados.

—Trata de tranquilizarte y cuéntanos todo desde el principio —me animó Sara, que sacaba puñados de pañuelos para que yo me limpiase la cara.

Cerré los ojos por un instante y los abrí rápido. Solo podía ver la cara de sufrimiento de Samuel.

—Cuando yo era un bebé...

—No hace falta que te remontes tan atrás —sugirió una de ellas dejando los ojos en blanco.

—¡Es que todo viene de ahí!

Haciendo un esfuerzo por controlarme, les relaté lo que sabía.

Me escuchaban anonadadas. Normal. El mundo no era tan pequeño. ¿Por qué, de entre todos los hombres que existían en el gran universo, me había tenido que ir a enamorar de mi hermanastro?

Hermanastro, repetí. También odiaba esa palabra. En una sola noche estaba odiando demasiadas cosas.

Mis amigas, al igual que Samuel, decían que teníamos que averiguar la verdad. Pero en ese momento yo todo lo veía más negro que una mosca en un café solo. De repente había perdido a mi novio y había encontrado a un padre que se había escaqueado de sus obligaciones. También lo odiaba.

Mi madre era la única que sabía con exactitud la verdad.

Paula me acarició la espalda con ternura.

—Podéis haceros un análisis de sangre.

Mis labios formaron un puchero. Estaba revuelta. Me dolía la cabeza tanto que creía que me iba a estallar. Las fuerzas no me acompañaban.

—Yo quiero dormir —les dije levantándome del sofá.

Arrastrando los pies caminé hacia mi dormitorio.

—¿No vas a cenar algo? —preguntó Paula.

—Ahora no puedo con la vida. —Me detuve a mirarla—. ¿Queda alguna galleta de animales?

Ella corrió hacia un mueble y sacó una caja de latón verde, que me entregó. La guardé debajo del brazo. Las penas con galletas eran menos penas.

Capítulo 12

—¿Estás seguro de que ella es tu hermana? —Hugo había perdido la cuenta de las veces que se lo había preguntado a Samuel, pero este no terminaba de contestarle. Acababa una frase desoladora y comenzaba con otra.

—¡Yo la quiero! —repitió una vez más.

Hugo suspiró. Vio que su amigo se inclinaba sobre la mesa para servirse más whisky, y aunque por un momento tuvo la idea de quitárselo, permitió que hiciera lo que le diera la gana. Estaba en todo su derecho después de todo por lo que estaba pasando. Sin embargo, le advirtió:

—No vas bien, tío. Estás muy jodido.

Samuel no parecía escucharlo.

—No te lo he dicho nunca, pero Libertad y yo nos conocimos hace más de dos años. Un día de nieve.

—Me lo has contado tres veces en el rato que llevo aquí.

Samuel arqueó una ceja.

—No nos merecemos esto.

—Claro que no.

Samuel se bebió de golpe lo que acababa de echar en el vaso y se sirvió otra vez. Dejó la botella en la mesa con un golpe seco y abrió los brazos en cruz.

—¡No nos parecemos en nada!

—Tienes razón. Ella es guapa y tú más feo que los pies de otro cualquiera.

—¡Y a mi padre tampoco se le parece!

—No. Gracias a Dios.

Samuel tomó su vaso y frunció el ceño.

—Yo me he criado entre algodones, y ella en una familia desestructurada.

—Bueno, tampoco te pases. Estuvo con su madre y, que yo sepa, no estuvo tan mal con las monjas.

Durante un instante, Samuel fulminó el ventanal con una mirada llena de rabia.

—¡Lo mismo el día que se case me pide que sea su padrino!

—¡Vaya tela! ¡Estás bebiendo como un cosaco!

Samuel asintió.

—Quiero emborracharme.

—Lo veo, pero ¿para qué?

—Para olvidar.

Hugo sacudió la cabeza.

—En ese caso te equivocas. Cuanto más bebes, más piensas en ella. Ahora dime ¿estás seguro de qué es tu hermana?

Samuel lo miró muy fijo. Hugo nunca antes había visto tanta angustia reflejada en unos ojos.

—Casi.

Hugo parpadeó.

—¿Casi? ¿De modo que no estás seguro?

—Todavía no he ido a hablar con mi padre. No sé si saludarle con un abrazo o simplemente soltarle un puñetazo. Aún me lo estoy pensando.

Hugo resopló.

—Todo esto pasó hace muchos años.

—Yo había nacido ya. ¡No solo es que engañase a mi madre y a esa mujer, es... que permitió que mi hermana creciera sin él y sin conocerme! ¡Abandonó a su propia hija!

—Si resulta que de verdad lo es, ¿qué vas a hacer?

—No soportaría que saliera de mi vida, pero tampoco puedo tenerla a mi lado.

—¿Ella qué te ha dicho?

—Está muy confusa. Destrozada, como yo.

Hugo asintió. Si había envidiado a su amigo cuando conquistó a la belleza rubia, ahora solo sentía lástima. Tenía sentimientos encontrados. Apreciaba a Samuel a pesar de tener caracteres tan dispares.

Hugo era demasiado serio. Demasiado responsable. Muy, muy perfeccionista. No sentía miedo de reconocer que era poco hablador y que solía esconderse tras una máscara de indiferencia. Era orgulloso. A veces, tan irascible que el mal genio le afloraba solo. Ni siquiera tenía sentido del humor.

Si en algo habían coincidido Samuel y él era en que se sentían atraídos por la misma mujer, y él casi se alegraba de poder tener una oportunidad con Libertad. No había hecho nada una vez que se enteró de que estaba juntos. No había interferido en sus vidas por más que lo hubiera deseado.

No se enorgullecía de sus pensamientos. Al contrario, en su fuero interno sentía que era un traidor. Jamás se le habría ocurrido birlarle una mujer a su amigo. Pero si esa mujer era su hermana...

—No sigas bebiendo, Samuel. Nunca he estado en tu lugar porque nunca me he enamorado, pero no conozco a nadie que se haya muerto de amor...

Samuel lo interrumpió:

—Píramo y Tisbe, dos amados separados por una prohibición. Se quitaron la vida por una confusión y por el amor tan profundo que sentían. Romeo y Julieta. Dido. Anna Karenina. Werther...

Hugo resopló.

—Son personajes literarios.

—Sylvia Plath, escritora que se suicidó por no superar la separación de su marido. Marilyn Monroe, aunque su muerte fue todo un misterio, la vinculaban con Kennedy.

—¡Ni tú ni Libertad os vais a suicidar! ¡Deja de decir memeces, Samuel! Te acompaño a la cama. Mañana ve a hablar con tu padre. —Esa vez sí que le retiró el vaso y lo ayudó a incorporarse.

—¿Te quedas a dormir?

—Sí. Me quedaré aquí, en el sofá.

—No voy a suicidarme. Libertad sufriría mucho si lo hiciera.

Hugo tenía sus dudas. Mintió:

—Lo sé, pero es tarde para irme a mi casa.

—Hugo, ve a ver a Libertad.

—Tú flipas.

—Necesito saber cómo está.

—Llámala por teléfono.

—No me diría la verdad. Hazme ese favor, te lo ruego.

Hugo suspiró, mosqueado.

—Joder. De acuerdo. Mañana voy a verla.

Samuel hizo un amago de sonrisa.

—Gracias. Sabía que podía contar contigo.

Igual que un alma en pena camino del purgatorio, anduvo hacia su dormitorio.

Hugo dejó los ojos en blanco. Lo último que necesita era ir a dar consuelo a Cenicienta.

***

—¡Samuel! —Ernesto apartó el periódico que estaba leyendo al ver que su hijo entraba en el salón. Advirtió que estaba furioso y que no podía controlar el gesto de rabia que pintaba su cara.

—¿Podemos hablar, por favor?

—Claro, dime. Siéntate.

—Prefiero quedarme así. ¿Está madre?

—Ha salido hace un rato. ¿Ocurre algo?

La mirada de Samuel le recorrió de arriba abajo. Intentaba encontrar al hombre infiel que había abandonado a Libertad.

—¿Es cierto que tengo una hermana que se llama Libertad? ¿Tienes una hija?

Los ojos de Ernesto se abrieron de par en par.

—¿Cómo dices?

Samuel resopló.

—¡No me puedo creer que madre no te haya dicho nada!

—No sé de qué estás hablando. ¿Me tenía que decir algo? —Se levantó, molesto—. ¿Y quién es...? —Se interrumpió de repente—.

¿Conoces a Libertad? ¿A la hija de Marina?

Samuel apretó los puños con fuerza y siseó:

—Hasta ayer mismo, esa mujer era mi novia. ¿Cómo pudiste hacerlo?

—¿Tu madre te ha contado lo de Marina? —insistió con ojos dilatados.

Samuel percibió su confusión. El rostro de su padre se había sonrojado y era incapaz de mirarle a la cara.

—Y lo de Libertad. ¿Vas a negarme que es tu hija?

Ernesto sacudió la cabeza.

—¡Esa chica no es mi hija! Es cierto que tuve un desliz con Marina. —Samuel arqueó las cejas con incredulidad—. Una aventura. Pero la niña ya había nacido cuando la conocí.

Samuel apretó los dientes hasta sentir que se le podían romper del esfuerzo.

—¡Necesito poder creerte! ¡Madre dice que es tu hija!

—¡Porque ella no confía en mí! Mil veces le dije que no era mía. Samuel, hijo, puedes estar seguro de lo que te digo. Esa chica no tiene nada que ver con nosotros. ¿Crees que no me habría interesado en ella de serlo?

—Ahora mismo no sé qué pensar. —Le temblaban tanto las piernas que se dejó caer en un sillón.

—¿Qué puedo hacer para demostrártelo? ¿Quieres una prueba de paternidad? Nos vamos a gastar el dinero a lo tonto, pero así tu madre también se quitará esa idea de la cabeza de una vez.

Samuel se frotó la cara y lo miró:

—¿Por qué lo hiciste?

Ernesto, avergonzado, se volvió a sentar.

—Fue una mala época. Clara solo tenía tiempo para su trabajo, aunque no la culpo. Los casos me llegaban a cuentagotas. Marina fue uno de ellos. Me contrató para buscar al padre de su hija. Aún debo tener los papeles archivados por algún lado. —Cerró los ojos por unos segundos, recordando—. Era una joven muy dulce y atractiva. ¡Espera! ¡Has dicho que tienes novia! ¿La muchacha que vino el otro día a casa?

—Sí. Tú no estabas.

—¿Cómo sabes que ella es la hija de Marina?

—Madre se lo sonsacó. Es bailarina, mismo nombre... Sacó conclusiones.

Ernesto asintió con la cabeza y sonrió, aunque no llegó a despegar los labios.

—Me he arrepentido muchas veces de lo que ocurrió. No sé por qué no le dije a Marina que estaba casado. Comenzamos una relación. Engañé a esa pobre porque me sentía muy bien con ella. Me hacía sentir cosas que había olvidado.

—¿Cuánto tiempo duro?

Se encogió de hombros.

—No sé. Cuatro o cinco meses. Se alojaba en una pensión. Quería ahorrar dinero para comprarse su propia casa, por eso buscaba a ese hombre, para pedirle ayuda. Una noche se prendió fuego una de las habitaciones y todos los huéspedes tuvieron que salir de allí. Le había dicho a Marina que vivía con mi madre enferma y ella pensó que podría pasar la noche aquí. Después de aquello no volví a saber nunca más de ella, ni de su hija.

—¿Encontraste al padre?

—Dejé de buscarlo cuando Marina se marchó. No tenía motivos para seguir haciéndolo.

—¿La querías? —se atrevió a preguntar Samuel.

Ernesto se calló durante unos minutos y luego negó con la cabeza.

—No como os quería a ti y a tu madre. Me confundí. Cometí un error.

Samuel sintió que se quitaba un peso de encima, aunque el dolor de cabeza por culpa de la resaca continuaba martilleándolo el cerebro.

—¿Me ayudarías a buscar a Marina?

Ernesto parpadeó varias veces seguidas.

—¿Quieres que tu madre me mate?

—Ella no se va a enterar, te lo prometo. —Se inclinó hacia adelante apoyando los codos sobre las rodillas—. Hazlo por mí, por favor.

—Haré lo que pueda, pero no te prometo nada. Necesitaré hablar con Libertad. Espero que puedas tranquilizarla.

—Seguro que sí. —Se enderezó. Esperaba que Hugo no hubiera ido a verla todavía.

—Buscaré el archivo de Marina.

Samuel no pudo resistirse a abrazar a su padre. Confiaba en él, a pesar de que antes de entrar en casa había deseado asesinarlo a sangre fría. Y a pesar de que aborrecía que hubiera engañado a alguien por echar unos polvos.

Capítulo 13

No pegué ojo en toda la noche, entre otras cosas porque tenía la cama llena de migas de galleta, y porque cuando cerraba los ojos solo era capaz de ver a Samuel.

Había pasado de ser mi novio a convertirse en una obsesión.

Cuando ya no pude más de dar vueltas y vueltas en la cama, me levanté.

Envuelta en una manta fina me asomé a la ventana y me quedé allí un buen rato, con la mirada perdida en la nada.

Acababa de amanecer y diferentes colores cubrían parte del cielo.

No sabía si ir al gimnasio ese día. Ese día y los demás, claro. No me apetecía mucho ver a nadie. Todos iban a estar preguntando todo el tiempo. Y menos deseaba ver a Samuel.

Primero tenía que hacerme a la idea de qué él no iba a ser el futuro padre de mis hijos y no iba a ser fácil sacarlo de mi cabeza si continuaba viéndolo.

Con un profundo suspiro fui al salón sin desprenderme de la manta. Abrí las persianas y me senté a desayunar en la isla. Me comí un montón de tostadas con tomate natural rallado, aceite de oliva y sal. Podía sobrevivir comiendo a diario eso. Estaba buenísimo. Además, excepto las galletas de la noche anterior, no había comido nada.

Por el sonido de la puerta del baño supe que una de mis compis se había levantado. Al poco apareció Paula vestida con un pijama negro de pantalones cortos. Sobre el pecho, en letras coloradas, se podía leer *Stranger Things*.

—Buenos días, cielo. ¿Cómo te encuentras esta mañana? —me preguntó alborotándose el pelo. La melena oscura, bastante ondulada, caía alrededor de su cara y le cubría la espalda casi al completo.

No sé por qué nunca lo llevaba suelto con lo bonito que lo tenía. Además, cerca de las mejillas se le formaban unos ricitos muy chulos que me encantaban. Me recordaba a la princesa Mérida de DunBroch, protagonista principal de *Brave*.

—Igual que anoche, Paula. No creo que esto se me pase pronto.

—Sé qué es un infortunio, nena, pero has de mirar hacia adelante. Las cosas pasan y pasan, y por muchas vueltas que les des, es lo que hay.

—Ya. —Vamos, ahí tenía toda la razón, aunque decirme eso y nada hubiera significado lo mismo—. Tendré que ser fuerte. Supongo que no podré esconderme de él toda la vida.

—Míralo por el lado bueno.

—No. —Sacudí la cabeza varias veces seguida mientras me levantaba de la banqueta—. Esto no tiene ningún lado bueno. No vamos ahora a pintarlo de colores. Es como cuando descarrila un tren y vas dentro y dices: Gracias a Dios no me ha pasado nada. ¿Nadie entiende que se debería decir: gracias a Dios he estado a punto de matarme?

Paula me chistó.

—Que no te escuche Sara pronunciar el nombre de Dios en vano.

—¡Si él existiera de verdad no dejaría que pasaran estas cosas!

—No creo que le puedas culpar a él de algo que hizo tu madre.

Dejé escapar un suspiro. Era obvio que ese día el buen humor me había abandonado.

—Creo que me voy a pasar todo el día encerrada en mis aposentos, porque siento deseos de gritar y de pelearme con alguien.

—De eso nada. —Paula puso los brazos en jarra—. Ahora mismo te vistes. Hoy nos vamos al parque Warner a soltar adrenalina y a hacer unos vídeos. Busca prendas cómodas.

Lo dijo tan seria que no me atreví a replicar. Quizá me iba a venir

bien por si quería lanzarme de alguna atracción en marcha.

Mientras me vestía con unos vaqueros, pensaba en alguna excusa para no acompañarla. Sin embargo, sabía que en el fondo me iba a hacer bien poder despejarme. Un sitio lleno de gente y ruidos donde no fuera capaz de unir uno solo de mis pensamientos, y que resultaran coherentes.

Nunca había imaginado que las rupturas fueran tan dolorosas. Sobre todo, en personas que continuaban amándose con la misma intensidad del primer día.

Cogí mi bolso y respiré hondo antes de salir del cuarto. Tenía los ojos rojos e hinchados. Era un buen motivo para ponerme las horrorosas gafas de sol, pero las princesas que sufrían, nunca las llevaban. Ellas iban con la tristeza pintada en el rostro y ni siquiera intentaban disimularlo.

Una madrina era lo que necesitaba, pero me iba a conformar con Paula. A falta de pan, buenas son tortas.

Al acercarme al salón, escuché voces que llegaban desde el vestíbulo de la entrada. Me estremecí al reconocer la voz de un hombre. ¿Sería Samuel? No quería hablar con él, pero sí saber cómo se sentía. Decían que los hombres para esas cosas eran más fuertes y sobrellevaban mejor el dolor.

Me armé de valentía y salí al vestíbulo. No era Samuel quien hablaba con Paula, si no Hugo. Tampoco es que estuvieran hablando en plan amigos, pues se echaban unas miradas que parecían estar enfrentándose con espadas láser.

—Hugo ha venido a ver cómo estás —dijo Paula de mala gana cuando irrumpí en el recibidor.

Decepcionada porque él no era quien yo esperaba, contesté:

—Bien, superándolo.

—¿Ves? Ella está bien —repitió Paula en tono chulesco.

—¿Sabes algo de Samuel? —pregunté preocupada. Me parecía un poco raro que se hubiera presentado su amigo.

—También trata de superarlo. Si te puedo ayudar en algo...

—Ya me tiene a mí para lo que sea —le cortó Paula con acidez. Se había cruzado de brazos con la intención de no dejarnos solos.

Hugo la miró de refilón, ignorándola, y continuó hablando como si no lo hubiera interrumpido.

—Puedes contar conmigo para lo que necesites.

—¡Pues sí, mira, a lo mejor te necesita! ¿Podrías llevarnos a la Warner? Si no es así, ya puedes marcharte, porque se nos hace tarde.

Miré a Paula con ganas de estrangularla. Encima que Hugo venía a preocuparse por mí, ella lo trataba como si fuera un simple mayordomo o peor.

Hugo la observó con ojos de hierro.

—No puedo, voy a trabajar.

—¿Te ha dicho Samuel que pases a verme? —pregunté, metiéndome entre los dos. Corría el riesgo de que alguno de esos cuchillos que se lanzaban con las miradas me diesen de lleno. No entendía qué les pasaba a esos dos.

—Sí, me lo pidió él. Me marcho ya que si no, yo tampoco llego.

—Gracias por venir, Hugo.

Paula no se molestó en despedirse y él tampoco lo hizo de ella.

—¿Qué te pasa?, ¿Por qué te molesta tanto ese hombre?

—Es un prepotente —contestó.

—A mí no me lo parece. —Tal vez era que yo no lo había tratado mucho—. Ha sido muy amable al venir a ver cómo me encontraba.

—No te confundas, ese quiere ligar contigo, ¡Anda que no se le ve la cara!

Si eso era verdad, no me había dado ni cuenta. Solo había visto a un hombre preocupado por la relación de su amigo. Eso era algo para agradecer en vez de intentar echarle a los dragones para que se lo comieran.

—Vamos, tengo que estar de vuelta para dar mis clases.

—Pero ¿vas a ir? —inquirió extrañada.

—Tengo que hacerlo, me da igual si me ven triste y ojerosa, pero pienso cumplir con mi trabajo. No voy a decepcionar a Samuel ni a Quique. Una cosa es la relación profesional y otra, la que se está sucediendo entre mi... exnovio hermanastro y yo.

Paula, sin decir nada, me miró con las cejas alzadas.

Si yo tenía las agallas suficientes como para montarme en la lanzadera —me enteré de que se llamaba el Malvado Enigma— y dejarme caer a ochenta kilómetros por hora sus ciento quince metros de altura, escuchando silbar el viento, las tenía para todo.

***

Esa tarde entré en el Santuario quince minutos antes de mi hora. No voy a negar que estaba más nerviosa que el primer día que di clases, pues temía encontrarme con Samuel, no sabía cómo íbamos a reaccionar cuando nos viéramos.

Estaba cansada, Paula me había hecho subir a todas las atracciones para no dejarme pensar en nada que no fuera en el buen día que hacía y en el ambiente tan festivo que se respiraba en el parque. La verdad es que habíamos ido a matacaballos, porque yo estaba empeñada en trabajar esa tarde, pero lo pasamos bien.

Era la primera vez que las dos íbamos a un lugar así. Las hermanas pocas veces nos habían sacado de excursión. Alguna vez a visitar una exposición que hubiera cerca o a pasear por el centro, pero nada más.

Entre ver algún espectáculo y visitar las atracciones, la mañana se había pasado volando.

Me detuve en la oficina de Quique. Él estaba en el ordenador actualizando fichas. Alzó la mirada al detectar mi presencia.

—Libertad, gracias por venir. No estaba muy seguro de que lo hicieras.

—Es mi deber, no quería dejar a los alumnos colgados.

Él asintió.

—Te llamó Samuel varias veces. Esta mañana me dijo que no te había podido localizar.

Busqué en la mochila mi teléfono móvil y vi los mensajes.

—Es verdad, lo tenía apagado porque me fui con Paula a la Warner y estuvimos grabando con su teléfono.

—Sí, ya me comentó que se lo había dicho Hugo. ¿Qué tal lo habéis pasado?

Fingí una sonrisa.

—Muy bien. Es un sitio muy bonito y divertido, aunque supongo que es para pasar más tiempo. Se me ha hecho muy corto. Bueno, te dejo, voy a cambiarme.

—¿No has visto a Samuel todavía?

Negué con la cabeza y me marché. No me apetecía hablar de él, ni quería pensar en lo que iba a ocurrir en adelante. Lo más fácil para mí

era hacer lo mismo que cuando mi madre me abandonó con las monjas: pintar la tristeza de colores y volver a sumergirme de lleno en mi palacio de cristal, dejando a los villanos fuera de la muralla.

Hacer de tripas corazón no era sencillo, al igual que intentar continuar mi camino sin mirar atrás.

—Hola, profe.

Un grupo de chiquillas entró por la puerta cuando me estaba poniendo el calzado. Las miré con una sonrisa forzada, iba a ser más difícil de lo que había pensado.

—Samuel está en la puerta —dijo otra—. Te está esperando.

Realmente difícil.

Mi trasero no se quería despegar del banco en el que estaba sentada. Pensé en lo patética que parecía si no le daba la cara.

Me tomé mi tiempo en anudarme los cordones, necesitaba calmarme. Respiré profundo varias veces y salí al pasillo.

Él se hallaba tranquilo observando la planta de abajo con los brazos apoyados en la barandilla.

Con la vista puesta en su magnífico cuerpo, no podía dejar de tragar saliva.

—Samuel.

Se volvió hacia a mí con rapidez y sin darme tiempo a decir o hacer nada, me tomó entre sus brazos y me apretó tan fuerte que sentí que me estaba haciendo una llave de kárate.

—¡Samuel! —exclamé, esforzándome para que me dejara en el suelo. Me había alzado y mis pies volaban a la altura de sus espinillas —.¿Qué estás haciendo?

Él me bajó y rozó su nariz por mi cuello. Se aclaró la voz y me miró con tanta intensidad que me olvidé hasta de respirar.

—No somos hermanos.

Por unos segundos me quedé desconcertada.

Samuel tenía ojeras, nunca la había visto así.

—¿Eso es verdad o es lo que quieres pensar?

—Es verdad, no somos hermanos, mi padre me ha confesado todo.

Me escapé de su abrazo y di un paso atrás para poder sostener su mirada. Me daba la sensación de que había crecido más esas últimas horas o yo había empequeñecido, una de dos.

—Pero tu madre...

—Olvídate de lo que dijo. —Alzó la vista sobre mi cabeza y sonrió, me acarició la mejilla con los nudillos—. Hablamos después de clase.

Imaginé que algunos alumnos habían salido de los vestuarios y nos estaban observando, pero yo no podía quedarme tranquila hasta que él no me aclarase todo.

—¡Samuel! —insistí encerrando en los puños sus mangas del traje de kárate.

Él me abrazó de nuevo con fuerza.

—Todo está bien, confía en mí.

Quise salir corriendo detrás de él, mi paciencia tenía un límite y no solía exceder de la media hora.

¿Cómo podía saber si se lo estaba inventando?

Agité la cabeza con brusquedad para sacar esa idea tan absurda que comenzaban a instalarse en mi mente.

Capítulo 14

¡Madre mía! Escuché asombrada a Samuel. Él creía a su padre y aseguraba ser del todo sincero, sin tener ningún motivo que pudiera hacerlo dudar.

Emocionada, yo también aposté todo lo que tenía por aquella sinceridad, y cuando esa noche conversábamos en el interior del coche, delante del portalón de mi edificio, me eché en sus brazos y permití que todo el dolor y el sufrimiento que cargaba sobre mi corazón como una losa de granito escapara por fin y se llevase toda mi angustia.

—Me alegro tanto de que tú no te rindieses nunca, Samuel.

Él me encerró en un confortable abrazo y atrapó entre sus dedos un mechón de mi cabello con el que estuvo jugando durante unos largos minutos en silencio.

En la quietud de la noche y la pausa que prosiguió a mi comentario, me di cuenta de lo increíblemente paciente que era conmigo y, sobre todo, mi gran suerte de conocerlo.

—Tenemos que celebrarlo —musitó. Sus labios se posaron en mi frente con suavidad.

Oculté una sonrisa en su cuello. Seguro que su forma de querer celebrar el reencuentro distaba mucho de ser la mía. Conociéndole, él haría todo lo posible por convencerme de acabar en una cama, sobre

todo de llegar hasta el final.

—Sí, no somos hermanos —afirmé. Porque de un modo u otro eso teníamos que festejarlo.

—Y volvemos a ser una pareja fiel y consolidada —dijo.

Tenía razón, aunque yo prefería pensar que una relación se terminaba de consolidar en el altar frente al cura.

Me olvidé de eso y cerré los ojos cuando él me obligó a levantar la cara y se apoderó de mis labios en un beso intenso lleno de emociones. Agradecí estar sentada, pues la sensación de perder el conocimiento provocada por la dulce agonía de su boca me invadió por entera, al punto de olvidarme de respirar.

Samuel me saboreaba y avasallaba con su lengua curiosa, explorando mi interior palpitante, anhelante de su poder. Podía sentir su fuerza en cada movimiento y cómo poco a poco me iba arrastrando a su lado oscuro.

Ya nos habíamos besado más veces, pero en aquella ocasión despertó emociones que nunca había sentido. No tenía muy claro si se debía a que había estado a punto de perderlo, o a que él me hipnotizaba de una manera tan profunda que, estando en sus brazos, me olvidaba de todo. O de casi todo, porque en mi mente se abrió una pequeña puerta que me advertía que estábamos parados delante de mi portal y que cualquiera que pasara podría vernos.

Noté como una de sus manos se introducía bajo mi camiseta y un fuerte escalofrío recorrió mi cuerpo por entero. Sus dedos comenzaban a escalar hacia uno de mis pechos. Totalmente atenta, con la precaución rondando mi cabeza, me eché hacia atrás todo lo que pude. Él no se dio cuenta de que tenía intención de liberarme hasta que no aplastó la cara contra el cristal de la ventana con un sonido un poco desagradable. Yo me había deslizado hacia abajo en el sillón cual escurridiza serpiente.

—¡Joder, Libertad! —exclamó, buscándome.

Mi queja no tardó en llegar.

—¡Samuel! Los vecinos podrían vernos.

Con un suspiró que podía ser de ofuscación o de resignación, se apartó de mí y regresó a su lugar frente al volante.

—Nadie se va a fijar en nosotros, princesa. Los cristales son oscuros.

—Oscuros no es lo mismo que si fueran acero blindado.

—Dejaré los besos para el fin de semana, más que nada porque paso de volver a besar una ventana. Si llego a ser ventosa me hubiera quedado pegado en ella.

—¿Te ha sabido a limpiacristales?

Él me miró sin una piza de diversión.

—Te voy a llevar a un sitio que me han dicho que está muy bien. Conmemoraremos nuestro regreso.

—¿El fin de semana? —pregunté arqueando las cejas, colocándome de nuevo en el asiento, atraída por lo que acababa de decir.

—Será una sorpresa.

—Pero ¿va a durar dos días?

—Sí, ¿por qué?, ¿No te fías de mí?

—De lo que no me fio es de tu libido. Y hoy parece que tienes para dar y tomar.

Sus labios conformaron una mueca que hablaba de promesas y secretos. Apoyó su brazo en el respaldo de mi sillón con un poco de chulería, y su mirada, llena de una inocencia que sabía que él no tenía, me desnudó hasta el alma.

—Jamás te haría nada que tú no quisieras —susurró con voz envolvente y sensual—, pero tienes razón. No voy a negarte que estoy muy caliente.

—Más que un tobogán en verano —asentí.

—¿Tú no?

Sacudí la cabeza.

Lo malo es que yo cedía con facilidad. Ya había pensado que iba a ser ese verano, contradiciéndome a lo que siempre había querido. Pero ¿qué pasaba si Samuel conseguía convencerme? Un fin de semana los dos solos, durmiendo no sabía dónde. De seguro que podían pasar muchas cosas.

—¿Podrás controlarte? —quise saber.

Él pareció ofenderse.

—¿No lo he hecho siempre?

Lo había hecho. No había tenido más remedio, ya que siempre había sucedido en el cine, en el coche, o en cualquier sitio que, desde luego, no era el indicado para mi primera vez. Y sabía que él, para esa

ocasión, iba a ser muy especial y cuidadoso.

Confiaba en Samuel de todas las maneras posibles, y estaba claro que, si llegaba a pasar aquello que yo no deseaba que sucediera todavía ese fin de semana, la culpa sería en mayor parte mía por ser débil de pensamiento.

—¡Soy tan feliz, Samuel! —Volví a recordar lo horrible que lo había pasado tras la bomba que nos soltara Clara, y no podía creer que todo se hubiera resuelto de manera tan rápida y fácil.

—Mujer de poca fe. Menos mal que yo iba a seguir al pie del cañón hasta que averiguase la verdad. —Capturó mi cara con sus manos y despacio vi como su boca se acercaba de nuevo a la mía—. Lo he pasado tan mal desde que mi madre me acojonó de esa manera, que ahora lo único que deseo es besarte a todas horas.

—A mí y a las ventanas. —Sonreí haciéndole reír a él—. Me gustan tus besos —admití.

En realidad, me gustaba todo de él, incluso esa ansia que trataba de ocultarme por hacerme suya —que tan poco lo escondía con mucha sutileza, que digamos—. Era muy difícil cuando sus ojos la mayoría de las veces estaban llenos de fuego y pasión.

Precisamente no me quejaba de sus besos. Me encantaban. Y que la gente nos hallara labio sobre labio tampoco me molestaba. Lo que en verdad me avergonzaba era que nos vieran toqueteándonos como si fuéramos unos obsesos del sexo que no pueden esperar a llegar a casa o a cualquier sitio con demasiado poca luz como el cine, o como el apartamento de él. Me había invitado a subir varias veces para cenar o ver alguna película. Aunque casi siempre habíamos acabado enrollándonos en el sofá, nunca me había querido quedar a dormir para evitar las tentaciones de todo lo que pudiese pasar. Para mí era inevitable no dar rienda suelta a mis deseos, pues mi educación, quizá bastante puritana, y el no querer seguir los pasos de mi madre, me retraía mucho. Además, Samuel solo poseía una cama y yo no me fiaba mucho de mí misma, sobre todo cuando me dejaba tan ansiosa, palpitante y caliente como el pedo de un ogro.

Solo era un fin de semana, algo que mi subconsciente no tenía muy claro al introducir ropa en una de las maletas con la que llegué del internado. Samuel me había dicho que era importante que metiese un bañador y alguna prenda bonita para cenar el sábado. En mi afán

de que no me faltase nada añadí varios pares de zapatos, cuatro vestidos —ya luego vería cuál era el ganador para disfrutar de la noche— y dos pantalones cómodos por si acaso necesitaba usarlos. Como en la maleta todavía cabían más cosas, el resto de lo que metí fue sin orden ni concierto.

Sara había exclamado al ver cuánto me había costado cerrarla.

—¡Un abrigo! Liber, ¿qué pasa, os vais al polo norte o algo así?

Sí, no digo que yo no fuera una exagerada, pero prefería ir preparada antes de que luego echase algo en falta. ¿Y si diluviaba?

Samuel levantó las cejas con sorpresa al verme salir del ascensor tan cargada, pero aparte de ese gesto, no dijo nada y se limitó a ayudarme sin más. Solo cuando estuvimos dentro de su coche fue que preguntó:

—¿Llevas todo lo nece...? —Se había interrumpido para terminar de decir—: Supongo que sí. Tienes para este fin de semana y para el que viene.

Divertida sonreí. Él muy graciosillo me estaba tomando el pelo.

—No te creas —contesté—, llevo lo necesario, pero no lo suficiente.

Samuel observó el maletero de su coche con un leve pestañeo y cara de «no te creo».

Sobre el tapete, una mochila negra parecía una boñiga de cucaracha al lado de mi equipaje.

Intenté averiguar qué podía llevar él dentro, porque con que hubiera metido unos zapatos —mínimo gastaba un cuarenta y cuatro o cuarenta y cinco— y unos calcetines, ya la habría llenado. ¿Dónde decía que íbamos a celebrar el estar juntos otra vez? Porque, para ser honesta, lo imaginaba todo el fin de semana en bañador y no estaba segura de que eso fuera un buen plan. Yo no sabía nadar.

Me puse nerviosa. Lo admito. Hasta ese momento nunca me había molestado en interesarme sobre la clase de mujeres con las que había salido él, y de repente, por algún absurdo motivo, me sentí muy poca cosa en comparación con ellas.

Sentada a su lado, mientras él anclaba mi cinturón de seguridad —costumbre que tenía de siempre y que, sin saber por qué, ese día no me gustó ya que me hacía parecer débil e ignorante, todo lo contrario a días atrás que pensaba que lo hacía por educación y galantería— le

aparté la mano.

—Deja que lo haga yo. —Me miró con sorpresa—. No creo que sea tan difícil hacerlo.

Asintió.

—Vale.

Me costó tres intentos y me pillé un dedo, pero fui incapaz de quejarme.

—¿Ahora me puedes decir dónde vamos a ir o sigue siendo sorpresa?

—Sorpresa, princesa. No te preocupes, cariño, estoy seguro de que vas preparada.

Achiqué los ojos, de repente un poco tensa.

—¿Para qué?

Debí parecerle graciosa porque se echó a reír en mi cara al tiempo que arrancaba el coche.

—Por el tamaño y el grosor de tu maleta, para cualquier cosa.

—¿Me das tu carnet, por favor? —Pedí extendiendo una mano hacia él. Samuel arqueó la ceja en una pregunta muda—. Me dijiste que así te podría denunciar en caso de poner mi vida en peligro.

Él volvió a reír. Esta vez mucho más fuerte.

—¡Eso fue hace tiempo! ¿Cómo es posible que te acuerdes?

—Me gusta atesorar cada momento que paso contigo. —Cursi y empalagosa hasta la médula.

Era más fácil salir del alcohol, drogas y vicios varios, que cambiar mi naturaleza de chica pastel. Recordé las palabras de sor María al poco de llegar al internado: «Nunca tengas miedo de decir lo que sientes en cada momento. No importa si hay alguien que se mofa de ti, pues ese alguien te envidia». Y puedo asegurar que fueron muchas niñas las que al principio se rieron.

Samuel guardó silencio concentrado en la conducción, dando vueltas a lo que le acababa de decir. Desprendió la mano del volante y colocó la palma sobre mi muslo. El contacto, ardiente como un dardo de fuego, traspasó la tela de mi vestido de seda rosa. Mis piernas temblaron y las mariposas de mi barriga enloquecieron de repente, como si se estuvieran asfixiando y necesitaran encontrar un hueco para escapar.

No respiraba apenas, esperando la reacción de Samuel a aquellas

palabras de merengue que yo había dicho sin pensar, aunque no me arrepentía de ellas.

—Tendremos muchos momentos de estar juntos, te lo prometo. —Él no se había reído. Ni siquiera me había mirado como si fuera un enorme dragón que escupía fuego por la boca y podía volar—. No sé cómo consigues que vea el mundo de forma diferente cuando estoy a tu lado. Haces que todo brille.

—Eso es porque eres demasiado optimista, en cambio yo me resigno muy pronto.

—No es verdad. —Con un movimiento perezoso, sus dedos recorrieron el trozo que iba desde el muslo hasta la rodilla en una lenta caricia. Me contempló de refilón con ojos brillantes—. Siempre has tenido un objetivo en mente y no he visto que cesaras en tu empeño.

—Sí, bueno. —Se refería a mi madre. No podía quedarme quieta sobre ese tema porque deseaba conocer sus motivos para actuar como lo hizo, y porque en el fondo sentía que se debía a algo grave—. Más de una vez he pensado en dejar las cosas como están y no insistir. En ocasiones creo que en realidad ella no desea que la encuentre. —Encogí los hombros—. De lo contrario me habría dicho algo todo este tiempo. Se hubiera puesto en contacto conmigo de alguna manera. —Cogí aire con fuerza por la nariz—. Pero cuando me entran las dudas, no puedo dejar de preguntarme ¿y si no ha podido hacerlo? Si está enferma, o peor, ¿se ha muerto? Tal vez necesita mi ayuda y no tiene modo de decírmelo.

Samuel alzó la mano de la pierna a mi mejilla y me rozó con suavidad.

—Lo averiguaremos juntos. Mi padre nos ayudará, ya lo verás.

Agradecía que ese hombre hubiese sido sincero con Samuel, pero me dolía saber que había causado un gran sufrimiento a mi madre. La había humillado delante de su esposa. Clara era tan víctima como ella, pero no me daba lástima. Su vida era cómoda y estable y no sabía lo que era pasar necesidades. Nunca le había faltado un techo para dormir.

Samuel buscó mis ojos por un momento.

—¿Qué ocurre?

—Nada —contesté incapaz de asegurarle de que no me fiaba de su

padre.

¿Por qué se iba a complicar la vida por alguien que echó de su lado en el pasado? Clara esta vez le pediría el divorcio si se enteraba, y Ernesto no se iba a arriesgar a ello. Estaba convencida de que no iba a mover ni un solo dedo para buscarla.

—Sé qué algo te preocupa.

Traté de sonreír y de que mi voz sonase desenfadada.

—¿Eres consciente de que tu novia es la hija de la que fue amante de tu padre? Tu madre y yo nunca terminaremos de tomarnos el suficiente afecto que debería existir entre una suegra y una nuera.

—Lo que haya sucedido entre ellos no debería afectarnos, Libertad. No somos ni Romeo ni Julieta, ni vivimos en una sociedad cerrada al diálogo.

—¿Quieres decir que nunca será un problema para nosotros?

—No —aseguró con firmeza.

Me asombraba su terquedad y deseaba que eso fuera cierto. No estaba tan segura, pero lo mejor era cruzar ese puente cuando llegara la crecida del río y no antes.

Estuvimos viajando un par de horas mientras charlábamos y escuchábamos la música que él había puesto. Samuel sentía predilección por el rock y, al parecer, cuanto más fuerte —en el sentido del estrepitoso volumen y los acordes de las aparatosas guitarras eléctricas—, mejor.

Desde que conocía su gusto extravagante por estos grupos, había tratado de que también me gustase a mí, pero solo era capaz de escuchar los berridos que pegaba un cantante que, tras ver la portada del disco, debía ser hermano del Joker o vivir de forma permanente en un mundo de carnavales.

Me asombraba cuando Samuel interrumpía la conversación para señalarme un pedazo en especial de aquello llamado canción.

—Escucha —decía moviendo la cabeza de arriba abajo con una mueca que más que demostrar entusiasmo, parecía que sufría de estreñimiento—. Esto es lo mejor. —Estaba de acuerdo, era lo mejor para espantar a una bandada de pájaros acechantes a los frutos de un huerto—. ¿Verdad? —insistía ante mi muda respuesta.

En mi mente yo había apuntado que del tema musical de nuestra boda me tenía que encargar yo, si no quería que los invitados

pensaran que estaban en una secta satánica. Ese era otro puente que debía cruzar llegado el momento.

Hubiera sido más fácil para mí darme cuenta de que todavía no conocía a Samuel muy bien, en vez de pensar que, por el hecho de estar saliendo juntos, ambos coincidíamos en todo.

No pretendía que se comportara como un príncipe siempre, aunque habría estado bien que me preguntaste por la música que yo prefería ir escuchando, o el lugar al que me gustaría ir.

Más tarde me desdije de algunos pensamientos. Justo al descubrir que entrábamos en un bonito complejo situado en la sierra. Lo primero que pude observar fueron unos magníficos jardines con setos recortados en formas geométricas y montañas de rosales de todos los colores. Me costaba asimilar que fuera tan bonito y tan majestuoso que parecía un paisaje sacado de algún cuento.

—¡Oh, Samuel! ¡Es bellísimo!

Él asintió con el orgullo de saber que no se había equivocado con mis gustos. Detuvo el coche en una rotonda delante de un edificio de líneas rectas lleno de ventanales y arcos. Bajé enseguida deseando verlo. Estuve a punto de besar el suelo en un tropiezo tonto, pero por suerte conseguí guardar el equilibrio a tiempo.

Había un vestíbulo exterior con unas columnas imponentes. Los suelos, de color verde manzana, eran de piedra, tan pulidos que se asemejaban a una pista de hielo.

Miré a Samuel sobre el hombro para saber si se había dado cuenta de mi casi aterrizaje sobre el suelo. Un señor se había acercado para ayudarle a bajar el equipaje del coche, por lo que yo me desentendí y me adelanté hasta el centro de la galería. Allí se divisaban los jardines traseros y un lago artificial con las aguas más azules y cristalinas que hubiera visto nunca.

—Hola. —Ante mí se apareció una mujer como salida de la nada. Di un pequeño botecito, sobresaltada—. Un cóctel de bienvenida.

Me ofreció que tomase una bebida de una bandeja. Eran copas grandes con licores en diferentes colores. Elegí una blanca que pegaba con el coletero de mi pelo.

—¿De dónde has salido? —pregunté extrañada.

Ella me miró con una media sonrisa.

—De la cocina. —Con la cabeza señaló hacia un lado del vestíbulo

—. Usted estaba muy entretenida, por eso no me ha oído llegar. Le prometo que no hacemos magia.

—Imagino —contesté simpática, aunque era lo que había pensado.

Di un sorbo de mi cóctel. ¡Estaba riquísimo! No sé lo que llevaba, pero me hubiera tomado cinco como esos.

Samuel se acercó a nosotras y tomó otra copa de la bandeja. La mujer —no me quitaba de la cabeza que fuese una hechicera— le sonrió mucho más amable que a mí. ¡No sé qué se habría creído mostrando tanto diente blanco y perfecto!

—¿Has visto eso, Samuel? —le señalé el lago. Buscaba distraer su atención.

—¡Es una pasada! —exclamó él cruzando la galería.

Lo seguí, no sin antes mostrarle mi perfecta dentadura a la camarera.

El sol se reflejaba en el agua y en el césped que lo rodeaba. Lo contemplamos en silencio durante un buen rato hasta que él añadió:

—Es un sitio perfecto.

Capítulo 15

Samuel esperó tranquilo con los brazos cruzados, observando el paisaje que se le ofrecía por la ventana, mientras Libertad se ponía un bañador en el aseo de la habitación.

Ella salió al cabo de unos minutos con un bikini bastante apretado —al menos era dos tallas menos de la que usaba—, se había cubierto las caderas con un pareo blanco que hacía que su piel fuese tan pálida como la de una muñeca de porcelana.

—Espero que te hayas traído crema protectora —dijo él.

—No.

—Pues va a ser un problema, intuyo que vas a quemarte con el sol.

—Procuraré estar bajo la sombrilla el tiempo que estemos en la piscina.

Quique había sido quien le había recomendado el sitio para una escapada romántica. A Samuel le parecía bonito, sí, aunque demasiado empalagoso. Cursi hasta decir basta.

Cada habitación, que no eran muchas, tenían su propia piscina privada, por lo que el bañador era opcional, pero él sabía a ciencia cierta que el duende rubio no se lo iba a quitar tan fácilmente. ¡Nada le hubiera gustado más!

Samuel sentía diversas clases de calores que debía apaciguar con

prontitud, por eso, nada más alcanzar el borde de la piscina en forma de medialuna, soltó su toalla sobre una hamaca y se lanzó de cabeza.

Bajo el agua sintió un chapuzón a su lado y supuso que Libertad se acababa de meter. Era decidida, de las que no necesitaban tomarse su tiempo. Cosa que habría estado bien si la muy atrevida hubiera sabido nadar. Pero esa loca —único término que se le ocurrió a Samuel en ese momento— estaba tragando más agua que una alcantarilla.

Cuando él se dio cuenta, la enganchó con fuerza del brazo e intentó hacerla subir a la superficie. Una tarea bastante ardua y difícil cuando ella no dejaba de moverse y de agitar brazos y piernas.

Al miedo de que Libertad se pudiera ahogar se le sumó un cabreo que comenzó a rayar al límite de su paciencia. ¡Joder, para lo pequeña que era y lo difícil que era manejarla!

Por fin logró empujarla hacia uno de los bordes y consiguió que ella se agarrará al bordillo. La miró con ojos desorbitados sin poder dejar de gritar.

—¡Pero bueno!, ¿qué te pasa? —chilló él enfurecido, dominado por el pánico.

Ella no dejaba de toser y escupir agua. Le salían chorretones hasta de la nariz. Era incapaz de hablar.

Samuel salió del agua y, cogiéndola de una mano, la arrastró fuera hasta dejarla con el culo sobre las baldosas.

—¿Por qué no me has dicho que no sabes nadar? ¿Por qué te has tirado así?

Temblando, ella trataba de respirar.

—Te he visto hacerlo tan fácil que creí que yo también podría —admitió con la cara pálida.

—¡Estás como una cabra, te podías haber ahogado y ahogarme a mí!

—Creí que tocabas el suelo.

—Sí, con los cojo... —Samuel se mordió la lengua. La vio tan asustada, que prefirió callar. Se pasó las manos por la cabeza. Él no era de los que perdían el control fácilmente.

—Lo siento —se disculpó ella.

—No sé si eres muy valiente o muy tonta.

—Muy tonta —respondió cruzando los brazos y alzando una ceja, malhumorada.

Samuel entró en la habitación dejándola sola. Necesitaba calmarse y quitarse las ganas de cogerla del cuello y ahogarla él mismo. No sabía quién de los dos era el que más miedo había pasado.

***

Comprendí hasta cierto punto que él se hubiese enfadado, pero me parecía que estaba haciendo una montaña de un grano de arena. Además, tampoco me gustaba que me tratasen como gilipollas. Vale, había tenido un error, ¿quién no lo tiene? Pero, al fin y al cabo, no había pasado nada. Los dos estábamos bien. Admito que él mejor que yo, porque cada vez que me movía me burbujeaban las tripas como si fuese un recipiente que albergaba una decena de salmones luchando contracorriente.

Me había sentado mal que Samuel me dejase sola junto a la piscina. Yo ya le había dicho que lo sentía y no iba a volver a insistir. Como decía Sor María, son lentejas, si quieres las comes, y si no las dejas. En realidad, ese refrán no sabía a qué venía, siempre me habían obligado a comerlas.

Me sequé con la toalla y ocupé una hamaca bajo el alero de la fachada. Estuve esperando bastante tiempo a ver si él salía, no le podía durar el enfado toda la vida.

Aburrida como una ostra o como campo sin vaca, me cansé de observar la pared de ladrillo blanco que separaba una terraza de otra en forma de medianera; el agua de la piscina que, de vez en cuando, con la brisa del aire, provocaba pequeñas ondas; las baldosas del piso... Y Samuel no aparecía.

Se encendió en mi cerebro una luz de emergencia. ¿Acaso no me iba a hablar durante el fin de semana? ¡Joroba! Yo también me había asustado.

Me levanté de la hamaca y me estremecí al sentir una ráfaga de aire. Mi medio ahogamiento había consumido la mayoría de mis esfuerzos.

Entré en el dormitorio llamando a Samuel. Él no estaba allí. ¿Y si me había abandonado? Hombre, no podía hacerlo porque era mi

novio y nos queríamos.

Se abrió la puerta y, con alivio, vi que él entraba con un vaso en la mano, nuestros ojos chocaron.

—Te he traído una tila, he pensado que la ibas a necesitar.

—¿Ya no sigues enfadado conmigo?

—Es una locura lo que has hecho, si no llego a darme cuenta de que te estabas ahogando, en este momento podíamos estar de velatorio.

Seguía preocupado, se le veía en la cara.

—Tendré más cuidado la próxima vez.

Cogí la infusión, estaba templada. Seguro que se había tomado su tiempo para regresar a la habitación.

—¿Por qué no sabes nadar?

Me encogí de hombros.

—No recuerdo haber ido nunca a la piscina, ni a nadar. Mi madre no tenía tiempo de llevarme y las monjas no nos permitían ir a esos sitios.

Alzó su mano y me acarició la mejilla con los nudillos.

—¿No te ha dado miedo tirarte al agua? Es que todavía estoy sorprendido.

—Y yo. Creí que saldría a la superficie y que nadaría. Estaba convencida, pero he caído a plomo.

—Mira, prométeme que si algo no sabes o no puedes hacer, ni lo intentes.

—¿Tú dejarás de tratarme como si fuera de cristal?

Samuel frunció el ceño.

—¿Quién, yo?

—Sí, llevas haciéndolo desde que me conoces. Puede que sepa menos cosas de la vida que tú, pero no soy tonta.

—Nunca he creído que lo fueras. Por cierto —Me señaló el sujetador del bikini—, ¿está demasiado pequeño o me lo parece a mí?

—Tuve que pedirlo prestado. Paula tenía uno que alguien le regaló el año pasado. Estaba sin estrenar y no me lo he probado hasta hoy.

Samuel me miró alucinado.

—Deberías quitártelo.

Esta vez fui yo quien lo miró con la boca abierta.

—¿Quieres verme desnuda?

—Me encantaría, la verdad, pero si te lo digo es porque en el cuello te va a dejar marca, parece que te está cortando la respiración, por no decir —Pasó la yema de un dedo por la línea que separaba la prenda de mi pecho (por cierto, aparte de tener las tetas aplastadas, lo único que tenían cubierto era el pezón)— que tampoco cubre mucho.

Se me puso la piel de gallina y me alejé un poco para ocultar que toda por entera me acababa de ruborizar.

—No me voy a bañar más, así es que me voy a cambiar, ¿te importa?

—No. —Negó con la cabeza—. Espera. —Acortó la distancia entre los dos y me besó los labios con ternura—. Me doy un chapuzón y, si quieres, vamos a explorar todo esto.

Durante un rato le observé nadar desde el hueco de la puerta. Se movía dentro del agua como si no le supusiese ningún problema, y la verdad es que me daba envidia. Me imaginaba con él, chapoteando, jugando... Eso sí que hubiera sido romántico. Una escena de película de amor, y no un capítulo de la serie *Urgencias*, que era lo que había podido pasar. Pero bueno, tampoco ocurría nada. Había oído decir que el cloro del agua y el sol quemaban el cabello.

Pasear por los jardines era sin duda la opción más elegida de los huéspedes, aunque eran amplios y no éramos muchos, nunca se terminaba de salir de la vista de alguien; una pareja sentada en un banco, otra mirando unos rosales, el lago, las estatuas que adornaban de forma estratégica las plazoletas o los senderos. También había familias con hijos, pero eran menos.

Descubrimos un cenador precioso y floreado de baldosas azules. Yo quería acercarme para hacer unas fotos, pero al parecer los que pululaban por allí pensaban lo mismo que yo y todo el tiempo estaba ocupado.

—Venimos más tarde si quieres —me dijo Samuel.

—Me gustaría hacer unas fotos y pasárselas a Paula.

—Hay niños jugando —me señaló.

—¿Has tenido más novias? —pregunté de sopetón, curiosa.

Él se lo pensó durante unos segundos y negó con la cabeza.

—Novia como tal, no.

—Has salido con otras chicas, ¿verdad?

—Sí —afirmó—, pero no voy a hablar de eso. Para mí tú eres la única.

—¿Crees que me voy a poner celosa si me lo cuentas?

Él sonrió presumido y agitó la cabeza.

—Si tú hubieras salido con algún tío, no me gustaría que me hablases de él.

—¿Eres celoso?

—No, simplemente no me importa.

Habría preferido que me dijera que era celoso en vez de contestarme con esa indiferencia. Tal vez él no quería saber si yo había estado con otro, pero a mí sí me interesaba el tema.

—¿Has estado enamorado alguna vez? —insistí.

—Solo de ti.

—¿Cómo puedes estar seguro?

Él me miró serio.

—Nunca he sentido por nadie lo que siento por ti. Desde que te vi por primera vez supe que eras especial y que eras la mujer que yo había estado esperando toda mi vida.

Sus palabras eran bonitas, aunque algo confusas. Sí, los dos habíamos sentido un flechazo. En mi caso él había sido el primer hombre que me atraía, pero porque me había invitado a tomar un café el día de la nevada. Si no llega a hacerlo, no me hubiera acercado, aunque me hubiese parecido el hombre más guapo del mundo.

Tampoco me había percatado de su presencia hasta que el dueño del bar dijo que mi café estaba pagado.

—¿Acostumbras a invitar a desconocidas?

—No, te vi, me gustaste. Oye, ¿qué pasa? ¿No me crees?

—Sí te creo, es solo que me gustaría saber por qué no te ha funcionado con otras. Para mí mejor, claro, pero me extraña que nunca hayas presentado a tus padres a nadie.

—No es raro. Desde que abrí el Santuario lo que más me interesa es el kárate y las competiciones, y no iba pensando en novias ni parejas. Paso mucho tiempo en el *gym* y eso me quita mucho tiempo de otras cosas.

—¿Quieres decir que si yo no estuviese trabajando contigo, lo nuestro no iría en serio?

—Sí que iría. Cuando apareciste en mi vida por segunda vez, yo

ya estaba más centrado. Me encanta que trabajes conmigo porque puedo verte todos los días porque, aunque tu disciplina sea diferente a la mía, sé que la comprendes y que cuando comiencen las competiciones en unas semanas, vas a estar apoyándome. Me gustas mucho, Libertad. Eres quizá... un poco fantasiosa. —Soltó una risilla suave—. Un poco bastante. —Señaló el paisaje con el mentón—. Pero adoro eso de ti. Es como si te hubieras creado un mundo aparte, donde no tienes problemas de ninguna clase.

—Es que no tengo problemas, ¿tú los tienes?

—Sí, tengo que pagar facturas, hacer que la gente esté a gusto en el gimnasio para que no se marchen a otro. Preparar competiciones y elegir a los que nos van a representar sin joder a los demás cuando les diga que este año tampoco podrán ser ellos.

—Los alumnos lo comprenden.

—Lo comprenden, pero se cansan. Es como si tú te presentas a alguna prueba y sabes que eres muy buena, pero te rechazan por no tener patrocinadores o porque tu vida sale en las redes sociales o porque simplemente no puedes competir con otros que llevan estudiando desde la cuna o tienen más contactos. A la larga, frustra.

—Yo seré bailarina. Y trabajaré en una compañía famosa.

—¿Por qué lo sabes?

—Porque siempre he soñado con eso.

Él sonrió sin despegar los labios y sin que el brillo de su mirada llegara a sus ojos.

—Me gustaría que fuera así, ¿sabes? Ojalá pudieras conseguirlo.

Sentí un extraño tironcito en el pecho porque él no me había dicho que si yo lo conseguía iba a estar a mi lado. Tal vez él se quedase en el gimnasio mientras yo hacía giras por el mundo. Desconocía si una relación a distancia entre nosotros podría funcionar. Así era imposible formar una familia, pero yo no quería renunciar ni a él, ni a mis sueños. Desde luego, los puentes comenzaban a acumularse.

—¿Hasta dónde quieres llegar tú con el kárate? —le pregunté.

—Me gusta enseñar y practicarlo. —Me rodeó los hombros—. El cenador está vacío, vamos a hacer esas fotos para Paula.

Llegamos los primeros por los pelos y porque me eché una pequeña carrera, ya que el grupo de niños que se acababa de marchar

volvía corriendo.

—Machotes, vais a tener que esperar un poco —les dije, poniéndome en la entrada.

Uno de ellos, el chulillo del grupo, se encogió de hombros mirando a sus amigos.

—Vamos a coger sitio para el espectáculo de las aves.

Todos estuvieron de acuerdo. Yo les detuve.

—¿Hay espectáculo de aves?, ¿Qué es eso?

—Tienen halcones entrenados para ponerse en el guante del cuidador y palomas mensajeras y pájaros tropicales y loros...

Me volví hacia Samuel que en ese momento subía los escalones.

—Yo también quiero verlos —dije—, nos hacemos unas fotos y vamos, ¡Ey! guardadnos sitio.

No sé si los muchachos me escucharon o pasaron de mí, pues salieron todos a correr como una bandada de golondrinas.

Capítulo 16

Samuel se asombró con lo cabezona que Libertad podía llegar a ser. Quería tocar todos los animales que veía y estaba convencida de que ellos la entendían cuando les hablaba. Sin embargo, un cerdito pequeño estuvo a punto de darle un bocado en una pierna. Una oca le picó en un brazo, un pavo real la hizo huir despavorida y, por último, el cuidador de los rapaces debió apartarla de la trayectoria de uno de los halcones que se empeñó en querer comerse su coletero.

Llegó un momento en el que Samuel sintió lástima de ella. A la pobre la odiaban todos los animales, incluso unos hermosos ponis que se encabritaron cuando la vieron llegar toda decidida hacia ellos.

Su duende rubio le pidió que les diera de comer las manzanas que había comprado en un pequeño puesto que estaba para eso, y los ponis lo aceptaron cuando ella se alejó unos pasos.

Tenía cara de ponerse a llorar de un momento a otro y él la convenció de regresar a la habitación para vestirse para la cena.

Samuel estaba duchado y solo tenía que ponerse su ropa. Unos pantalones de pinzas grises y una camisa verde remetida en ellos y sujetos por un cinturón.

Libertad, en cambio, entró en la ducha sin dejar de hablarle sobre los animales y lo poco agradecidos que eran. Entre el ruido del agua y que estaban en habitaciones diferentes, casi no la escuchaba. Su voz

llegaba muy ahogada. Hasta que por algún motivo comenzó a gritar llamándole.

Samuel se estaba terminando de abotonar el puño de la camisa y corrió al baño a ver qué sucedía. Se quedó impactado al verla desnuda en un rincón del plato de ducha, con la alcachofa en la mano, lanzando chorros de agua a una de las mamparas.

Verla así le provocó un terrible calor y la sensación de que toda su sangre había entrado en ebullición.

—¡Hay un bicho enorme! —aulló ella con ojos desorbitados.

Él se obligó a llevar los ojos donde ella miraba. Le costó muchísimo, pues solo era capaz de ver sus curvas, el pecho agitado, el pequeño nido entre sus fantásticas piernas. Libertad no dejaba de dar saltitos y restregaba todo el culo en la pared de azulejos.

¡Joder, él no sabía si reír o llorar!

—¡Samuel, Samuel! —seguía gritando y saltando como un boxeador, esquivando ataques.

—¡Quédate quieta, princesa, no puedo verlo!

—¡Está allí! —señalaba con un dedo.

Sin pararse a pensar, Samuel abrió la mampara de cristal y lo primero que recibió fue un chorro de agua en toda la cara.

—¡Allí, allí!

Con el agua en los ojos era complicado distinguir algo. Decidió quitarle la alcachofa de la mano y ella se la entregó al tiempo que se colocaba detrás de él.

—¡Apaga el grifo, Libertad!

—¡No, hazlo tú! —respondió ella.

Samuel se vio de pronto metido en la ducha y logró cerrar el grifo. Observó el enorme bicho —según el duende rubio— con la boca abierta. Se trataba de una polilla que no alcanzaba ni el medio centímetro.

—Esto no hace nada.

—Quiere atacarme —replicó ella rodeando su cintura. Estaba tan pegada a él que, de haberse movido, los dos hubieran caminado como uno solo.

Samuel suspiró. Sentía las ropas totalmente caladas. Espantó a la polilla con la mano y esta salió por la parte superior de la mampara.

—Arreglado —murmuró, dándose la vuelta.

Ella no parecía ser consciente de estar desnuda, pues sus ojos vigilantes continuaban tras la pista de su bichillo por todo el techo del baño. En cambio, Samuel no podía pensar en otra cosa. Contó hasta diez y cogió una toalla para secarse la cara. Se echó a reír.

Libertad, cuando fue capaz de tranquilizarse, lo miró alucinada.

—¡Oh, qué tragedia más grande! Te he mojado toda la ropa.

Él asintió.

—No creo que se seque de aquí a un rato.

—A lo mejor todavía queda un poco de sol, si quieres podemos ponerla en la terraza a ver si se seca.

—No lo va a hacer.

—Yo no puedo prestarte nada, no te va a valer. Vamos a intentarlo. —Con velocidad, acercó sus manos al cuello de la camisa de Samuel y comenzó a desabotonarla.

—¿Por qué no te cubres con algo? —dijo él cerrando los ojos para abrirlos enseguida—. Estás en peligro de que sea yo quien te ataque.

En ese momento ella se dio cuenta de su desnudez y comenzó a cubrirse con las palmas de las manos en un pecho, en el otro, abajo, en el culo.

—¡No me mires! —Le arrancó la toalla con fuerza y se la colocó delante.

Él le dio un beso rápido en los labios mientras luchaba contra sus inconscientes manos para no rodearle el cuerpo.

—Tengo que salir de aquí —musito.

Cerró la puerta del baño con el corazón golpeando en el pecho a mil por hora. Ni toda el agua del mundo podía calmarle en ese momento. ¿Cómo iba a hacer para dormir con ella? Esta vez quería dejarla satisfecha y satisfacerse él mismo. No tenían que consumar nada si ella no quería. Además, se había propuesto hablarle sobre los métodos anticonceptivos que existían. Es que si hacía falta, era capaz de ponerse dos preservativos y usar la marcha atrás como refuerzo. ¡Coño! Él tampoco quería dejarla embarazada, pronto comenzaban las competiciones y tenía claro que ella deseaba continuar con su baile.

No había tratado de convencerla antes porque estaba enamorado de ella y seguía pensando que era la mujer de su vida y merecía un respeto. Ella le creía un caballero de los pies a la cabeza y él también se consideraba eso, pero el sexo era algo indispensable, una necesidad

física y una base bastante sólida para consolidar una pareja. Pero de continuar así, iba a terminar más salido que el bordillo de una acera.

La ropa se secó y no gracias a Samuel. Libertad había encontrado un secador de pelo en el baño y, con toda la paciencia del mundo, consiguió que se pudiera poner la ropa. La otra opción de él habría sido acudir con las prendas que había llevado durante el viaje.

Libertad estaba preciosa. Se había recogido el cabello en la coronilla y llevaba un vestido rojo sangre que le aportaba la elegancia de una reina.

Samuel presumió de novia. Cualquiera lo habría hecho en su lugar teniendo una mujer así a su lado. Ella no dejaba de sonreír a todo el mundo e incluso tuvo una pequeña conversación con los niños del cenador.

Era irreal, sí, Libertad hacía que todo fuese irreal. Que ella fuese perfecta y que lo fuese él también. Pero Samuel ahora sabía su secreto. Que se asustara de una simple polilla y que su salvador quedara empapado era una tragedia.

Le hacía reír porque nunca se había sentido tan vivo y tan completo.

—Samuel, ¿cómo vamos a hacer? Porque solo hay una cama. —le preguntó cuando se encerraron en el dormitorio.

Él se encogió de hombros sin poder disimular una sonrisa.

—Te dejo elegir el lado que más te guste.

Samuel se desnudó y se puso una camiseta un poco arrugada que sacó de la mochila. Con las otras prendas había tenido más cuidado al meterlas.

—¿Vamos a dormir juntos?

Asintió sin mirarla. Él se había sentado sobre la cama y se estaba quitando los calcetines. Durante unos segundos, sintió que ella no se movía, pero después la escuchó rebuscar en su maleta y meterse en el baño. Le pareció extraño que no dijese nada. Casi había esperado que lo mandase al sofá, aunque no tenía pensado hacerlo, y desde luego tampoco iba a prohibirle que ella lo hiciera, si quería. Admitió que eso le habría jodido bastante. Sin embargo, el duende salió con un camisón suave, blanco como la nieve y con tan poco *sex-appeal* que le dieron ganas de llorar.

—Me quedo con este —susurró ella.

Al mirarla sobre el hombro vio que se había metido en la cama y se cubría con la colcha hasta el cuello. Samuel abrió su parte y la imitó. Apagó la luz.

—¿Estás muy cansada?

—No. —Se arrimó a él y lo abrazó.

A Samuel le encantó sentir las curvas femeninas pegadas a las suyas. El cálido y dulce aliento le daba justo en el cuello. Absorbió su aroma y su calor y no pudo evitar excitarse.

Capítulo 17

Desde el mismo momento que puse mi cuerpo sobre la cama temblaba como un flan. Nervios, miedo, incertidumbre. Desconocía el qué, pero un montón de sensaciones me embargaron cuando abracé a Samuel y él me encerró entre sus brazos.

Olía su perfume. Uno que usaba siempre y que hacía que me estremeciese por entera.

Él susurró mi nombre y buscó mis labios en la oscuridad. Alcé la cabeza y le entregué mi boca porque necesitaba su lengua. Ese sabor que me llenaba y encendía dentro de mí lo desconocido. Lo prohibido.

Nos besamos durante un tiempo que, si bien fue largo, se me antojó corto. Y después sentí sus manos recorriendo mi cuerpo. El camisón nos incomodaba a los dos. A mí porque se me enrollaba en las piernas, y a Samuel porque no dejaba de tirar de él hacia arriba.

—¿Por qué no te lo quitas? —susurró contra mi boca pasando la lengua sobre mi labio inferior. Sus dientes me rozaban provocándome pequeños estallidos de placer.

Tragué saliva. No estaba segura de querer hacerlo, sin embargo, él seguía tironeando de la tela y presentí que se iba a romper, o peor, me iba a dañar las piernas.

—Déjame, yo lo hago.

Me senté sobre la cama. Por el ventanal de la terraza atravesaban

rayos de luna que se reflejaban sobre la colcha e incidían en un espejo colgado de la pared. Me deshice del camisón y corrí a acostarme de nuevo para cubrirme bien con las cobijas.

Samuel se echó a reír y se levantó por encima de mi arrastrando la colcha hacia abajo.

—No hace frío.

—Pero yo estoy temblando —le dije.

Si no lo notaba era porque algo andaba mal. Si la cama no hubiera llegado a tener alfombra, seguro que se habrían oído las patas golpeando el suelo.

—Tranquila, princesa. Te prometo que no vamos a llegar al final.

Puso sus manos alrededor de mi cara y con los labios rozó mi frente, las mejillas, la nariz. Un escalofrío me recorrió el cuerpo cuando mordisqueó mi mandíbula echando todo su aliento sobre mi boca. Sabía dulce y salado, a vino y a natillas. Delicioso.

No tenía muy claro cómo debía actuar o qué debía hacer. Nunca habíamos estado sobre una cama, recostados, y medio desnudos. Yo llevaba un sujetador y las bragas a juego. Pero era ropa interior blanca y sencilla y no lo que salían en los anuncios de Women'secret.

Con las palmas de las manos toqué su espalda —más bien la masajeé—. Era ancha y dura. Tenía todos los músculos en tensión. Parecían de acero. Una de las veces que le acaricié el costado con las yemas de los dedos, noté que se estremecía y ahogaba un pequeño gemido.

—¿Te gusta? —le pregunté repitiendo el movimiento varias veces.

—Tengo cosquillas. Me encanta.

Podía sentir cómo se abrían los poros de su piel.

—Me tienes que decir qué es lo que más te gusta.

Él volvió a besarme y agarró una de mis manos por la muñeca. Susurró contra mi boca:

—Me gusta que me toques aquí.

Guio mi mano hacia abajo y la introdujo dentro de su bóxer.

Mi cara se llenó de fuego. Agradecí que no pudiera verme con claridad, entonces rodeé su miembro con la palma y exclamé con sorpresa. No imaginaba que su tacto sería caliente y sedoso, ni que aquello pudiera ser tan grueso y tan duro.

Samuel me enseñó algunos movimientos que le hicieron suspirar,

y a su vez él me hizo vibrar con sus caricias. Ya lo había hecho otras veces. Solo que, en aquella ocasión, cuando mi corazón latía a toda velocidad en el pecho, desbocado como un animal salvaje, y se dibujaron los conocidos espasmos que por norma nunca llegaban a ningún lado, sentí como se iba formando una bola enorme en el bajo vientre y estallaba en una explosión que me hizo gritar de placer. Lucecitas de colores llenaron mi cabeza y un sin fin de corrientes eléctricas recorrieron todo mi cuerpo sin dejar nada a salvo. Jadeé aferrándome a sus hombros. Me había desnudado sin apenas darme cuenta y él se había quitado también la camiseta, de modo que sentí su torso rozando el mío.

—¿Qué ha sido eso, Samuel? —pregunté sin aliento—. ¿Tú has podido sentirlo?

No salía de mi asombro con lo que acababa de pasar. El corazón comenzaba a perder parte del frenesí que había alcanzado unos segundos atrás, pero todavía seguía golpeando con fuerza.

—Aún no. Pero espero que me ayudes.

Su susurro penetró en mi mente y recordé las palabras de Paula. Me moría de la vergüenza de solo pensarlas. Pero me armé de valor y también de un sentimiento de curiosidad. Me deslicé en la cama hacia abajo obligándole a invertir las posiciones.

—¿Qué vas a hacer? —escuché que decía con voz ronca y ligeramente preocupada.

Le ignoré. Tan solo le dediqué una sonrisa que pretendía ser sensual y excitante, como las que solía regalarme él, llenas de promesas.

Tiré de su ropa interior hacia abajo y, antes de saborearlo, lo observé en toda su extensión. O eso intenté porque la pena era que no había luz suficiente.

Samuel no opuso ninguna resistencia. Es más, habría jurado que estaba entusiasmado. Me miraba con ojos llenos de fuego y lujuria y había hundido los dedos de una mano en mi cabello.

Pensé que era un caramelo antes de terminar de inclinarme sobre él y rodearlo con la lengua. No fue nada desagradable. Me gustó. Le cogí el tranquillo rápido hasta que de pronto mi príncipe me agarró del pelo y con firmeza, aunque con suavidad, me apartó la cabeza cuando comenzó a gemir y a jadear.

Al principio pensé que había hecho algo mal. Miré su rostro. Era hermoso y estaba relajado.

—¿Eso es lo que se siente al hacer el amor? —pregunté con inocencia.

Él encontró mis ojos entre las sombras del dormitorio y con la respiración entrecortada, respondió:

—No te voy a adelantar ningún acontecimiento.

—Debo suponer que lo otro es mejor todavía, ¿no? —Él soltó una carcajada suave. Seguía estremeciéndose, aunque los músculos de sus brazos y su torso empezaban a relajarse—. ¿No me lo vas a decir?

Negó con la cabeza.

—Cuando quieras saberlo de verdad, te lo demostraré. De momento vamos a tener que conformarnos con esto. —Pellizcó un cachete de mi trasero y me hizo rodar sobre el colchón. Alzó las colchas para taparnos a los dos.

Sonreí a sabiendas de que no podía verme.

—Suena a chantaje.

Él volvió a reír más fuerte y acomodó un brazo de modo que pudiera apoyar mi cabeza sobre su hombro, con una mano encima de su pecho desnudo. Poco después ambos nos quedamos dormidos.

***

—Samuel. —La voz de su padre llegó en forma de susurro a través del hilo telefónico—. Tengo la última dirección de la madre de Libertad. Te la mando por mensaje.

—¿Está ella allí? —Quiso saber.

Si le hacía ilusión encontrar a esa mujer era por el solo hecho de poder decírselo a su duende rubio. Si antes había creído que la quería con locura, ahora la amaba como nunca había pensado que se pudiera amar a alguien. No era solo porque aquel fin de semana, después de todas las incidencias, los ataques de los animales y el amor compartido hubiera sido importantes para él. Era más bien por todo lo que ella le trasmitía. La inocencia, la dulzura, incluso la pasión que en mucho tenía que ver con sus personajes favoritos de la literatura.

Entendía ahora por qué algunos de ellos habían practicado la locura del suicidio porque él mismo no podía imaginar una vida sin Libertad. La de los ojos azules que llenaba su corazón de esperanza y de sueños.

—No lo sé. No está muy lejos, podrías ir a echar un vistazo. Yo no puedo arriesgarme más con Clara.

—Te lo agradezco. ¿Sabe ella que Liber y yo estamos juntos otra vez?

—Sí. No le hace ni pizca de gracia, pero supongo que se tendrá que aguantar. Depende de lo que tú decidas.

—Ya sabes lo que yo he decidido. En cuanto acaben las competiciones empezaremos a preparar nuestra boda.

—¿Ya se lo has pedido?

—Oficialmente no, pero ella lo sabe.

Poco más tarde él y Ernesto colgaron. Samuel había estado haciendo unos estiramientos en la terraza del ático antes de empezar el día. Se dio una ducha y se cambió de ropa. Esperaba sorprender a Libertad con su noticia.

Encontró un hueco para aparcar en la misma calle donde vivía ella y subió a verla. Paula le abrió la puerta con un palo de selfi en la mano.

—Estoy en directo —vocalizó ella en un delgado susurro para advertirle—. Liber está en su dormitorio.

Samuel asintió y entró sin decir ni una palabra. Respetaba que ellas se dedicaran a esas cosas, sin embargo, él tenía demasiado sentido del ridículo como para dejarse ver en alguno de sus vídeos. Llamó a la puerta con suavidad y ella la abrió con una toalla alrededor de su cabeza.

—¡Samuel! —Aunque fruncía el ceño con sorpresa, le sonrió—. ¿Qué haces aquí?

—Tengo algo que decirte, se trata de tu madre.

Ella abrió unos ojos como platos.

—¿Sabes algo de ella?

—Creo que sí —asintió—. Mi padre me acaba de mandar una dirección. —Libertad entró de nuevo en su dormitorio y se sentó en la cama con piernas temblorosas. Samuel la siguió y se acuclilló delante de ella—. ¿Estás bien?

—Sí. No esperaba que lo consiguiera tan pronto. —Parecía

asustada—. ¿Cómo lo ha hecho?

—No tengo ni idea de sus métodos. Imagino que le habrán dado la información desde algún organismo gubernamental o algo así. —Libertad no tenía color en la cara y estaba más pálida de lo normal—. ¿No estás alegre?

Ella se encogió de hombros como haría una niña pequeña.

—No sé. Otras veces he conseguido alguna pista y cuando he ido a buscarla no la he hallado. Es posible que ella no quiera verme.

—Antes de conjeturar nada, deberíamos ir. —Samuel se puso en pie y le tendió la mano.

—¿Me quieres llevar tú? —le preguntó agarrándose a sus dedos casi con desesperación.

—Sí. Ya te dije que iba ayudarte en esto y no pienso dejarte sola.

Libertad respiró profundo y en seguida, sin dejar de hablar y de preguntar cómo era posible que Ernesto lo hubiera conseguido tan pronto, se frotó el cabello con la toalla y, frente al tocador, se dio unos toques de maquillaje.

Samuel, con un hombro sobre el quicio de la ventana, miraba a la calle al mismo tiempo que vigilaba todos los movimientos de la joven. Ella no tardó mucho en estar lista.

Advirtió a Libertad que su amiga estaba grabando, por lo que salieron en silencio de casa y cerraron la puerta sin hacer ruido.

La dirección que Ernesto le había enviado se encontraba a una hora y media de allí yendo hacia el sur.

Esperó a que Libertad se pusiera el cinturón de seguridad. Desde que ella le había dicho que dejara de tratarla como si fuera de cristal él lo intentaba con todas sus fuerzas, pero a veces eso no era posible. Por otro lado, es que ella se solía tomar su tiempo para hacer lo que fuera y él era mucho más rápido. Le gustaba tener todo bajo control y, cuando las cosas se torcían, tenía miedo de perder la paciencia o de actuar de forma demasiada impulsiva.

Durante el camino ella fue recordando situaciones que había vivido con su madre. Los cambios de residencia, ver a tanta gente, pero sin llegar a conocer a nadie. Días solitarios en una habitación esperando a que Marina llegase del trabajo, o ver como se perfumaba y se arreglaba frente a un espejo mientras le contaba a qué hombre famoso había conocido o qué tipo le había regalado una joya por

dejarse invitar a cenar a un restaurante de lujo.

—Me acuerdo de que, durante una temporada que vivimos cerca de Andorra —decía mirando al frente con ojos esperanzados—, ella se terminaba de dar los últimos toques mientras una compañera y yo hacíamos los deberes. Siempre, justo después de echarse su perfume, nos echaba a nosotras. —Giró la cabeza hacia Samuel—. La madre de esta chica le prohibió subir a casa.

—¿Por qué?

—Decía que cada vez que llegaba de estar conmigo, olía a mujer de la calle. Al principio no lo entendí, pero se escuchaban los comentarios. La gente no creía que mi madre fuese bailarina y querían pensar lo peor de ella solo porque era madre soltera.

Samuel no podía opinar sobre ello hasta que no conociera realmente a Marina, aunque no podía negar que él también había escuchado comentarios —de su madre—, y no sabía si por despecho, o celos, coincidían con lo que acababa de decir Libertad. Tal vez Marina nunca había sido sincera con su hija, de ahí que ella jugara a ser una princesa y que todo lo que la rodeaba fuera fantasía. Quizá Marina había creado ese mundo para ella, con la mejor de las intenciones, solo para que Libertad no supiera que su fama no era inventada. Él había buscado en las redes sociales y nadie hablaba de ella como bailarina, y eso era raro a esas alturas de la vida. ¡Si ponía su nombre en el buscador y salía quién era él, dónde estaba su gimnasio y las veces que había sido reconocido con trofeos y medallas!

¿Cómo era posible que salieran los integrantes de las compañías de baile donde se presumía que Marina había estado, y no saliera su nombre?

—¿Se lo dijiste alguna vez a ella?

Libertad asintió.

—Me decía que la gente la envidiaba, sobre todo las mujeres y las madres de mis compañeras, porque podía hacer lo que le diese la gana.

—¿Y tú qué pensabas?

—Que llevaba razón. Mi madre es una mujer muy hermosa. Todo el mundo la miraba cuando salíamos juntas a comprar algo. Siempre llevábamos una cesta de mimbre y los vendedores nos metían allí los productos y nosotras, cuando nadie nos veía de camino a casa,

cogíamos flores del jardín para ponerlas sobre la mesa dentro de un botellín, que hacía las veces de jarrón.

Samuel no se atrevió a mirarla imaginando la escena que le acababa de describir. Era obvio que Libertad adoraba a su madre, y desde luego, Marina seguramente había hecho todo lo posible por mantener a su hija a su lado, pero nunca habían tenido un hogar de verdad, una familia con la que reunirse en Navidades, o celebrar los cumpleaños. Se le rompía el corazón al pensar en todas los días y las noches que Libertad había estado sola entre cuatro paredes, esperando a que llegara su hermosa doncella a entretenerla con un poco de cariño.

Capítulo 18

Se desviaron hacia una población pequeña cuya entrada estaba custodiada por fábricas y naves que tenían venta directa al público, una gasolinera, un hotel y poco más.

Unos minutos antes de que aparecieran las primeras casas, Libertad guardó silencio. Observaba con avidez todo cuanto se cruzaba en el camino y la tensión se reflejaba en su bonita cara.

—Tranquila. Si ella está aquí, se alegrará mucho de verte.

Samuel trató de animarla, aunque ella parecía estar tan sumida en sus pensamientos que no comentó nada más hasta que se bajó del coche delante de una pensión modesta.

Samuel fue el primero en abrirse paso al ver que ella no se atrevía a moverse de la acera. En el vestíbulo, se trataba de una sala pequeña y oscura, no se hallaba nadie. Debieron esperar un rato y por fin asomó una mujer rubia platino con un recogido de peluquería. Su edad oscilaba entre los cincuenta y sesenta años, con un aspecto un poco descuidado, ropas bastantes usadas y zapatillas de estar por casa más viejas que Matusalén. Ella los miró con incertidumbre al tiempo que en su mente buscaba una de las habitaciones dobles que le quedaba libre. Dudaba que se fueran a quedar mucho tiempo, tal vez un polvo rápido antes de proseguir su viaje.

Samuel se acercó al mostrador en el que ella se había ubicado tras

saludarlos.

—Perdone que le moleste, estamos buscando a alguien y nos han dicho que podría estar aquí.

—Tal vez. —Alzó las cejas, estudiándolos—. ¿Sois polis?

—No. ¿Conoce a Marina Ruiz?

—¡Claro que sí! La loca que se marchó de aquí sin pagarme, ¡como para no acordarme de ella!

Libertad agarró la mano de Samuel con fuerza.

—¿Ya no está aquí? —insistió él, todo lo frío que podía ser—. Y si es posible ahórrese las descalificaciones para otro momento.

—¡Ya me gustaría, pero la rabia habla por mí! ¿Habéis venido a pagar lo que debe?

—¿Cuánto debe? —Quiso saber Libertad.

—Tendría que mirarlo. —Por la cantidad de papeles y documentos que tenía sobre una mesa cuadrada detrás de la recepción, iba a llevarle un par de horas—. Lo di por perdido el día que un hombre se la llevó de aquí.

—¿Sabe dónde podemos encontrarla? —preguntó él, impidiendo que Libertad echará mano del monedero que llevaba en el bolso.

La dueña del hostal encogió los hombros.

—El tipo dijo algo sobre un sanatorio del que Marina había huido.

—¿Un sanatorio? —La voz de Libertad tembló peligrosamente.

—Decía que esa mujer estaba enferma, aunque siendo honesta, a mí no me lo parecía.

Libertad salió a la calle incapaz de seguir escuchando.

—¿En qué sanatorio? Si me da esa información, es posible que me haga responsable de la factura.

La mujer carraspeó y se frotó la barbilla, pensativa.

—Por aquí hay un par de ellos, pero no tengo ni idea.

Samuel cogió un trozo de papel que había sobre el mostrador y buscó un bolígrafo.

—Le voy a dejar anotado mi nombre y mi teléfono por si acaso recuerda algo más.

—¿Y qué pasa con esa factura? ¿Es que no me la va a pagar nadie?

—No me ha ayudado gran cosa.

Cuando la mujer comenzaba a soltar una larga retahíla de

insultos, él siguió los pasos de Libertad. La vio apoyada en el coche. Estaba llorando.

—Princesa, a lo mejor no era tu madre.

Ella alzó los ojos hacia él.

—Sí que lo era, Samuel. Estoy segura. —Se limpió las lágrimas con el dorso de la mano—. ¿Y ahora qué?

—Dame unos minutos. Voy a ver si encuentro la dirección de alguno cercano.

Se dispuso a entrar en el coche, pero la pregunta de Libertad lo detuvo.

—¿Crees que esa mujer lleva razón y mi madre está loca?

Él se encogió de hombros.

—Si, como ella dice, Marina no le pagó, es capaz de decir cualquier cosa de ella.

Sus palabras no la dejaron muy tranquila del todo, pero era lo único que podía decir para que se tranquilizase.

Visitaron un sanatorio que se encontraba a quince minutos de allí y no encontraron nada. Ni siquiera una pista. Sin embargo, en el segundo, de camino a Madrid, fueron más afortunados. Después de que un recepcionista tecleara el nombre de la madre de Libertad en el ordenador, apareció una paciente.

—Marina tiene las visitas restringidas. ¿Qué es lo que buscan?

—Es mi madre y necesito verla, por favor.

—¿Me deja su identificación?

La joven metió la mano en el bolso con cierta prisa y este se volcó sobre el piso. Samuel y ella se apresuraron a recogerlo todo.

—En la cartera —dijo él. A ella le temblaban tanto las manos que era incapaz de sacar el carnet con los dedos. Era como si esa pequeña tarjeta se hubiera pegado al cuero del monedero y no quisiera salir—. Déjame a mí.

Ella le entregó todo y se alejó unos pasos hacia el centro de la estancia. Con las piernas entreabiertas agitó los brazos y respiró hondo varias veces. Practicó unos rodamientos de cuello, otros de cadera, de muñeca...

El recepcionista observó a Samuel con curiosidad.

—Son ejercicios de relajación. Tenga, aquí está la identificación. —Miró a Libertad que continuaba haciendo respiraciones largas y

prolongadas—. ¿Mejor?

Ella asintió y enseguida negó.

El hombre llamó a alguien por teléfono y al poco llegó una enfermera.

—¿Es usted la hija de Marina? Síganme por aquí.

Samuel cogió su mano tratando de darle valor.

—Nadie me ha dicho por qué ella está aquí —le dijo Libertad a la mujer.

—Trastorno psicótico.

—¿Qué es eso?

—Podríamos decir que son aquellos en los que no se percibe la realidad con claridad. Puede producir delirios y alucinaciones.

Samuel sintió que ella le apretaba la mano con más fuerza. Al mirarla se encontró con sus ojos. Él no podía saber lo que estaba pensando hasta que le preguntó a la enfermera.

—¿Es hereditario?

—No.

—Estate tranquila —le dijo él rodeándole los hombros, y siguieron caminando en silencio por un largo pasillo de paredes blancas.

***

Era imposible serenarme. Pensaba que el corazón me iba a estallar de un momento a otro. No sabía lo que iba a encontrarme, ni cómo iba a ver a mi madre, ni cómo iba a reaccionar ella. Eso era lo más importante para mí. ¿Qué iba a pensar cuando me viera?

Tener a Samuel al lado me producía muchísima seguridad. Aunque también me daba pena por él. De repente iba a tener una suegra que estaba... un poco perdida. Mi madre estaba... enferma, me repetí. ¡No lo podía creer!

Llegamos al final de unas dobles puertas que la enfermera abrió pulsando un botón que había en una pared de azulejos blancos. Entramos en una sala con personas vestidas en pijama. Algunas mujeres llevaban bata. Y todos nos miraban, o la mayoría, como si se quisieran lanzar nuestra yugular y absorbernos toda la sangre. ¡Era

increíble que mi madre pudiera estar ahí! Viviendo entre toda esa gente.

—Se encuentra en aquellos sillones, si me permiten, voy a avisarla primero.

Seguimos a la enfermera con la vista. Sin decirnos nada el uno al otro. Mi madre estaba de espaldas. Reconocí su cabello rubio, largo y ondulado. Llevaba un camisón blanco. Sus brazos, que asomaban bajo las mangas, me parecieron superdelgados.

La enfermera le dijo algo y ella giró la cabeza hacia nosotros. Su mirada parecía un poco perdida, pero también me reconoció.

—¡Libertad! —exclamó poniéndose en pie y abriendo los brazos.

No tuve ni que pensármelo. Salí corriendo hacia ella y la abracé. Sentí otra vez el olor, aquel que yo creía haber olvidado. Era un poco más baja que yo. O quizá de la misma altura, tampoco me fijé mucho. Solo sé que, al rodearla con los brazos, la sentí débil, en extremo delgada.

—Mamá, ¿qué pasó? ¿Por qué no me habías dicho nada? Estuve esperándote con las monjas todo este tiempo. No sabía que estabas aquí, si no hubiera venido a buscarte antes.

—Ay, mi princesa. —Me acarició el pelo. Despacio, con suavidad, con ternura y se apartó un poco de mí para estudiarme mejor—. Mírate ¡cómo has crecido? Estás hermosa. ¿Te han tratado bien todo este tiempo?

—¿Por qué me dejaste allí? —insistí.

Ella sacudió la cabeza y se rio con ironía. La expresión de su cara era extraña. Estaba como ida.

—No tuve más remedio que hacerlo. Ellos me obligaron.

—¿Quiénes son ellos?

Señaló con la cabeza a los enfermeros que vestían con batas azules.

—Esa panda de rufianes y bravucones. No me permitían tenerte para mí sola. —Yo di un paso atrás. No podía entenderla muy bien—. Ven, hija. Siéntate conmigo. Diré que nos pongan algún refrigerio.

—No quiero tomar nada, mamá.

—Seguro que los guardias de la puerta te han dicho que no te sientes conmigo, ¿verdad?

Agité la cabeza.

—En las puertas no hay nadie. Solo están los médicos.

—Se hacen pasar por médicos. Pero son ogros. Son malvados. No debes decirles que eres princesa porque te querrán casar con algún noble de pacotilla.

Luché como una bellaca por retener las lágrimas y no llorar. En aquel momento era lo que más deseaba, lo que más necesitaba. Miré a Samuel sobre el hombro, haciéndole una señal para que se acercara. No quería estar sola. Mi madre me daba miedo.

Él llegó enseguida.

—¡Eres tú, Ernesto, has venido por mí!

Mi madre se lanzó a sus brazos y le estuvo besuqueando toda la cara. En realidad, quería besarle los labios, pero mi príncipe no hacía más que alzar el cuello e intentar evitarla.

—No es Ernesto, mamá. Se llama Samuel. Es mi novio.

Ella negó con la cabeza y puso una mueca de asco y de aborrecimiento.

—Es Ernesto —afirmó—. Míralo, no has cambiado nada en todos estos años. ¡Tú fuiste el culpable de todo! ¡Tú hiciste que me encerraran aquí!

—No, mamá, te repito que es Samuel, no es Ernesto.

—Entonces es su hijo, ¿verdad? Son como dos gotas de agua. —Hablaba con rabia—. Siéntate conmigo, Libertad, pero no quiero que esté él. No deseo que nos escuche.

Samuel me pasó la mano por el hombro.

—No te preocupes, yo estaré cerca. Es mejor que habléis vosotras solas.

—Pero Samuel...

No era justo que después de haberse hecho todo ese viaje por mí él no pudiera estar a mi lado en ese momento.

Me empujó con suavidad para que me fuera con ella. Vi que él se acercaba a uno de los enfermeros y se ponía a charlar con él.

Capítulo 19

Sentada frente a mi madre me di cuenta por primera vez que era una desconocida para mí, a pesar de haber pasado catorce años de mi vida con ella. La quería mucho, aunque su estado me provocaba pavor. Su forma de mirarme y cómo observaba Samuel de reojo era espeluznante.

—Me gustaría que me contases cómo has acabado aquí. Recuerdo que eras una bailarina fantástica y me contabas un montón de cosas. —Ella parpadeó extrañada, como si no supiera de lo que le estaba hablando—. ¿Qué pasó, mamá?

—¿Era bailarina?

Tragué nerviosa, ¿cómo podía haberlo olvidado? Yo me había probado sus preciosos trajes llenos de cristales de colores. La había visto bailar en alguna ocasión y me había dejado maravillada.

—Sí —contesté.

—Tengo que salir de aquí, esas pastillas que me dan... me quieren matar, desean acabar conmigo y quitarme todo lo que tengo.

Me lo dijo tan seria que no supe qué creer.

—¿Qué es lo que te quieren quitar?

Se encogió de hombros.

—Todo, absolutamente todo.

—Siempre me dijiste que no teníamos más familia, ¿era verdad?

—¿Te ha traído él? —preguntó mirando de nuevo a Samuel. Asentí—. No te fíes, es igual que su padre. Ernesto me engañó, me embaucó. Prometió que se casaría conmigo.

—Samuel no es igual.

—Sí que lo es y te querrá quitar todo.

Me pareció una tontería decirle que lo único que podía quitarme era el corazón y que ese ya le pertenecía. Cogí su mano con suavidad, era tan liviana que sentí miedo de poder romperla.

—Mamá, Samuel me ha ayudado a encontrarte, si no es por él no lo habría conseguido. —Omití decir que también había sido con la ayuda de su padre—. ¿No has podido avisarme de algún modo? Creí que me habías abandonado.

Negó con la cabeza.

—Tú eres la única que me entendía, el resto eran malos, nos querían capturar para que no llegásemos nunca a ser reinas.

—¡Mamá, todo eso es inventado! Las princesas, los dragones, eran historias que nosotras creábamos.

—¿Me dices que no existen?

—Sí, claro que existen, pero no de la forma que tú las ves. Esto no es una mazmorra, es un hospital, ni ellos —señalé a los que vestían de azul— son ogros.

—¿Vas a liberarme, entonces? —preguntó, como si no hubiera escuchado nada de lo que le hubiera dicho.

—Voy a intentarlo.

No tenía muy claro ni por dónde empezar para sacarla de allí. Vivía en un piso compartido y estaba aprendiendo y empezando a ser independiente. Si trabajaba, no iba a poder hacerme cargo de ella, y en el estado en el que estaba era mucho más seguro que se quedara allí. Iban a cuidarla mil veces mejor que yo. Admito que pensando todo eso, me sentí la persona más egoísta del mundo.

—¿Me lo prometes?

Asentí, pero no me atreví a decírselo con palabras, sin duda, ella no estaba bien y yo no tenía ni idea de las cosas que pasaban por su cabeza.

Durante todo lo que duró la conversación intenté sonsacarle por qué yo había acabado en el internado, qué es lo que había hecho ella después, cómo había terminado en aquel sanatorio... Pero ninguna de

sus respuestas era coherente. Cada vez me contaba una cosa distinta, aunque estaba empeñada en decir que la habían obligado a dejarme.

Tenía que hablar con los médicos, habría alguien que debía saberlo.

La persona que nos había llevado a Samuel y a mí hasta allí se colocó en el centro de la sala diciendo que iba a ser la hora de la cena y que todos debían regresar a sus habitaciones. Mi madre fue de las primeras en levantarse y, sin despedirse siquiera, se dirigió con paso majestuoso hacia un corredor. Ella se creía una reina y caminaba como una.

Me acerqué a Samuel, que me esperaba junto a las dobles puertas. Me miraba esperando que le dijese algo. Sin embargo, era incapaz de entender todo lo que me había dicho mi madre, aunque no se había cansado de repetir que Ernesto había sido el culpable de todo y no quería que yo estuviese con Samuel por ser hijo de quien era.

Si me casaba con Samuel, ¿cómo iba a poder llevármela a ella? Él no tenía culpa de nada, y yo tampoco, pero no podía dar la espalda a mi madre. Necesitaba ayudarla de alguna forma. Tenía en esos momentos tantas movidas en la cabeza que no sabía ni qué pensar.

—Libertad, el doctor quiere hablar contigo.

—Vale —respondí—, pero entra conmigo Samuel, estoy un poco mareada.

—De acuerdo.

—Estoy tan confundida... No he sacado nada en claro.

Me sentía triste de saber que ella estaba enferma. Y contenta de haberla encontrado. ¡Vamos, que si me hubieran pegado un tiro en la cabeza hasta lo hubiera agradecido! Por lo menos, saber que eso no era hereditario y que yo no iba a terminar tan loca como ella era un alivio. Eso es lo que esperaba.

Sí, sé que no debería llamarla loca porque son palabras mayores, pero tenía que reconocer que estaba como una cabra.

Sorprendida, yo creo que la palabra más exacta de cómo me encontraba, era esa.

En el despacho del doctor, Samuel y yo nos sentamos juntos en un pequeño sofá de dos plazas. Mi príncipe..., no, mejor prefiero llamarle Samuel, me tenía agarrada de la mano. No se cansaba de demostrarme que lo tenía allí para cualquier cosa, y yo se lo agradecía, porque no sé

qué hubiera hecho sin él.

El doctor se presentó, tomó asiento frente a su mesa y, después de mirar unos papeles, deslizó sus gafas por debajo de los ojos y me miró.

—Es la primera vez que viene a visitarla, ¿verdad?

Asentí.

—No sabía que estaba aquí, nadie me había dicho nada.

—¿Como se ha enterado?

—Hemos estado investigando.

—¿Las monjas del internado donde estaba nunca le han contado le lo que pasó?

—No, ¿ellas sabían que mi madre estaba encerrada aquí?

Negó con la cabeza.

—No tenían que saberlo necesariamente, al menos no la ubicación exacta. ¿Usted recuerda por qué acabó en ese lugar?

Me encogí de hombros ya que las imágenes eran bastante confusas.

—Mi madre me dejó allí, pero no sé por qué.

El doctor, rascándose la nariz, se quitó las gafas y las colocó sobre los papeles que había estado leyendo.

—Me gustaría decírselo de otra manera, pero creo que andar con rodeos no nos va a llevar a ningún sitio. A Marina le retiraron su custodia cuando los servicios sociales vieron cómo vivían.

—No lo entiendo, ella me llevaba al colegio, tenía su trabajo de bailarina y cuidaba bien de mí.

Por unos segundos el doctor miró a Samuel, que solo escuchaba sin meterse en nada, y regresó su vista hacia a mí.

—Su madre no era bailarina, aunque es cierto que trabajó un tiempo para una compañía de danza.

—Un tiempo muy largo debe de ser —respondí—, porque recuerdo que nos mudamos varias veces porque así se lo exigían. —El doctor negó con la cabeza y yo me mosqueé. Empezaba a perder la paciencia. Sabía que lo que me iba a decir no me iba a gustar nada, pero prefería que fuese directo al grano—. ¡Bueno, pues dígame la verdad!

—¿De qué manera decirlo, para que no le resulte doloroso?

No sabía si eso me lo estaba preguntando a mí o se lo preguntaba a él mismo.

—Necesito saber la verdad —insistí. Me estaba poniendo de los nervios.

Él volvió a mirar a Samuel con la indecisión pintada en sus ojos, soltó aire por la boca y dijo:

—Marina tenía un chulo. Él era quien la obligaba a cambiar de ciudad. Estaba metida en el mundo de la droga y la prostitución.

Me cubrí la boca con una mano y sacudí la cabeza con fuerza.

—¡Se está confundiendo!, creo que no estamos hablando de la misma persona. Ella... —Mi mente decía que lo aceptase. Que era cierto. Los comentarios que había oído de niña, la madre de esa chica diciendo lo de su perfume, cuando se vestía y se maquillaba y se ponía tan guapa para salir por las noches.... —. Era bailarina.

—Libertad. —Samuel me dio suave con el codo y lo miré. No soportaba encontrarme con sus ojos, que me transmitían compasión.

—¡No puede estar hablando de ella!

Durante unos minutos se hizo un silencio profundo. Mi cabeza no paraba de dar vueltas. ¿Cómo era posible que siempre me dijese que debía llegar virgen al altar cuando ella se acostaba con todo el mundo? ¿O me lo habían dicho las monjas?

Era una corte.... ¡Puta!

Me solté de Samuel, incapaz de seguir sentada en el sofá.

—Lamento mucho que se haya enterado de esta manera, aquí tengo todos los informes.

—Pero ¿las historias que me contaba era todo mentira?

—Es posible que Marina estuviera enferma desde hace muchos años. Se fue muy pronto de casa, tenía problemas con su padre, eran una familia muy inestable.

—¿Nadie se dio cuenta de ello?

—Al parecer, en el último sitio donde estuvo viviendo con usted, las personas que les rodeaban dieron la voz de alarma. Denunciaron que la dejaba mucho tiempo sola y la encerraba en casa.

—¡Es que no puedo creerlo! —Me volví a Samuel, él también se había levantado—. ¡Qué tragedia más grande! ¡Mi madre era una meretriz! ¿Las monjas lo sabían? —El doctor afirmó con la cabeza—. Pero ¿por qué no me dijeron nada?

—No lo sé. —El hombre me entregó los papeles que tenía bajo las gafas—. Esto es para usted, puede mirarlo todo.

—¿Me lo puedo llevar?

—Sí, es suyo.

—¿Y ahora qué tengo que hacer?, ¿debería hablar con ella? ¿Hay algún modo de que pueda sacarla de aquí?

—Tal vez tendría que hablar con un abogado, pero Marina aquí está bien, sigue un tratamiento. —Se levantó—. Aunque es uno de los pacientes que más tenemos que vigilar para que se tome los medicamentos.

—¿Es peligrosa?

—No, a veces no distingue lo que es real de lo imaginario. Piensa que es una reina que está encerrada en un palacio. —Sentí un golpe en el estómago, ¿no había pensado mil veces lo mismo cuando estaba en el internado?—. Se ha creado un mundo paralelo, pero eso no es malo.

¡Una caca de hada que no era malo!

Samuel se aclaró la garganta.

—A Libertad le preocupa que le pueda pasar a ella algo igual.

Asentí. Me preocupaba a mí y también debería de preocuparle a él, aunque parecía estar tan tranquilo.

—Ella me decía que yo era una princesa y jugábamos con esas cosas.

—No se preocupe, sus juegos o sus fantasías no tienen nada que ver con Marina. A ella se le acentuó todo su trauma por el consumo de drogas. Usted estuvo catorce años con ella y un niño aprende de lo que ve o escucha. Peor hubiera sido que realmente la hubiese involucrado en su vida. —Fruncí el ceño. ¿Qué quería decir, que peor hubiera sido que me hubiese metido a mí también de cortesana? Esa palabra le iba mejor a mi madre, pues nunca me iba a costumbrar a decir la otra, que pesaba como una losa de granito y sonaba demasiado ofensiva—. A pesar de lo que Marina era, la protegió siempre.

Capítulo 20

—Quédate en mi casa esta noche. —Él se dio cuenta de que me lo estaba pensando—. A dormir, así no estarás sola.

—De acuerdo, pero solo a dormir.

—Sí, yo también estoy cansado.

Samuel sonrió complacido Era tan bueno y tan conformista... No había imaginado que los hombres fueran tan fáciles de llevar como lo era él.

En su apartamento, lo primero que hizo tras cambiarse de ropa fue meterse en la cocina. No dejó que le ayudase y me senté en un sofá para ver la televisión, aunque era incapaz de concentrarme en algo. Estuve dos veces a punto de quedarme dormida, pero las dos, Samuel, sospechosamente, se plantó delante de mí, una para darme una copa de vino y la otra para que probara la ensalada. Que le dije que estaba bien por decir algo, porque me dio un trozo de lechuga que ni siquiera estaba aliñada. Yo creo que pretendía que me espabilara.

Llamé a Paula, que esa noche había salido a un evento junto con Sara, pero no les conté a ninguna lo de mi madre. Prefería hacerlo cara a cara para ver su reacción.

—Está listo —dijo Samuel, interrumpiendo mis pensamientos—. Sé que es difícil, pero por hoy no le des más vueltas a lo de tu madre, por favor.

—Tienes razón, si sigo así, me va a estallar la cabeza.

Me levanté y me senté a la mesa, había hecho tortillas con queso. Hambre no es que tuviese mucha pero, después de haberse esforzado en hacer algo, no iba a dejarle con la cena en el plato.

—¿Quién te enseñó a cocinar?

Samuel se encogió de hombros.

—No soy un chef con estrellas Michelín, he aprendido probando cosas y viendo algún canal de cocina. Me gusta.

Yo también tenía que hacerlo, de ese modo Paula dejaría de experimentar conmigo porque me estaba convirtiendo en un ratón de laboratorio.

—¿Por qué te independizaste?, tus padres no están tan lejos y podías haber seguido viviendo con ellos.

—Necesitaba estar solo, además, así estoy más cerca del gimnasio.

—También puedes hacer lo que quieras sin que te vigile nadie.

Paseó sus ojos por mi rostro.

—Tampoco me vigilaban tanto, cuando trabajaban casi nunca estaban en casa.

En eso habíamos coincidido los dos, aunque seguramente él habría tenido videojuegos, amigos y también tenía a su primo Quique. En cambio, hasta que yo no llegué al internado, no sabía lo que era tener una amistad de verdad.

—¿Crees que tu padre sabía lo de mi madre? —No podía evitar volver al tema, era como una obsesión que tenía en la cabeza y parecía no querer salir de allí.

Él reflexionó unos segundos, frotándose la barbilla con la mano.

—No lo sé, no he hablado con él de eso y si no me pregunta supongo que no le voy a decir nada. Si puedo evitar meterle en algún lío con mi madre, mejor.

A mí sí me hubiera gustado hablar con él, porque necesitaba entender el motivo de que mi madre le echara la culpa de todo. Quizá ella había creído, al conocerle, que cansándose con él la vida le hubiera ido de distinta manera. Para saber la verdad de todo me tenía que remontar a cuando ella era soltera y saber quién era mi padre. No voy a negar que no sintiera curiosidad, pero casi era mejor no saberlo.

—Samuel, si mi madre viene a vivir conmigo...

—Ella está mejor donde está. Ya has oído al doctor. —Me bastó

esa frase para saber que Samuel no iba a querer vivir con ella—. Libertad, no vas a poder hacerte cargo, aunque yo tratara de ayudarte, está tu trabajo, el mío, sería imposible que alcanzarás tus sueños y deberías estar pegada a ella como una lapa para que no haga ninguna tontería y se tome la medicación.

—Me ha dado no sé qué verla allí.

—Escucha. —Cogió mi mano por encima de la mesa—. Podemos mirar algún otro sitio, pero vivir con ella va a ser imposible.

Tenía toda la razón del mundo, aun así, no podía dejar de sentirme una egoísta. Era como si en vez de que mi madre me encerrara en la torre más alta del castillo para no poder escapar, la encerrase yo a ella.

—Tú no tienes la culpa de nada —siguió diciendo él.

Terminamos de cenar y entre los dos recogimos todo.

—Me vas a tener que dejar un pijama, Samuel.

Él asintió.

—Tengo alguna camiseta, ahora te doy una. Me voy a duchar, ¿tú quieres?

—No, gracias, mañana cuando me levante.

—No me importa compartir la ducha contigo.

Por su cara vi que no solamente no le importaba, sino que lo estaba deseando. Él debió leer mis pensamientos porque sonrió y le lancé un cojín.

—Anda, presumido, que todavía no he cambiado de opinión respecto a eso.

Samuel fingió un suspiro resignado y me dejó sola en el salón. Por extraño que pudiera parecer, se me aceleró el pulso al imaginarle desnudo. Dentro de mí se abrió paso un sentimiento contradictorio. Me asaltaron los recuerdos de la última vez que habíamos estado juntos en la cama del hotel y lo que había sentido. Lo había disfrutado un montón y quería repetir. Por otro lado, tenía esa cosilla que no dejaba que me liberase del todo. Era como si tuviera a sor María pegada a mi oreja, advirtiéndome sobre los hombres. «Una vez que consiguen lo que quieren, a otra cosa, mariposa». Y eso que Samuel no se parecía en nada a esa clase de tipos. Me amaba de verdad y no solo por el sexo. Eso quería creer, desde luego.

Escuché el agua de la ducha al caer e, intentando no hacer ningún

ruido, fui a cotillear. Lo había visto semidesnudo, le había tocado su cosa —más que tocado, lo había saboreado— pero, en realidad, no había visto nunca un hombre desnudo en toda su magnificencia a plena luz del día.

Samuel no había cerrado la puerta del todo y planté un ojo en la rendija —ya que no me cabían los dos—. No me atreví a abrir más por si me pillaba.

La mampara era transparente, pero el vaho no me dejaba ver con nitidez. Aun así, él estaba de espaldas y veía la forma de su cuerpo y el culo, que lo tenía más blanco que la sotana del papa. El sol no había debido de tocar esa parte.

Tenía un trasero muy majo, era duro y musculoso. Siguiendo la misma línea de sus piernas.

—Libertad —me llamó desde la ducha, girándose en ella.

¡No me había podido ver!

Di varios pasos atrás y, al llegar al centro del pasillo, corrí escopetada al salón. Me llevé una silla por delante, que levanté deprisa, y me senté de nuevo en el sillón.

—¿Libertad? —Esta vez él alzó más la voz.

Respirando hondo volví a hacer el recorrido a la inversa, caminando despacio. Me había golpeado la rodilla con la silla.

—¿Me llamas? —pregunté desde el otro lado de la puerta sin llegar a entrar.

—He oído un golpe, ¿ha pasado algo?

—¿Cuándo? ¿Ahora? Yo no he escuchado nada.

—Ah, lo habré imaginado. He olvidado coger tu camiseta, busca una en la cómoda del dormitorio.

—Vale.

Con los labios muy apretados por mi mala suerte al tirar la silla, entré en la habitación. Abrí el primer cajón del mueble, estaba lleno de ropa interior y calcetines y había un par de tiritas grandes en su envoltorio plateado. Me llamó la atención porque nunca las había visto igual y, al tocarlas, notaba que poseían un borde circular bastante blando. Bueno, por lo menos ya sabía dónde estaban por si algún día las necesitaba.

En el segundo cajón se encontraban las camisetas, cogí una de ellas y llegó a mi nariz el ya conocido olor de Samuel.

Como estaba allí, me desnudé. Nada más caer los pantalones al suelo, el grifo de la ducha dejó de correr. Me puse la camiseta a velocidad de vértigo, sin fijarme que estaba del revés y «*lo de alante, atrás y lo de atrás, p'alante*». ¡Menos mal que no metí la cabeza por una manga!

Era una tontería, Samuel me había visto desnuda y podía haber dado la vuelta a la prenda sin ningún problema y disimulando el pudor, pero no quería provocarle y que pensara que tenía camino libre.

Aunque pareciese lo contrario, sé que él ya no se conformaba solo con un beso. Tenía unas manos un poquito largas. No le iba a juzgar por ello, porque yo también le había dado pie. No soy ninguna santa, y decir que no me gustaba que me mirara con deseo o que me tocara era una mentira más grande que un castillo. Lo que pasa es que el que juega con fuego se acaba quemando, y yo no quería ir al infierno.

Él entró en la habitación con una minitoalla enrollada en sus caderas y su piel brillando.

—Ah, ya has encontrado una. —Me miró y estudió la camiseta—. ¿Cuál es esa?

Me sentí tan tonta que fingí sorprenderme.

—¡Vaya, me la he puesto de revés! Pues ya se queda así, que no tengo ganas de darle la vuelta.

Simulando que estaba muy cansada, me metí en la cama. En realidad, es que sentía que tenía que hacer algo porque mi estómago burbujeaba como si me hubieran metido tres bombonas de gas.

Ya me ponía menos nerviosa estando con él a solas, sobre todo después del fin de semana. Sin embargo, me sentía más segura cuando teníamos más ropa de por medio. Un camisón de los que usaba sor María me habría venido de lujo.

Samuel abrió el cajón de la ropa interior y sacó un bóxer.

—¿Para qué son las tiritas que tienes allí? —pregunté, curiosa, alzando la cabeza.

Él volvió a abrir el cajón para mirar. Frunció el ceño.

—¿Cuáles?

—Lo he visto ahí. Eso que tiene un envoltorio chulo. No es que tengas grandes cosas y no es porque haya mirado mucho. Me parece que ponía Durex.

Samuel me miró bizqueando y sacó una de ellas.

—¿Esto?

Asentí.

Sin saber por qué, empezó a reírse a carcajada limpia en mi propia cara.

—¿Qué?

—No es una tirita. ¡Joder, princesa! ¿Nunca he visto un preservativo?

—Hum... no. —Mortificada y con las mejillas al rojo vivo, me rasqué la nuca—. ¿Entonces, no son una leyenda urbana? —dije, para quitarle hierro al asunto. ¡Ya me valía, pero claro, era la primera vez que veía uno! En la peli porno no se los ponían y las monjas no nos habían hablado de eso. Sabía para qué servían. En algún momento de mi vida lo había oído o tal vez Paula lo había comentado.

—Pues son bastantes fiables —dijo él.

—Pues guárdalos donde estaban, aquí está todo el pescado vendido.

—Mira que eres cabezona.

—Un poco sí.

—Espero que no me lleguen a caducar. —Volvió a guardarlo y, con todo su morro, se deshizo de la minitoalla.

En ese momento yo había abierto la boca para preguntarle la fecha, pero me quedé así. Y los ojos, imagino que supergrandes para poder mirarle bien, sin dejarme ningún detalle. ¡Virgen María! ¿Había probado todo eso?

***

Samuel era consciente de que ella lo observaba fija, así como de que su miembro se erguía pasando la revisión.

—¿Te puedes poner uno?

La pregunta lo sorprendió. Se subió rápido el bóxer.

—¿El qué?

—Uno de esos.

—No, si no voy a usarlo. —Agarró un pantalón de pijama.

—Por favor, quiero ver cómo queda puesto.

—¡Que no! —Sacudió la cabeza, enérgico.

No se atrevía a mirarla a los ojos por temor a que lo convenciera. Ella tenía ese poder sobre él, aunque aquello ya era demasiado.

—Si es por no gastarlo, yo te compro otro.

Arqueando una ceja y con sus partes completamente ocultas, Samuel caminó hacia la puerta sin despegar los ojos de ella.

—Voy a apagar las luces y la televisión, ¿quieres que te traiga algo?

Libertad, se arrodilló en la cama. Estaba de lo más sexy con su camiseta y las piernas expuestas ante él.

—Solo tengo curiosidad por verlo puesto.

—Mira, princesa, si no vamos a hacer nada, lo mejor es dejar en paz el tema.

—¿Qué te cuesta complacerme?

—Un dolor de pelotas muy grande.

Salió del dormitorio dejando que pensara en sus últimas palabras.

Tras asegurarse de que todo estaba apagado, pasó por el baño, abrió el grifo y se echó bastante agua fría sobre la cara. Estaba haciendo tiempo esperando que Libertad se olvidara del tema. No había mentido cuando le había comentado lo del dolor de pelotas. La mayoría de las veces que había estado con ella a solas así es como había terminado.

Con paso decidido entró de nuevo en el dormitorio. La joven seguía estando en el centro de la cama. Esperándolo.

—No sabía que eso te podía doler.

—Ahora ya lo sabes.

—¿Te has enfadado conmigo?

—No, en absoluto. Solo trato de complacer tu curiosidad.

Libertad asintió y volvió a meterse debajo de las sábanas.

—¿Eso es doloroso para todos los hombres? —La escuchó murmurar.

—Para todos los que se ponen cachondos cuando están con una mujer guapísima y saben que no pueden hacer nada.

Ella volvió la cabeza en su dirección.

—Pero nosotros sí que hemos hecho algo. —Samuel se introdujo en la cama sin decir nada—. ¿Eso no es suficiente?

—¿De verdad quieres que te sea sincero?

—Me gustaría.

—Hay bastantes cosas que podemos hacer sin llegar hasta el final. Pero a veces me da miedo saber cómo reaccionarías. Te quiero y supongo que deberemos tener paciencia. Yo más que tú.

— Si tú quieres... puedes enseñarme.

Capítulo 21

Samuel se sintió estúpido. Había estado tan dispuesto a enamorarla respetando sus deseos, que ahora se daba cuenta de que en muchas ocasiones —la mayoría, si lo miraba bien— fingía ser alguien que no era cuando estaba con ella.

Tenía que dejar que Libertad le conociera bien. No podía engañarla y que se diese cuenta con el tiempo de que el hombre con el que se había casado —cuando lo hicieran— no era el mismo que con el que se había prometido.

Se consideraba una persona respetuosa. Calmada, tranquila, afable. Pero ¿qué iba a pasar cuando ella viera una faceta distinta de él? Porque esa faceta existía: Cuando se enfadaba, y sin pensar, soltaba alguna palabrota o reaccionaba de una forma un poco abrupta; la diferencia en la manera en la que le hablaba a ella y en la que hablaba con sus colegas; o las fantasías sexuales que tenían cada noche en su mente con ella sin atreverse a llevarlas a cabo por temor a un rechazo sin retorno.

No iba a ser justo para Libertad, lo sabía. Así como sabía que no era el perfecto caballero que ella creía. Pero debía arriesgarse si pretendía que lo amase de verdad por quien era.

¡Claro que podía enseñarle muchas cosas! Y pretendía hacerlo, desde luego. Porque ella estaba completamente verde en todos los

sentidos, aunque tampoco es que él fuera una máquina del sexo y lo supiese todo, pero confundir un preservativo con una tirita... Tenía cojones la cosa.

Tras estos pensamientos, Samuel se encontró más calmado. Claro que tampoco quería hacer todo de golpe y porrazo. Las últimas palabras de Libertad lo habían animado. Pero no terminaron de consolarle por haberse dado cuenta tan tarde. Esperaba que todavía no lo fuera.

Con ese sentimiento y rodeando el cuerpo de la joven, se quedó dormido. Al día siguiente se despertó cargado de energía. Preparó café y tostadas antes de que se despertara su Bella Durmiente y la esperó en el comedor.

Esa mañana Samuel llevaba un pantalón de chándal oscuro y una camiseta sin mangas, blanca. Ofrecía una imagen imponente. Era alto y su constitución realzaba su figura.

Echó un vistazo a la estancia. Se hallaba bastante recogida porque la mujer que le hacía la limpieza dos veces por semana había estado el día anterior. Salió a la terraza del ático y observó el paisaje.

Ante sus ojos se extendía el campo, bañado por el sol que lucía radiante.

—Buenos días, Samuel.

El volvió la cara hacia Libertad y enseguida se acercó a ella. Llevaba la misma ropa del día anterior y se había recogido el pelo en una cola de caballo.

—Buenos días —respondió él con una sonrisa—. He preparado el desayuno.

—Me despertó el olor de las tostadas. Voy a comer algo y me voy a marchar a casa.

—Puedes quedarte si quieres.

—Prefiero darme una ducha y cambiarme de ropa. Seguro que Paula y Sara me están esperando. Querrán saber lo que averigüé sobre mi madre.

—Cuando estés lista te llevo. Si te apetece traerte aquí algo de ropa para las siguientes ocasiones, puedes hacerlo tranquilamente.

Las mejillas de Libertad adquirieron un tono sonrosado. Bajó la mirada al suelo.

—Lamento mucho haberte incomodado ayer, Samuel. No tenía

que haber insistido con lo del preservativo.

—No te preocupes. ¿Hablabas en serio cuando me dijiste que querías que te enseñara?

Ella se volvió a sonrojar.

—Sí.

Samuel cogió su mano y la llevó a sus labios. Después, sin soltarla, la guio hacia la mesa, retiró su silla e hizo que se sentara. Esbozó una sonrisa y se acomodó frente a ella para poder mirarla a la cara.

—Dejaré que tú pongas los límites.

Libertad arqueó las cejas.

—No entiendo. ¿Qué límites?

—Ya entenderás. ¿Café? —Antes de que contestase, ya le estaba sirviendo una taza—. ¿Qué tal has descansado?

—He despertado varias veces. Tu colchón es muy duro.

—Te acostumbrarás, es bueno para la espalda.

Ella apartó el café. Cruzó los brazos sobre la mesa y lo miró fijamente.

—Hablas como si pensaras que me voy a quedar aquí mucho tiempo.

—Esa es mi intención. Me gustaría que vinieras a vivir conmigo.

Libertad abrió los ojos como platos y se mordió el labio inferior.

—Sor María me mataría si se enterase.

Samuel se encogió de hombros.

—No dependes ni de sor María ni de nadie. Solo tienes que hacer lo que te apetezca. Es tu decisión.

—Te encuentro algo raro esta mañana.

—Estoy satisfecho. —Se medio incorporó e, inclinándose sobre la mesa, capturó sus labios con un beso húmedo y profundo. Cuando se apartó, sonreía con naturalidad—. Hoy voy a ir antes al gimnasio. Me ha dicho Quique que han llegado las solicitudes para los campeonatos y tenemos que rellenarlos. Ah, tengo otra noticia para ti. Al parecer, están haciendo un *casting* para bailarinas. Esta tarde lo miras, que están los papeles en el despacho.

—No sé si estoy preparada para eso, Samuel.

—Oye, no te va a entrar miedo ahora, ¿verdad?

—Pues no lo sé. Pensaba en que llegase ese momento, pero no que fuera a ser tan pronto.

—Vamos, tú puedes con eso y más.

—¿Sabes, Samuel? Hum..., he estado pensando. No sé si quiero ser famosa. En realidad, quería ser bailarina porque ella era bailarina. Me gusta el baile, claro. Y se me da bien. Pero también me he dado cuenta de que yo creo que me gusta más enseñar.

—Tienes que hacer lo que te haga más feliz y lo que te haga sentir más cómoda. Piénsate lo del *casting* porque puede ser una buena oportunidad para ti.

—Nunca hemos hablado de lo que pasaría si realmente yo me dedicara a eso.

—¿A qué te refieres?

— A qué es lo que pasaría con nosotros.

—¿Ves lo que te digo? Tú siempre estás tratando de averiguar qué es lo que pensarán los demás de lo que haces o dejas de hacer. No puedes anteponer nada a tus sueños.

—No te quiero perder.

—No vas a hacerlo, nunca, te lo prometo, voy a estar siempre contigo. Si tú quieres.

—Pero ¿qué pasa con tus sueños?

—Son estar siempre a tu lado.

Ella apretó los labios con fuerza.

—Tú siempre me antepones a todo.

—En algunas cosas tengo más experiencia que tú y, desde que te vi, sé bien lo que quiero. No tienes que sentirte culpable, has pasado la adolescencia en un internado y hay muchas cosas que desconoces. Recuerda que cuando nos volvimos a ver, era tu primera vez en una discoteca. Yo no quiero que te pierdas nada. Por eso para mí es importante que estés segura de lo que quieres hacer en el futuro. Que estés segura de que me amas realmente y no solo es una ilusión que te montaste.

—Yo te amo, Samuel.

Eso es lo que también quería pensar e iba a hacer todo lo posible por que ella se lo demostrara. Se estaba cansando de que todo el peso de aquella relación cayera sobre él y fuera el único que luchase por los dos.

***

Samuel estuvo todo el día reunido con su primo seleccionando a los alumnos que iban a competir ese año por el nombre del Santuario. Solo salió para dar sus clases, por lo que apenas vio a Libertad.

Cerró el gimnasio como todos los días y, como de costumbre, ella fue a buscarlo a la oficina para irse juntos a casa. Quique y él seguían debatiendo sobre cuáles de los alumnos estaban mejor preparados para representar a la escuela.

—¿Te molesta si no te acompaño? Todavía tengo trabajo aquí —le dijo a la joven tras unos segundos de titubeo.

—No —respondió ella al ver todos los documentos esparcidos sobre el escritorio. Se había detenido en el hueco de la puerta y llevaba la bolsa donde guardaba la ropa del baile, sobre el hombro.

—¿Estás segura? —Desde que Libertad llevaba trabajando en el gimnasio era la primera vez que se iba a ir sola a casa.

Ella asintió.

—Anoche no dormí bien y estoy deseando meterme en la cama. Además, todavía queda luz de sol, los días ahora ya son más largos.

Samuel habría deseado que ella insistiera, o al menos que tratara de convencerle para que no rompiese la rutina de llevarla a casa, sin embargo, no pasó nada de eso.

La acompañó hasta la puerta para abrir con llave y, después de un beso poco apasionado por su parte, la vio alejarse por la calle con su inflada chaqueta blanca. Volvió a cerrar.

—¿Ha pasado algo? —Quique seguía sentado en el despacho y lo miraba con curiosidad.

—Nada, ya te he contado lo de su madre.

—Me refiero a vosotros dos —soltó con tranquilidad.

—Estamos bien. —Agitó uno de los papeles que acababa de coger —. Vamos a continuar.

—Nos conocemos desde siempre, de modo que no pretendas engañarme. ¿Qué pasa?, ¿te has dado cuenta de que tu novia perfecta no lo es tanto?

Samuel negó, frustrado.

—Nunca ha sido perfecta, aunque para mí lo sea.

Quique se encogió de hombros.

—Entonces desembucha, ¿de qué se trata?

—¿Por qué piensas que ocurre algo?

—No has ido a acompañarla y podías haberlo hecho perfectamente. Todo esto puede esperar hasta mañana, y lo sabes.

—Ella también podía haber insistido en querer pasar un poco más de tiempo conmigo, ¿no crees? —Quique frunció el ceño ante lo arrebatada de su respuesta—. A veces es como si no le importara una mierda. Yo estoy allí para todo, para calmar sus dudas, para invitarla a salir, para escucharla... Ha dado por hecho que, porque somos novios, ya no tiene nada que hacer.

—¿Te estás cansado?

—No se trata de eso. Me gusta y la quiero. —Se sentó en el mismo lugar donde había estado la mayor parte del día y lo miró—. Me hace reír y estoy muy a gusto con ella pero, para serte sincero, esperaba otra cosa. —Encogió los hombros—. No sabe lo que quiere. Un día dice que desea ser una bailarina famosa, y hoy se lo ha pensado mejor y se conforma con ser profesora de baile.

—Que, por cierto, te recuerdo que no tiene título.

—Sí, deberá sacárselo. Tengo que decírselo.

—¿Por qué ya no quiere ser bailarina?

—Te lo estoy diciendo, no sabe realmente lo que quiere. Y luego, para joderlo todo, tiene esas ideas absurdas sobre llegar impoluta hasta el altar.

Quique apretó los labios para impedir que la sonrisa se reflejara en ellos.

—¿Se lleva mal eso?

—Sí, sobre todo cuando me provoca. Es como un sí quiero, pero no puedo. Ayer se empeñó en que me probase un preservativo solo para ver cómo me sentaba.

Quique soltó una carcajada y, en seguida de cubrirse la boca con la mano, se recompuso.

—¿Lo hiciste?

—¡No jodas! ¡Cómo iba a hacerlo! Cuando me pongo uno de esos es para follar, si no ¿para qué? No iba a pasearme delante de ella como un modelo de ropa interior.

—Estaría bueno. Un modelo de condones.

—Estoy hablando en serio —advirtió Samuel.

—Lo siento. —Los ojos de Quique brillaban llenos de risa—. Es que me parece tan surrealista...

—¿Qué pasa si no quiero casarme por la iglesia? Ella lo da por hecho.

—Pues se lo dices. Lo que te sucede es que has sido siempre muy complaciente con ella y ahora estás viendo que eso te va a llevar a una vida aburrida. Vamos, que vas a ser un *calzonazos*.

—No quiero hacerle daño. Libertad es pura ternura, amabilidad... Se enteró de que mi padre y su madre habían estado enrollados, ahora de que su madre está en un sanatorio por culpa de las drogas, luego tiene una de sus amigas que está como un cencerro...

—¿La pelirroja?

Samuel sacudió la cabeza.

—No, la otra, la *youtuber*. ¿Te he dicho que poco antes de comenzar a salir con Libertad en serio habían estado viendo una película porno para aprender?

Quique carraspeó.

—¿Las tres? —Samuel asintió—. Pues van muy fuertes para haber salido de un casi convento.

—¡Porque no saben nada de la vida, tío! Si mi duende no hubiera ido a ese sitio, seguro que era de diferente manera. Igual a como yo la soñaba.

—¿Y ahora qué piensas hacer? ¿O vas a dejar las cosas como están y que sigan su ritmo?

Samuel aspiró hondo.

—Voy a dejar que sea ella la que esta vez luche por lo nuestro. Necesito que se dé cuenta de que en una relación de dos cuentan los dos. De modo que voy a pasar un poquito de ella. Dejaré que proponga cosas, y no solo que las proponga, si no que intente llevarlas a cabo. Y te voy a decir más, si esto continua así, voy a mandar a la mierda el celibato.

Capítulo 22

Crucé a zancadas el recibidor y abrí la puerta del salón. Dentro hacía calor. Para mí que la calefacción estaba puesta.

Paula se encontraba abriendo unos envoltorios y, en cuanto me vio, su boca pintada de un azul muy eléctrico se curvó en una sonrisa. Entrecerró sus ojos verdes cuando se clavaron en los míos.

—¿Qué tal la escuela? —preguntó, arrugando un papel con las manos.

—Bien —respondí marcando la palabra.

—¿Segura?

Miré la mesa que estaba repleta de toda clase de artículos.

—Muy segura. ¿Qué es todo eso? —Lancé la mochila sobre uno de los sillones.

—Cosas que nos han mandado para publicitar.

—Hoy Samuel no ha venido a acompañarme. Decía que estaba muy liado. —Estudié por encima unas chanclas rosas y un flotador de unicornio que estaba deshinchado—. Me parece superextraño que no haya venido. Creo que le pasa algo conmigo.

—¿Qué puede ser?

—No tengo ni idea. Puede que haya sido sobre una conversación que hemos mantenido esta mañana. Quiere que me vaya con él a vivir a su ático.

—¿Qué le has contestado?

—Todavía nada. Supongo que eso tendré que pensármelo, ¿no?

Paula estaba sentada en la postura de indio sobre el sillón. Bajó las piernas.

—¿Qué vas a hacer?

—Pues no lo sé, la verdad. Por un lado, me gustaría. Me encanta despertar con él, o como cuando hoy que me ha hecho el desayuno. Pero sé que al final, aparte de compartir su cama, querrá compartir lo otro. Ya sabes.

—A lo mejor se ha mosqueado porque no le has dicho nada.

—Quizá, porque también le sugerí que tal vez podría traerme a mi madre conmigo.

Ella sacudió la cabeza.

—No puedes hacer eso, Liber. Tu madre está enferma y debes aceptarlo.

—Ya lo sé. O puede que también se haya enojado conmigo un poco porque esta mañana me ha comentado que dentro de poco habrá un *casting* para bailarines y le he dicho que no estaba segura de presentarme.

Paula lanzó un juramento por lo bajo.

—Pero ¿por qué?

—En primer lugar, porque es pronto y creo que no pasaría la prueba. Y en segundo, porque todavía estoy adaptándome a esta nueva vida. Tengo trabajo. Tengo novio. Estáis vosotras. Pienso que debería esperar un poco para hacerlo.

Me miró un poco desilusionada, pero terminó asintiendo.

—Tienes razón, te están pasando las cosas muy deprisa.

—Por eso debo tomármelo todo con más calma. Sé que tengo varios frentes abiertos. Pero ahora mismo el que más me interesa es el que tengo con Samuel. No me gusta verlo tan frío conmigo.

—Yo es que ni me lo pensaría. ¿Sabes lo que te digo? Me iría a vivir con él.

—Lo suyo sería que antes me pidiese matrimonio por lo menos, pero de momento no va a hacerlo porque van a empezar las competiciones y va a estar bastante liado con ello.

—Bueno, pues ya sabes que Sara y yo estamos aquí para lo que necesites.

—Lo sé, y no sé qué haría sin vosotras.

—¿Por qué no me ayudas con estos paquetes? Esta noche podríamos publicitar alguno.

—Mientras no hagas que me ponga el flotador... —Aunque uno de esos me habría venido genial el fin de semana que estuvimos fuera Samuel y yo y en el que estuve a punto de ahogarme—. Voy a dejar la bolsa en mi cuarto, me pongo cómoda y vengo a ayudarte un poco, ¿vale?

—Hasta que llegues, voy a preparar un licor de piruleta que he aprendido a hacer en internet y está que se sale de bueno. Eso sí, tiene alcohol.

—De acuerdo. —Necesitaba un poco de alcohol en mi vida. Fui hacia mi habitación y me detuve en la puerta de Sara al escuchar ruidos que venían de dentro. Golpeé la puerta con los nudillos y enseguida escuché que decía que entrase—. Hola, ¿qué estás haciendo?

—Escribiendo un blog. He pensado que voy a hacer una especie de diario, ¿qué te parece?

—¿Un diario con las cosas que te pasen? —Ella asintió—. Se va a enterar todo el mundo de lo que haces, ¿no?

—No solamente hablaré de mí, hablaré de las tres, de lo que hacemos aquí en casa. Paula tiene mucha más historia que contar que yo. Bueno, hasta tú tienes más historias que contar. En realidad, contigo ya he perdido la cuenta. ¿Qué tal todo con Samuel?

Me encogí de hombros.

—Yo creo que bien. Solamente me mosquea un poquito que hoy no haya venido a acompañarme. También se lo podía haber pedido yo, pero es que me parecía una tontería tener que molestarle para eso. De aquí al gimnasio no hay mucho. No sé, pero.... le he notado un poco extraño. Hablamos luego en el salón, ¿vale? Le he dicho a Paula que iba a ayudarla a hacer algún directo o algo de eso

—Termino con esto enseguida. Cierro el ordenador y me voy con vosotras. Por cierto, Liber, ¿Tú ves mucho a Quique?

—Todos los días. ¿Por qué lo preguntas?

—No, por nada. Es que, cuando lo conocí, pues me pareció un chico muy amable, y como no he vuelto a saber nada de él, pues eso, para saber solamente.

—Es un tío muy majo. Oye, se me ocurre que podríamos hacer una cena aquí e invitar a Samuel, a Quique y también se lo podríamos decir a Hugo. O a Hugo no lo sé. Porque él y Paula, tela marinera. Son como el lobo y Caperucita, y acuérdate de que ganaba Caperucita.

—No congeniaron nada bien desde el principio. Yo lo conocí el día de la discoteca, pero no hablé mucho con él. Todo lo que sé es por lo que me ha contado Paula cuando vinieron a pintar la casa él y Samuel. Pero hay un refrán que dice que dos que se pelean. ¿Se atraen? ¿O era algo así? No. Los que se pelean se desean.

Alcé las cejas, divertida. No podía imaginarme a Paula con Hugo. Habría sido como ver abrazarse a Bambi y al cazador. Mis labios compusieron una mueca extraña y fui a mis aposentos a cambiarme. Mientras me ponía el pijama y las luces led —esta vez de color violeta — iluminaban el dormitorio, repasé la conversación que había sostenido esa mañana con mi príncipe —no podía seguir evitando llamarle así—. La parte esa que decía que él me enseñaría y que yo pondría los límites. No me convencía demasiado. ¿A qué límites se refería?

Comprendía que Samuel tuviera bastante trabajo esos días. Pero lo que no lograba entender era por qué me ignoraba. No lo hacía de una forma descarada, pero sí de un modo sutil. Y claro, no soy tonta y me había dado cuenta de ello.

Durante esa semana, aparte de dar sus clases, entrenaba como un poseso. Si alguien quería encontrarlo solo debía buscarlo en su aula haciendo ejercicio.

Una tarde en la que él se encontraba solo, entré y cerré la puerta detrás de mí. Me estaba cansando de la situación.

—Samuel, ¿estás bien? —le pregunté.

Él agarraba con las manos unas anillas que pendían del techo. Los músculos de sus brazos brillaban con perlas de sudor y parecía que iban a explotar. Se había quitado la chaqueta y llevaba el torso desnudo.

Me miró.

—Desde luego. —Intentó tranquilizarme con una sonrisa—. Quiero estar totalmente en forma para cuando llegue el día del campeonato.

—Pues a mí me tienes un poco preocupada.

—¿En serio?

—En serio, en sirio y en todos los idiomas que quieras, pero estoy preocupada.

Se desprendió de las anillas, se frotó las manos y soltó una carcajada a la que le faltó algo de humor.

—Te prometo que estoy bien, princesa.

Me acababa de dar una ducha en los vestuarios y llevaba el pelo húmedo recogido con una pinza, aunque había dejado mucho cabello suelto rodeando mi cara. Enrollé el dedo índice en un mechón y jugué con él un rato.

—Últimamente ya casi ni nos vemos ni hablamos.

—Es cierto.

Decía que era cierto y se quedaba tan pancho. ¿Era que ya no deseaba pasar tiempo conmigo? Tal vez se estaba cansando de mí, o pensaba que estar juntos solo le suponía un problema. Un problema con sus padres, un problema con la mía... Noté un escalofrío que en nada se parecía a los que solía sentir cuando él me tocaba. Este estaba cargado de miedo, de indecisión y duda.

—He pensado que podíamos cenar este sábado. Bueno, también con Paula y Sara, y que tú se lo digas a Quique y a tu amigo Hugo. Hacer algo en casa para salir un poco de la rutina. ¿Qué dices? ¿Te apuntas?

—Puede ser buena idea.

—Por lo menos tendrás una ocupación que te ayude a olvidarte un poco del gimnasio.

—Hablaré con ellos, pero yo no creo que pueda ir. Debo seguir entrenando.

Por un motivo llamado terror mi corazón empezó a latir, no más deprisa, sino con una fuerza desmesurada.

—Te echo de menos —susurré poniéndole ojitos y los morros como si fuera un cachorrillo de algo. Trataba de convencerlo como lo hacía con Sara y Paula. Con ellas funcionaba.

—Estoy aquí. —Se dio la vuelta hacia un banco, cogió una toalla negra y la pasó por su rostro retirando el sudor.

—Voy a tener que contratar algunas clases privadas para estar contigo —bromeé.

Samuel se acercó a mí con decisión. Alargó su mano y, por un

momento, pensé que iba a hacer como otras veces y tocar mi mejilla, o besarme en los labios, sin embargo, quitó la pinza que sujetaba mi pelo.

—Esto estaría prohibido, podrías clavártela en la cabeza al caer sobre el tatami. —La puso en la palma de mi mano y de nuevo se marchó a dejar la toalla en su sitio—. ¿Te vas ya a casa?

No sabía lo que hacer o decir, parecía querer que le dejase solo.

—Sí —dije finalmente—. Piénsate lo del sábado, me apetecería mucho que fueras.

Él asintió y otra vez se fue hacia las anillas.

Sin nada más que hacer allí me di la vuelta para salir.

—Libertad.

Volví la vista a él con rapidez.

—¿Tú has pensado en lo de venir a vivir conmigo? —Con suavidad sacudí la cabeza. Le había estado dando vueltas al tema, pero ante la actitud que estaba teniendo conmigo esos días, todavía no lo había decidido.

Le escuché decir:

—Ya me lo parecía.

Una parte de mí quiso acercarse a darle un beso de despedida. Samuel ya se había vuelto a colgar de las anillas y flexionaba los brazos alzando todo su cuerpo.

—Hasta mañana.

Sin saber si me había escuchado salí de la celda donde él se había encerrado solo y cerré la puerta. Recogí la bolsa de deporte que había dejado en el suelo.

En el camino hacia la salida me encontré con su primo, que cerraba con llave la oficina.

—Quique, ¿sabes si a Samuel le ocurre algo conmigo? —pregunté llegando a su lado.

Él me observó y sacudió la cabeza.

—No me ha comentado nada. Los días previos al campeonato suele estar muy concentrado. ¿Por qué lo preguntas?

—Por nada, cosas mías. —No iba a contarle mis preocupaciones.

—¿Necesitas que te acompañe a casa? —inquirió amable. Él vestía un pantalón de pinza y una camisa con un pequeño estampado cuyas mangas había doblado hasta los antebrazos.

—No, gracias. —Tenía la boca seca y rasposa debido a un repulsivo nudo que se había formado en mi garganta. El mismo que me impedía llorar, aunque lo estuviera deseando.

—Copito, ¿te ha dicho Samuel que debes sacarte el título para dar las clases de baile?

Fruncí el ceño.

—No. ¿Debo hacerlo?

Asintió.

—Estamos obligados a tenerlo.

Suspiré.

—De acuerdo. Por cierto, me dijo Samuel que tenías algo sobre un *casting* o algo así. ¿Te importaría dármelo para que lo eche un vistazo? O si quieres lo recojo mañana.

Él volvió a abrir la oficina.

—Toma, espera, te lo doy. Lo tengo a mano.

Capítulo 23

Perdí la cuenta de las veces que leí la información sobre el *casting*. Una anotación bastante importante era que pedía tener al menos un diploma como que había cursado danza. Nunca me habían dado ninguno en las academias a las que había ido, pero suponía que, llamándolos, tendrían todavía toda mi trayectoria. Habían sido muchos años los que había realizado baile, aunque en diferentes sitios. Ese mismo diploma también le servía a Quique para tenerme legalmente como profesora.

Sara me ayudó a buscar por internet las escuelas en las que había estado. De algunas casi no me acordaba.

—Deberían tener apuntado en algún lugar los sitios donde viví con mi madre.

—Tal vez lo tengan las monjas. ¿Has mirado en el informe que te dio el doctor del sanatorio?

Lo había hecho y, aunque había un montón de tecnicismos que me había costado entender, apenas decía nada. Cuando a ella le retiraron mi custodia, continuó llevando su vida de siempre sin mi compañía. No fue hasta años más tarde que la policía la detuvo vendiendo droga en un puerto del sur. Se había resistido a las autoridades y había golpeado a un agente con una barra de hierro en la cabeza. Cuando sucedió todo aquello estaba colocadísima y durante el juicio fue que

determinaron su enfermedad.

Nunca había intentado buscarme ni había hecho nada para poder recuperarme, y eso que al parecer le habían dado tiempo para que presentara alegaciones.

—Voy a hablar con ella.

Sara me miró asustada. Solía sentir miedo de todo. Tenía aracnofobia, belonefobia, brontofobia, claustrofobia y todo lo que acabara en fobia. Yo no podía entender cómo lo que más le gustaba escribir fueran relatos de suspense y terror.

—¿Con tu madre? —Afirmé con la cabeza—. No vayas a ir tu sola —advirtió.

—¿Quieres venir conmigo?

—Yo... —Indecisa, se humedeció los labios.

La interrumpí antes de que se buscara cualquier excusa.

—Podrías sacar mucha información de ese lugar. Tal vez hasta te vendría bien para el blog.

—¿Por qué no se lo dices a Samuel?

—Está muy ocupado. —Sara esperaba que le contase algo más, o bien que pusiera a parir a Samuel como llevaba haciendo esos días, o que hablase de él y de su comportamiento conmigo. Pero estaba cansada de hacerlo, más que los diecisiete años que tuvo Frodo[1] el anillo en su poder. Ya bastante tenía con pensar todo el tiempo en ese tema, como para continuar hablando de ello estando en casa—. ¿Vendrás?

Sara asintió, un poco desganada, pero lo hizo.

—Hablaré con el doctor para que me concierte una cita. Puede que vaya a conversar también con sor María.

En el teléfono del sanatorio me informaron sobre el horario de visitas. Mi madre las tenía restringidas pero, al parecer, el doctor, adelantándose a mí, había pedido permiso para que exclusivamente yo pudiera hacerlo. Sara no iba a poder entrar y tendría que esperar fuera o en el vestíbulo. Estaba segura de que me lo iba a gradecer.

Al atravesar la puerta de hierro del internado sentí de nuevo cierta nostalgia. Mirar los muros desde dentro, como había hecho tantas veces, no me resultó tan trágico. Sabía que estaba allí solo de visita y que las puertas se abrirían a una señal mía. La empalizada, eso decía yo cuando salíamos en nuestras horas de descanso y nos

sentábamos sobre los escalones que daban acceso directo a la cocina, a la que, por cierto, nunca nos habían permitido entrar —una de las hermanas nos tenía que advertir continuamente que nos quitáramos del medio del paso cuando quería vaciar un cubo de agua o tirar alguna bolsa al contenedor grande que estaba en el lateral, junto a la pared— porque decían que podíamos quemarnos o dejar caer algo sin querer.

En el vestíbulo respiré el aire pesado que llenaba todos los espacios. Fuera hacía tanto calor como allí dentro, y eso que las paredes eran gruesas y apenas había ventanas en ese lugar del edificio.

A esas horas estaban dando clases y no había nadie por allí. Me habría gustado ver a algunas de las chicas, pero no me hubieran dejado porque solo permitían alguna visita los fines de semana y no entre diario. Habría sido casualidad encontrarme con alguien que hubiera salido para ir al baño. Cosa que para mí mala suerte no sucedió.

Por un segundo deseé volver a ver mi antiguo cuarto. Estuve a punto de hacerlo y pensaba en ello a medida que subía las crujientes escaleras, sin embargo, al llegar arriba, la bruja de sor María me estaba esperando en el amplio rellano.

Nada más ver su hábito, lo llevaba flojo, plisado en el cuello y tan largo que le cubría los pies, sentí un fuerte estremecimiento.

—Libertad. —Llevó un brazo hacia atrás indicándome que entrase en su despacho. Había pensado que me iba a dar un abrazo como mínimo, pero me trataba como si no me conociera de nada y fuese una mera e incómoda invitada que venía a romper su descanso de la mañana—. ¿A qué se debe tu visita? Debo informarte lo mismo que a Sara la última vez que vino, una vez que salís del internado no somos responsables de nada que tú o tus amigas hayáis hecho.

—No he acudido a reclamar nada.

Sin pedir permiso me senté en la alta y dura silla de madera que se hallaba junto al escritorio. Lo hice más por costumbre. Siempre que me llamaban para reñirme o adjudicarme alguna tarea como castigo por algo que hubiera hecho me obligaban a sentarme allí.

Sor María paseó sus ojos sobre mí de arriba abajo, examinándome con cuidado. Parecía satisfecha de que vistiera una recatada camiseta de cuello redondo y pantalones largos y algo sueltos. Eso es porque no

había visto a Paula. Esa mañana me había sorprendido con un top de leopardo sin tirantes y un cinturón ancho de cuero negro y ajustado que llamaba minifalda.

La hermana se acomodó en su lugar habitual, desde el que tenía una perfecta visión de las personas que entraban al vestíbulo inferior por una pequeña y alargada ventana que se encontraba a la altura de su codo, en la parte izquierda de su costado.

—Ya me he enterado de que os va bien la independencia. Paula se está haciendo famosa con esas cosas que hace.

—¿Usted las ve?

—¡Desde luego que no! Ni lo hacía antes ni lo haré nunca. Lo sé porque oigo los comentarios de las chicas. Sé que una de vosotras, imagino que Paulita, para no variar, ha regalado varios teléfonos entre las muchachas.

—Espero que no se los haya quitado.

—Finjo que no lo sé. La hermana Carmen es quien las vigila para que tengan cuidado de que no hagan tonterías.

Sor Carmen era otra arpía, pero de todas las monjas era quien tenía más bondad con las muchachas. También dependía del día que llevara, pues en muchas ocasiones se había chivado de nosotras, aunque en otras, después de vernos suplicar y suplicar, que hasta nos poníamos de rodillas con las palmas de una mano pegada en la otra, había hecho la vista gorda otorgándonos su benevolencia.

—Sor María, he visto a mi madre.

—¿Cómo está? Nunca fue buena influencia para ti.

—La llevaron a un sanatorio.

—Sí, eso sí lo escuché.

—Entonces ¿lo sabía?

Entrelazó los dedos de una mano con los de la otra. Me ponía nerviosa que hiciera eso porque acostumbraba a hacerlo cuando se disponía a dar una charla que, de motivadora pretendía ser, hacía llorar.

—Una vez que os dejan aquí, tratan de mantenernos informadas. De tu madre no supimos nada en mucho tiempo hasta que ocurrió lo del incidente del puerto, que imagino que ya sabrás. Si vienes a preguntar si alguna vez vino a visitarte y nosotras no se lo permitimos, tengo que decirte que no, Libertad. Ella nunca vino.

Lo sabía, pero escucharlo de esa manera me rompía el corazón.

—En realidad quería saber si les dieron algo donde dijese en qué sitios he estado viviendo desde que nací.

Ella negó con la cabeza.

—No, solo tenemos la última dirección, que es cuando sucedió todo.

—Entonces ¿no sé puede saber en qué sitios he estudiado primaria y los dos cursos iniciales de secundaria?

Volvió a negar.

—Lo que tengo es el informe del término de tus estudios y los dos cursos de bachiller, que esos te los puedes llevar cuando quieras. No os lo dimos antes porque cuando salisteis aún no los teníamos aquí. Seguro que Sara y Paula también lo van a necesitar. —Se levantó para ir al archivador alto que había contra una pared, pero se detuvo antes de llegar—. ¡Espera, no! ¡Qué tonta soy! Sí que me sale tu trayectoria escolar. De hecho, hace poco comentaba con las hermanas lo avanzadas que están las tecnologías. —Entusiasmada, me mordí el labio inferior al tiempo que inclinaba mi cuerpo hacia la mesa—. Lo que no sé es si seré capaz de imprimirlo. Estos aparatos me dan una guerra tremenda.

Volvió a sentarse, esta vez abriendo un portátil. La luz de la pantalla se reflejó en su cara aportándole más aire de bruja del que tenía. Tan solo le faltaba la verruga de la nariz.

—Yo puedo hacerlo —me ofrecí.

Ella ni siquiera me miró. Por nada del mundo habría permitido que metiera las manos en sus cosas. Probablemente debí haberla obligado. Me tuvo más de una hora sentada frente a ella y lo único que le escuchaba decir eran cosas como: «Por el Niño Jesús, ¿qué tecla tenía que apretar?», «Me dice que abra otra ventana. ¡¿Qué ventana, por Dios Bendito?!», «¡Esto es una blasfemia!».

Mientras tanto, a mí me dio tiempo a revisarme las uñas, rascarme la cabeza, hacer y deshacer mi coleta varias veces, frotarme las manos y cuando ya estaba por el ir al baño, escuché que decía:

—Ya está. Espero haber puesto bien el papel en la impresora.

Se levantó de la silla y sacó los expedientes de mis amigas y el mío del archivador. Los puso sobre la mesa y, cuando terminó de salir la copia, la añadió en mi delgada carpeta de pastas marrones.

Incapaz de esperar más, lo cogí todo con ultravelocidad, lo mismo que un ladrón con diarrea, y salí corriendo de allí. Si no me daba prisa se me iba a hacer tarde para ir con Sara al otro sitio.

En realidad, ya no necesitaba hablar con mi madre sobre los lugares donde habíamos vivido porque en la copia lo ponía todo, pero ya que había concertado cita, deseaba visitarla, a ver si estaba más cabal que la última vez y podía contarme algo de su vida.

Solo cuando estuve en el taxi camino del sanatorio, envié un mensaje a Samuel para decirle que era posible que me retrasara un poco aquella tarde porque había salido fuera de la ciudad. A los pocos segundos de mandarlo, él me llamó por teléfono. Colgué directamente. No tenía que contarle todo lo que hacía, ni mucho menos algo que estuviera relacionado con mi madre. Me daba lo mismo si él veía mal o bien que fuera a visitarla. Es más, es que me tenía tan... enfadada que su opinión me importaba menos que una clase de física cuántica a un mosquito.

Capítulo 24

El doctor dijo que mi madre estaba teniendo un buen día. No tengo ni la más mínima idea de cómo el hombre había llegado a esa conclusión, porque en cuanto llegué, ella me pidió dinero. Pedir, por decirlo de un modo fino y amable; la verdad es que me lo exigió por todo el tiempo que había estado cuidando de mí. Decía que se lo debía.

Aunque hubiese deseado hacerlo, tampoco habría podido, ya que me habían obligado a dejar mis pertenencias en la entrada —le había entregado mi bolso a Sara—. Poco más y me hacen entrar sin bragas, incluso pasaron unos infrarrojos cerca de mi cuerpo para asegurarse de que no llevaba nada escondido.

—No lo suelen hacer con todas las visitas —había dicho una enfermera—. Solo con los que cumplen condena por algún delito.

Al darse cuenta mi madre de que no iba a darle nada, me llamó de todo menos bonita. Después, ya de un modo más sereno y tranquilo, impartió una clase ligera de dónde tenía que llevarle droga la próxima vez que fuese. Cualquier cosa le servía. El escondite ideal era aquel que tan solo Samuel, a parte de mí, claro, había logrado profanar con su mano.

Tras aquello, la despedida fue toda una odisea. Con los brazos extendidos hacia adelante y sus dedos curvados en forma de garras,

me hizo un placaje que nos llevó a las dos a rodar sobre el pavimento del patio. Ella sobre mí intentado apoderarse de mis ojos.

En realidad no llegué a pasar miedo. No tuve tiempo de pensar en nada. Me mordió en un brazo y arañó mi rostro igual que un gato. Tuve suerte de que unos cuidadores estaban cerca y lograron, a duras penas, eso sí, apartarla.

¡Menos mal que estaba teniendo un buen día! Si llegara a ser uno de los malos, salgo del sanatorio con los pies por delante.

—Será mejor que no vuelva a venir durante una temporada. —El doctor me hablaba preocupado mientras una enfermera desinfectaba el mordisco dentro de una sala de curas—. Su presencia la ha alterado bastante. Opino que debemos ir poco a poco. Al principio sería bueno llamarla por teléfono para que se acostumbre a hablar con usted.

—Yo creía que el tema de la droga lo tenía superado, pero ella es lo único que quiere.

—Desconocemos el modo en el que logró salir de aquí hace unas semanas, sin embargo, al hacerlo recayó de nuevo. Hace poco tiempo que la trajeron.

Cuadraba a la perfección con lo que había contado la señora de la pensión.

—¿Va a estar bien?

—Cuidaremos de ella, tranquila.

Los ojos de Sara, llenos de terror y sorpresa al ver que me acercaba por el pasillo como alma en pena, reflejaron el aspecto que en ese momento debía tener. Llevaba la camiseta arrugada y descosida junto al cuello y el pelo lo tenía lleno de nudos. No me había atrevido a mirarme en ningún espejo por miedo a encontrar un rostro ensangrentado lleno de imperfecciones. Me escocía la parte alta de la nariz y una mejilla.

Se puso en pie corriendo, santiguándose.

—¿Qué te ha pasado? —medio gritó.

—Estoy bien, no te preocupes. —Traté de tranquilizarla. Cogí el bolso que ella llevaba colgado del hombro y la chaqueta que continuaba doblada sobre una fría y dura silla de plástico—. Marchémonos ya.

—¿Dices que estas bien? ¿Tú te has visto? ¡Parece que vienes de la guerra! —Se había cubierto la boca con una mano—. ¿Esto es normal?

¿Será igual todas las veces que vengas a visitarla?

Caminábamos hacia la salida —corríamos—. Necesitaba alejarme de allí lo más deprisa posible mientras le contaba lo sucedido de una forma serena y pausada. ¡Como para no hacerlo, si llevaba el suficiente Valium en sangre como para dormir a un dragón!

—¿Qué le vas a contar a Samuel cuando te vea así?

Encogí los hombros con una mueca. Sentía que mi cuerpo no era mío. Todavía no había pensado en nada.

—Lo mismo ni se da cuenta —respondí.

Me había enviado varios mensajes después de haberle colgado y ni siquiera me había molestado en leerlos.

—Ha llamado a Paula varias veces porque no te localizaba, y ella a mí. No he tenido más remedio que decírselo.

Achiqué los ojos. Me detuve a mirarla.

—¿Por qué? Te dije que no le comentaras a nadie que veníamos aquí.

—Le he dicho a Paula que no se lo diga a Samuel. Pero ya sabes que ella es muy pesada y no dejaba de insistir.

De repente sentí mucha culpabilidad con mi príncipe, y también mucho egoísmo. Él estaba ahora centrado para lo competición que se aproximaba y yo, en vez de estar a su lado apoyándolo, lo dejaba colgado cuando se había portado tan bien conmigo. Además, ¡por las escamas de una fiera verde!, no podía ocultárselo.

De vuelta a casa me quedé dormida en el taxi. Recuerdo de un modo nebuloso que Sara me despertó a base de pellizcos y me ayudó a llegar al ascensor. Paula salió también a echarme una mano al llegar a la planta y, entre las dos, obligaron a mi maltrecho cuerpo a tomar asiento en el sofá. Poco a poco fui dejando que el sopor y el cansancio se apoderaran de mi persona y terminé recostada cuan larga era, con un mullido cojín bajo la cabeza. Esperaba que los efectos del tranquilizante para ogros desapareciesen antes de que comenzaran las clases. Me quedé dormida del todo.

Creí que había pasado mucho tiempo desde que había cerrado los ojos, aunque el sol entraba por la ventana, como todos los mediodías.

Despegué los párpados y vi a mis amigas en la encimera de la cocina, comiendo. No tenía ni idea de lo que habían cocinado, pero olía fenomenal. El ambiente estaba impregnado de especias.

Me incorporé del sofá y estiré los músculos. Había dormido bien, sin embargo, me dolía todo el cuerpo.

—Se ha despertado la malota —dijo Paula levantando los ojos unas breves milésimas hacia mí, antes de devolverlos de nuevo a su plato.

—No te lo tomes a risa.

—Llevas razón, con esas cosas no se bromea. Te dijeron que estaba enferma y tú has querido forzar la situación.

Caminé hacia ellas para ver qué estaban comiendo, había cuscús y guisado de carne.

—Solo quería hablar con ella. —Tomé la barra de pan y arranqué un cacho. Luego cogí un plato del escurridor que había sobre el fregadero y me senté con ellas—. Tiene muy buena pinta.

—De ti no se puede decir lo mismo.

Me toqué con suavidad las heridas de la cara y miré a Sara, que era la que estaba más cerca.

—¿Se me notan mucho?

Me observó atenta.

—Un poco. Era peor con el ojo morado.

Me serví un poco de todo lo que había.

—Paula, ¿le llegaste a decir a Samuel dónde estaba?

—No —respondió—, solo que te habías ido con Sara, pero insistió bastante.

—Qué gentil es. Siento que no me lo merezco.

—A veces yo creo que tampoco. —Paula soltó el cubierto y se limpió la boca con el dorso de la mano—. No para de preocuparse por ti desde que te conoce, te ofrece un trabajo, te ayuda a buscar a tu madre... En fin, se nota que te quiere un montón, y tú todavía sigues haciéndote la estrecha porque desconfías de él.

Me jorobó que dijera eso y me defendí.

—¡Yo no desconfío de él!

—Pues lo parece.

Miré a Sara, esperaba que ella estuviera de mi parte. Sin embargo, asintió con la cabeza.

—Paula tiene razón.

Estaba extrañada, ya que ella era la más puritana de todas. Continué defendiéndome.

—Casi no me ha hablado nada esta semana y ha estado ignorándome todo el tiempo.

Paula se levantó y comenzó a recoger su parte de la mesa.

—¿No has pensado que también tiene cosas que hacer?

—Por eso le dejo su espacio.

—Puede que no sea eso lo que quiere, y tal vez tampoco sea cuestión de que te acuestes con él o no, sino de que estés a su lado.

—¿Quieres decir que me quede como una tonta viendo cómo hace sus ejercicios?

—Puedes aprovechar y hacer tú los tuyos, demostrar que te interesa lo que hace, por lo menos.

Paula hablaba como si a mí solo me importara yo misma, y no era así, él me importaba mucho.

—Lo que ella quiere decir —Sara carraspeó— es que las princesas de ahora no esperan a que sea el príncipe el que se declare o el que cuide de ellas. Mira Mulán, por ejemplo, se hizo guerrera en un ejército de hombres.

—O Mérida, que te encanta —dijo Paula.

Le había dicho muchas veces que ella se le parecía, y lo recordaba bien. Pero tenían razón. También estaba Ana, de *Frozen*, que era una tía muy fuerte, y su hermana Elsa. Hasta Fiona, la ogra de *Shrek*.

—Rapunzel también era de armas tomar —añadió Sara.

Suspiré y les di la razón porque, en el fondo, la tenían. Comparadas con esas princesas, yo era una sosa.

Me centré en la comida porque no tenía ninguna excusa aceptable para llevarles la contraria. Sentí los ojos clavados de las dos sobre mí acusándome y no pude soportarlo.

—Vale, le diré que me voy a vivir con él.

—Y le pedirás matrimonio —ordenó Sara muy seria.

—¿Yo? —Ambas asintieron—. Me muero de la vergüenza.

Paula soltó una carcajada llena de ironía.

—No te dio tanta cuando le pediste que se pusiera un preservativo delante de ti.

Los ojos de Sara se agrandaron tanto que corrían peligro de escapar de sus órbitas. Ella no sabía nada porque no se lo había contado.

—¿Se lo pediste?

Me puse colorada como un tomate.

—Tenía curiosidad. —Unté el pan en la salsa de la carne—. Pero él no quiso.

Sara estalló.

—¡Normal! Samuel también tiene su orgullo, a veces tienes unas cosas más extrañas...

Mis labios formaron un puchero, me estaban regañando y, después de la mañana que había pasado, no me lo merecía.

Capítulo 25

Salí de casa con la hora pegada al culo. No me gustaba ir tan justa de tiempo, ya que era dada a estresarme, pero me apresuraba porque no deseaba que los alumnos me tuvieran que esperar. Las prisas nunca eran buenas.

Hice el trayecto unos ratos andando y otros corriendo. La gente con la que me cruzaba me miraba con intriga, tal vez pensando que me perseguía alguien.

Cuando vi la fachada del Santuario di el último acelerón y, como la puerta estaba abierta, entré sin mirar.

Mi ojo izquierdo se percató de que había varias personas conversando, pero yo seguí a lo mío. Podía ser un padre que había ido a recoger a su hijo o a dejarlo, o quizá un par de clientes que se saludaban antes de hacer sus ejercicios.

Alguien me sujetó el brazo y detuvo mi marcha. Entretenerme era lo último que necesitaba. Me di la vuelta para disculparme y vi que se trataba de Samuel. Él se quedó sin palabras mientras me miraba la cara. Frunció el ceño.

—¡Libertad! ¿Qué ha ocurrido? —Se había cambiado para las clases y llevaba el traje de kárate.

—He ido a visitar a mi madre. Es una historia un poco larga, si quieres luego te la cuento.

—¿Tú estás bien? —preguntó preocupado.

—Más nerviosa que una cucaracha en un gallinero, pero bien.

Su ceño se hizo más pronunciado y me di cuenta de que no era momento para bromas. Si no me lo tomaba así era capaz de ponerme a llorar en medio de todo el mundo. Sin embargo, la mirada de Samuel no parecía admitir replicas.

—Mi madre me ha atacado —le dije al final—. Ha sido horrible. No tenía que haber ido.

—Vamos a la oficina y me lo cuentas. —Todavía seguía sujetando mi brazo.

—Voy a llegar tarde.

—No pasa nada. Les diré que vayan calentando, mientras, pasa y acomódate. Quique ha salido para hacer unas cosas.

Le obedecí sin rechistar. Después de todo él era mi jefe.

Entré en la salita, dejé la bolsa en el suelo y me senté en el sofá que había. Las pulsaciones del corazón comenzaron a bajar de intensidad.

Samuel no tardó mucho en llegar. Cogió una silla y la colocó frente a mí. Comenzó a estudiarme el rostro y, sin poder resistirme a su cercanía, le di un beso en la boca.

Lo tomé por sorpresa, pues él volvió a acercar su cara a la mía y me devolvió el beso en una caricia lenta.

—Lo siento —susurró contra mis labios transfiriéndome su aliento.

Lo abracé porque había perdido la voz en el fondo de mi garganta y no quería salir de allí. Posé mi mejilla en la suya y cerré los ojos con fuerza.

—Creí que iba a ser diferente de como ha ocurrido. Ella me odia.

Samuel echó la cabeza hacia atrás y me agarró el mentón con suavidad. Me perdí en sus ojos verdeazulados.

—Me extraña que te odie.

Moví la cabeza afirmativamente.

—Me echó en cara muchas cosas, me insultó, trató de pegarme... Si eso no es odio, que venga Dios y lo vea.

—¿No te dijo el doctor por qué se comportaba así?

—Es por el tema de las drogas.

Samuel me acarició la barbilla y después pasó la yema de un dedo sobre los arañazos de mi nariz y mejilla.

—Eso no significa que te odie. Tenías que haberme dicho que te acompañase.

—No hubieras podido entrar. Sara se tuvo que quedar en la sala de espera del vestíbulo, y mejor, casi le da algo cuando me vio aparecer. —Le mostré el brazo. La enfermera me había puesto una gasa prendida con esparadrapo—. Mi madre llegó a tirarme al suelo. Menos mal que la pudieron sujetar a tiempo.

Samuel ladeó la cabeza, apenado. Apoyó las manos sobre sus piernas entreabiertas.

—¿No pudiste hablar con ella entonces?

Negué.

—Nada coherente. No cesaba de pedirme dinero y droga. Me ha dicho que la próxima vez que vaya a verla me la meta... ahí. —Samuel soltó aire por la boca—. El doctor dice que lo mejor es que no vaya y que la llame por teléfono.

—Dadas las circunstancias, es lo más sensato.

—Esperaba que ella me contase cosas. Cómo le había ido después de dejarme, o algo de cuándo comenzó con todo eso de su chulo, pero ni siquiera me ha dado la oportunidad de nada.

—Cuando se le pasen las ansias de meterse algo, hablará contigo. Estoy seguro.

—También fui a ver a sor María. —Me estaba tranquilizando mucho hablar con él—. Manifestó que mi madre nunca trató de ir a verme. Ha podido darme la trayectoria de los lugares en los que he cursado mis estudios, solo me falta hablar con las academias de baile para que me den el comprobante y puedan expedirme un diploma que me serviría igual que el título que me pide Quique.

Samuel se echó atrás en la silla y cruzó los brazos.

—Te ha cundido bien el día.

—¿Tú qué has hecho?

—¿Aparte de llamarte por teléfono y enviarte varios mensajes?

Suspiré.

—Lo siento. Tenía que haberte dicho algo.

—No te preocupes. He estado arreglando una de las máquinas que se ha estropeado esta mañana y entrenándome.

—Samuel. —Acerqué mi cuerpo hacia él sin llegar a despegar el culo del sofá—. Tengo que decirte algo sobre lo que hablamos el otro

día.

—¿De qué se trata?

Estaba a punto de decírselo cuando se abrió la puerta y entró Quique con una carpeta en una mano y un café en la otra.

—Perdón —se disculpó él—. No sabía que estabais aquí. ¿No tenéis clase hoy?

—Sí —asintió Samuel—. Teníamos que hablar de unas cosas.

—Yo me puedo marchar...

—No. Nos vamos nosotros, ¿verdad, princesa?

—Sí. Deben estar esperándome y aún me tengo que cambiar y todo. —Me puse en pie y en ese momento Quique me vio la cara.

—¿Qué te ha pasado, Copito? ¿No me digas que te has vuelto a pelear con algún otro objeto de decoración?

—Un accidente —respondí cogiendo mi bolsa. Observé su café—. Espero que esta vez lo hayas endulzado con azúcar como todo el mundo.

Quique hizo una mueca que venía a decir que no iba a desvelarme su secreto.

Samuel se incorporó y colocó la silla en su sitio. Pasó al lado de su primo y me cogió de la mano entrelazando mis dedos con los suyos. Abrió la puerta y me hizo salir primero.

—Luego hablamos.

—Samuel, ¿hoy también tienes que entrenar? —le pregunté.

—Me gustaría, pero si tienes otros planes...

—No. Lo decía para aprovechar tu sala y, mientras haces lo tuyo, yo practico algunos pasos. He decidido que voy a presentarme a ese *casting*, aunque estoy convencida de que todavía no estoy muy preparada.

Rodeó mi cuello con un brazo que cruzó sobre la garganta como si se tratara de una bufanda, y me besó en la cabeza.

—Me parece una idea estupenda.

—Después podemos cenar juntos, si te apetece.

—Me apetece. —Me soltó para subir las escaleras y, al llegar al baño, me dedicó una sonrisa de infarto antes de irse a su aula.

Durante unos segundos me quedé con los ojos fijos por donde él había desaparecido. No le había dicho que me iba a vivir con él. Se lo diría durante la cena.

***

—¿Se puede?

Llamé a la puerta y enseguida asomé la cabeza para comprobar que Samuel estaba allí. Lo vi frente al espejo que cubría una de las paredes, subiendo unas pesas. Los clientes y los alumnos se habían marchado y él se había quitado la chaqueta.

—Hola, cariño.

Me miró a través del espejo y, en cuanto pudo soltar las pesas, las dejó en el suelo.

Cerré la puerta detrás de mí. Ese día yo tampoco me había cambiado y usaba el mallot negro, las medias del mismo color y continuaba llevando el moño alto y ajustado.

Lancé la bolsa al suelo y corrí hacia él. De un saltó me instalé entre sus brazos con las piernas rodeando su cadera. Lo besé. Le había echado mucho de menos esos días y se notaba.

El beso fue bastante largo, lengua luchando contra lengua, jugando con ella, acariciándola, y mientras tanto Samuel seguía soportando mi peso, me sostenía el trasero con las manos, como si no le costase ningún esfuerzo.

La puerta se abrió sin previo aviso.

—Samuel... —Quique nos miró dejando los ojos en blanco—. ¡Vaya, parece que vuelvo a interrumpir!

Solté una risa disimulada y Samuel me bajó al suelo.

—Tranquilo, ¿qué querías?

—He mandado los documentos a la federación. Entre mañana y pasado nos confirman que estamos dados de alta. Si recibes algún correo, que sepas que se trata de eso.

Ellos continuaron charlando un poco más sobre el tema y yo mientras fui buscando un sitio libre frente al espejo al tiempo que colocaba el altavoz pequeño móvil que usaba en casa.

Se me iba a hacer superextraño bailar delante de Samuel. Esperaba que él se centrara en sus ejercicios y no me prestara mucha atención, aunque sabía de antemano que eso no iba a ser así.

—Voy a comenzar por el ballet —advertí nada más irse Quique—. Espero que no te moleste la música. Si es así, me lo dices.

—Dudo mucho que puedas practicar sin música.

—No lo dudes tanto.

Levanté la pierna derecha por delante hasta sobrepasar mi cabeza. Agarré el tobillo con una mano y le sonreí con presunción. Samuel me devolvió la sonrisa y se pasó los dedos por la cabeza peinando el cabello hacia atrás.

—Chula.

Es verdad, soy una chula y una presumida.

Él se dirigió otra vez a sus pesas y yo conecté *Adagio en G menor*, de Albinoni. Para mí, una de las músicas más hermosas del mundo, también de las más tristes. Pero a veces la belleza y la tristeza se sienten obligadas a ir de la mano.

Aspiré hondo y me dejé arrastrar por los acordes.

***

Samuel no podía apartar los ojos de ella. Había sido comenzar la música y Libertad empezó a dar sus primeros pasos con cierta indecisión, pero cuando las notas crecieron, ella creció con ellas balanceándose con elegancia, fundiéndose con el aire, con el suelo, con los espejos, con el espacio. Y su rostro... Samuel se quedó impresionado. Nunca había visto tantas emociones, la fuerza y la sensibilidad que trasmitía.

Se alejó unos pasos hasta apoyar el hombro contra la pared. A Quique se le había olvidado algo, y llamando con suavidad, aunque nadie lo escuchó, se atrevió a meter primero la cabeza para terminar del mismo modo que Samuel, observándola ensimismado. Sin atreverse siquiera a respirar.

Ella parecía llorar, languidecer y aflorar con las notas altas para ejecutarlas casi furiosa. Expresando una indecente infinidad de sentimientos. Podía hacerse muy grande y convertirse en un ser pequeño y diminuto. Podía volar. Podía ser libre. Terminó con la cabeza alta, los ojos cerrados y una sonrisa resplandeciente en su boca.

Samuel y él aplaudieron extasiados, fascinados con lo que acababan de ver. En ese momento él estuvo seguro de que Libertad

pasaría cualquier prueba que se propusiera.

Capítulo 26

Samuel abrió el maletero del coche y guardamos las mochilas, después ocupamos nuestros asientos. Arrancó el motor y me miró:

—¿Dónde vamos a cenar?

—Es sorpresa —respondí al tiempo que introducía en el navegador la dirección del restaurante que me había recomendado Paula. El local era nuevo y los dueños se habían puesto en contacto con mi amiga para que lo publicitara en sus redes. Me iba a tocar hacer algunas fotografías antes de marcharnos, pero la cena nos iba a salir más barata—. Sigue las voces.

Samuel obedeció y puso el coche en movimiento. Durante el camino hablamos un poco sobre mi baile. Decía que era muy buena y que le había sorprendido, al igual que a Quique, pero yo tenía mis dudas y debía ensayar más, porque en esos *castings* solían pedir bastante nivel.

Entramos en una amplia avenida de escasos edificios y aparcamos el coche en el estacionamiento. La fachada del restaurante era de un blanco níveo y, en lo más alto, lucía un cartel negro donde se podía leer el nombre de Alexandre.

—¿Lo conoces? —le pregunté a Samuel.

—Lo he visto varias veces al pasar, pero nunca he estado.

Nos cogimos de las manos y cruzamos por una terraza exterior

cuyo suelo estaba formado por césped artificial. Había unas cuantas mesas y solo una de ellas se hallaba ocupada.

Impresionaba ver otra terraza cubierta a través de unas enormes cristaleras. El sitio era hermoso. Me recordaba a la noche que Samuel y yo nos habíamos vuelto a ver en la discoteca.

Pasamos al interior. Una cafetería elegante con un largo y brillante mostrador de madera. Un camarero se acercó para atendernos.

—Tengo reserva a nombre de mi amiga Paula. —Ella me había dicho que dijera eso, y el camarero pareció volverse mucho más servicial y amable (que no digo que no lo fuera también antes) y nos hizo pasar a un salón.

Pocas mesas se encontraban ocupadas y podíamos haber elegido sitio, sin embargo, el hombre nos llevó directamente a una que estaba junto a unos maceteros alargados.

La decoración era original. Del techo pendían enredaderas y las paredes se encontraban repletas de plantas artificiales que resplandecían bajo una bonita iluminación. Parecía un trocito de selva amazónica que se había colado en la gran ciudad, aunque me habría gustado más si toda aquella vegetación hubiera sido natural.

Samuel apartó la silla para me sentara y él se acomodó enfrente. Miramos durante un rato el menú y decidimos compartir algunos platos para probar de todo un poco. Lo que más abundaba era la carne, ya que era un asador.

—Esta tarde en la oficina ibas a contarme algo antes de que mi primo nos interrumpiese.

Asentí. No lo había olvidado, por eso estaba tan nerviosa. Carraspeé aclarándome la garganta.

—¿Todavía sigue en pie lo de invitarme a vivir a tu apartamento? —Él me observaba fijamente y afirmó con la cabeza—. Sí que quiero hacerlo —solté de sopetón.

Aliviada, respiré. Ya no podía echarme atrás.

Dejé a Samuel sin palabras. Parecía confuso, un poco con miedo, pero sus ojos brillaban dichosos. De repente sonrió y, por encima de la mesa, cogió mi mano.

—¿De verdad?

—Sé que este mes está el campeonato. —Y seguidamente el

dichoso *casting* del que no deseaba hablar en ese momento—, ¿Te parece si voy preparando todo poco a poco —no tenía mucho que recoger de casa— y en cuanto acabe el torneo me mudo?

—Lo estoy deseando. Se me va a hacer duro hasta que llegue ese día.

—A cambio debo pedirte algo. —Todavía no iba a proponerle matrimonio.

Él arqueó las cejas.

—¿De qué se trata?

—Necesito que el día de mi prueba vengas a acompañarme. —Al final tenía que hablar del tema—. Yo sola no soy capaz de hacerlo. No creo ni siquiera que entre por la puerta si tú no estás conmigo.

—No me lo perdería por nada del mundo.

—¿De verdad? ¿Lo prometes, Samuel?

—Tendría que estar muriéndome para no ir contigo. Te juro por lo más sagrado que ese día estaré a tu lado. Vas a dejar a todos con la boca abierta.

Decía eso porque me quería mucho. Ojalá yo tuviera su misma confianza.

***

Los días siguientes las cosas entre Samuel y yo marcharon mejor que nunca. Yo le vi entrenar y a veces hasta dejaba que me usara como rival. Era muy cuidadoso y no me hacía daño a pesar de que mi cuerpo estuvo más tiempo tendido sobre el tatami que en su manera habitual de verticalidad.

Era divertido y aprendí algunas llaves, todas pocas efectivas contra él. No había ni un mago que lo hiciera caer al suelo. Lo intenté muchas veces, pero siempre estaba preparado. Era como si pudiera leer mi mente y adivinase todos mis movimientos.

Una tarde noche él estaba en las anillas terminando sus últimos ejercicios. Yo me había duchado y me disponía a guardar el altavoz en mi bolsa de deporte cuando sentí su presencia muy cerca de mí. Me volví extrañada, alzando las cejas.

—Prométeme que no me vas a dejar nunca —susurró desabrochando uno a uno, despacio, los botones de mi camisa—. Aun cuando seas famosa.

Tanto la respiración como el pulso se me aceleraron. No había nadie más que nosotros en el Santuario.

Tragué nerviosa. Tenía muy claro que él era mi prioridad y que si hacía las pruebas de acceso era para no defraudarle, ni defraudar a mis amigas. Adoraba el baile, pero me gustaba la vida que me estaba creando. Había cogido bastante confianza con mis alumnos.

—Jamás lo haré. —Tendría que perder la razón para ello y, aun así, tampoco lo haría.

Pude ver que sus ojos estaban llenos de fuego y fui incapaz de apartar la vista de ellos. Me tenían atrapada. Era como un pez en una red incapaz de encontrar una salida.

Samuel recorrió con la mano mi cara, la barbilla, y la dejó, suave, en mi garganta. La otra terminó de abrirme la camisa y pasó la yema de los dedos sobre mi clavícula y el nacimiento de los pechos.

—No veo el momento de que termine el campeonato.

Introdujo la mano bajo mi sostén y tomó mi pecho con su palma. Enseguida mi cuerpo reaccionó. Samuel deslizó la mirada hacia el lugar donde sus dedos frotaban con delicadeza. Me eché a temblar. No sabía qué le pasaba, pero me miraba como si quisiera devorarme. Capturó mi boca en un beso abrumador y deslizó mi camisa hacia atrás. Me sentí totalmente expuesta y empezó a invadirme un calor profundo y asfixiante.

Samuel abandonó mi boca e, inclinándose, dio varios lametazos a uno de mis hombros desnudos, todavía sujetando con firmeza mi pecho. Tenía la sensación de que la sangre que corría por mis venas iba a prender en llamas de un momento a otro.

Me observó serio, concentrado, estudiando todas mis reacciones. Al llevar yo el cabello suelto lo retiró todo hacia un lado y sus labios volvieron a rozar mi hombro al tiempo que deslizaba el tirante del sujetador sobre él.

Me moría de calor. Tenía la piel inflamada y de lo más sensible. Lo reconozco, estaba muy excitada, o como dice Samuel, cachonda perdida. Sabía que nadie nos iba a sorprender allí, sin embargo, sentí morbo y permití que la camisa bajara por los brazos y cayera sobre el

suelo.

—Necesito verte —dijo él junto a mi oído.

Cuando me quise dar cuenta, estaba desnuda de cintura hacia arriba. Ahogué una exclamación al coger Samuel mis pechos sin dejar de mirarme a los ojos. Mi corazón estaba a punto de estallar como una bomba de relojería.

No me atrevía a hablar. De hecho, creo que no estaba respirando. La magia de su mirada me hipnotizaba. ¿Por qué no podía salir del trance?

Yo también quise tocarle. Necesitaba sentir el calor de su torso chocando en el mío, pero no dejó que me moviera. ¡Era una locura! ¡Me estaba abrasando!

Bajó la cabeza por el valle de mis senos y besó los dos, primero uno y luego otro, jugando con ellos. Entonces noté que una de sus manos luchaba con el botón de mi pantalón. Iba a desmayarme si lograba introducirla bajo la prenda. Pero no lo hice y solté un gemido al sentir sus dedos.

Me deshice en un suspiro cuando Samuel se arrodilló y su lengua me acarició el ombligo al mismo tiempo que me bajaba los pantalones, arrastrando con ellos la ropa interior. No estaba segura de que las piernas fueran a sostenerme.

Incapaz de decirle que parara, porque no quería que lo hiciera y además me gustaba mucho, me agarré a su cabeza y hundí los dedos en su cabello. Si en ese momento él me hubiera pedido todo, yo le habría dado todo.

Me quedé paralizada como una de las estatuas que adornaban los jardines, aunque a una señal suya le ayudé a sacarme la ropa quedando desnuda por completo. Temblando como una hoja movida por el viento en la rama de un árbol.

Todos mis pensamientos se esfumaron al sentir que su boca atrapaba el lugar en donde mi madre deseaba que le escondiese la droga.

—Samuel —susurré.

Él levantó la mirada hacia mis ojos y, sin despegar los labios de mi piel, contestó:

—Te dije que tú pondrías los límites.

Mi corazón saltó disparado. No podía diferenciar qué frontera es

la que tenía que marcar. Me negaba a poner ningún límite en ese momento. No quería que se detuviera.

Mi cuerpo no lo soportó más y explotó como un volcán en erupción. Era posible que incluso llegara a gritar, no estoy segura del todo.

Samuel se distanció unos centímetros con una sonrisa satisfecha pintada en los labios.

—Ahora me toca a mí.

¿De dónde me había nacido esa frase?

Ni idea. Solo era consciente de que la nuez en la garganta de Samuel se quedaba en tensión.

Lo había saboreado en la oscuridad de un dormitorio. Aquel lugar no lo era. Los fluorescentes brillaban con fuerza.

—No tienes que hacerlo —dijo él.

Me aplasté contra su pecho y mis dientes dieron pequeños mordiscos en su barbilla.

—¿Estos son tus límites o los mío? —pregunté sensual. Seguía estando en *shock* y se notaba.

—Los tuyos.

Recorrí con la lengua y las manos los músculos de sus pectorales haciendo el mismo camino que él había hecho conmigo.

No podía arrodillarme porque no llegaba bien a él, pero era flexible y no lo necesitaba.

Samuel gimió cuando mis labios lo apresaron y lo mantuvieron cautivo. Sentí curiosidad por ver su rostro y sus gestos y levanté la vista sin dejar de torturarlo, presionando cada vez más fuerte.

Su boca entreabierta expulsaba el aire con prisa. Tuvo una convulsión y, ayudándose de la mano se echó hacia un lado con jadeos entrecortados. Se arrodilló y lo imité. Vi que sonreía —creo que un poco conmocionado— y de nuevo me comió la boca como si la vida le fuera en ello. No me molestó que me impidiera respirar ni que hundiera los dedos de su mano en mi nuca para intensificar el beso.

Me pregunté: «¿Seré capaz de ponerle límites?».

Capítulo 27

—¿Qué tal estoy?

Miré a Sara. Una pelirroja despampanante. Era posible que ella llevara razón y tuviera unos kilillos de más, pero debo admitir que se hallaban muy bien repartidos. Las curvas estaban donde debían y cuando se vestía con ropa entallada provocaba envidia de la buena.

—¡Guapísima!

Además se había maquillado y los rabillos de los ojos le quedaban espectaculares.

—¿En serio? ¿No estoy demasiado elegante para la cena?

Un poco sí lo estaba, pero eso tenía fácil solución.

—Te encuentro tan estupenda que me voy a cambiar de ropa.

Entré en mis aposentos y lo inundé de color azul. Después miré en el armario y elegí un vestido rojo y largo de los que me gustaban.

Todavía faltaba un poco para que Samuel, Quique y Hugo —además de Julián, el amigo de Quique que se había apuntado para no quedarse solo— llegaran a casa.

Esperaba y deseaba que les gustase la cena, ya que la había hecho yo. Se trataba de costillas de cerdo con un adobo especial inventado por mí —me había liado a echar especias como si no costaran— y patatas fritas. Todo ello elaborado en el caldero mágico de una *air fryer*. Vamos, lo que viene siendo una freidora de aire pero que, en

inglés, el nombre queda más chulo.

Mis amigas y yo teníamos ganas de inaugurar nuestro comedor —el mío por poco tiempo ya—, invitando a alguien, e incluso Paula, que no quería ver a Hugo ni en pintura, parecía que estaba entusiasmada.

Yo deseaba haber sacado mis luces led para colgarlas por las paredes, pero ellas no me habían dejado. Era imposible romper la norma de que cada una hacía lo que le daba la gana en su dormitorio, pero no en los sitios comunes. De modo que, aparte de muy limpia —esa mañana nos habíamos dado la paliza—, no había ni un solo adorno que alegrara la estancia.

Me eché perfume tras las orejas y regresé al salón. Paula estaba ensayando poses frente a la cámara del móvil. Había dicho que me iba a acompañar al polideportivo para grabar a Samuel y a los alumnos el día del campeonato y subirlo a la red.

Sara se hallaba retocando de nuevo la mesa —no sabía cuántas veces había colocado los cubiertos.

—¿Quieres que te traiga una regla para ver que están perfectamente alineados?

Me observó con sorna y una sonrisa que no pudo disimular.

—No, gracias. No la necesito.

—Tal vez deberíamos haber comprado un centro de mesa. —Con la vista di un repaso rápido al salón. Quizá todavía había algo que pudiera utilizar—. Paula, ¿no tienes nada que podamos usar?

Ella seguía poniendo morros a la cámara.

—Crucifijos, estacas, flotador de unicornio... —El flotador era demasiado grande, si no, metiéndole unas naranjas en el centro habría podido quedar bien—. Me han mandado una lámpara de techo que parece una ensaladera.

—¿De qué color es? ¿Dónde la tienes? Puedo aliñar unos tomates y, al tiempo que adorna, se pueden comer.

—Liber, es una lámpara —repitió —. Tiene la abertura de abajo para que la bombilla dé luz y un agujero en el extremo opuesto para colocar el mecanismo que enchancha al techo. He dicho que parece una ensaladera, no que lo sea.

Volví a mirar al centro de la mesa y lo vi muy desangelado.

—Lo tengo.

Volé a mi dormitorio y regresé con dos cintas de espumillón

doradas. Las coloqué en el medio de la mesa en forma de nido y metí una naranja. Esta última era para darle color y alegría.

—¡Ten cuidado! —se quejó Sara, quitando briznas de espumillón que habían caído sobre los platos.

Llamaron a la puerta. Los chicos ya estaban aquí.

Pellizqué mis mejillas, humedecí los labios con la lengua y, con una sonrisa de oreja a oreja, me dispuse a abrir la puerta, porque Paula decía que debía ser yo quien lo hiciera. La idea de la cena había sido mía.

No eran nuestros invitados, se trataba del vecino de arriba, que decía que se le habían caído las bragas de su mujer sobre nuestro tendedero. Le dije que esperase allí y fui a buscarlas. Era un tanga de leopardo con cintas moradas.

Lo sujeté con dos dedos; aunque imaginé que estaba limpio, la cuerda estrecha había estado en contacto con el culo de una desconocida, y no era agradable.

—¿Son estas las bragas? —Las agité delante de sus narices.

La puerta del ascensor se abrió y Samuel, al salir primero, frunció el ceño al ver que le estaba dando un tanga a un hombre.

Hay que reconocer que la escena era un poco extraña.

Mi vecino me las arrancó de los dedos y me dio las gracias. Aunque Samuel no lo preguntó, respondí:

—Su mujer, que ha perdido las bragas.

El tipo estaba subiendo las escaleras, me escuchó y se detuvo.

—No las ha perdido, se han caído al tenderlas.

—Eso —afirmé. Sonreí a los recién llegados—. Bienvenidos a nuestra humilde morada.

Quique y Julián fueron los primeros en saludarme y me entregaron una botella de vino blanco. Luego lo hizo Hugo, que también traía vino —él, rosado—. Me quedé con ganas de preguntarles si había oferta en el súper. Era una broma pésima y les podía ofender, por eso no dije nada.

Samuel se había quedado el último para saludarme. Estaba guapísimo. Llevaba una camisa de seda en color melocotón y me encantaba el contraste que hacía con su cara y sus ojos.

Él me rodeó la cintura con las dos manos. Nos separaban las botellas de vino que llevaba contra el pecho. Daba la sensación de que

no nos habíamos visto en meses. Sin embargo, esa misma mañana habíamos estado juntos dando una vuelta por el mercadillo. Eso sí, habíamos sudado como pollos en un horno, pues el sol había empezado a pegar con fuerza.

—¿Qué tal la cena? —preguntó con los labios pegados en los míos.

—Creo que muy bien, ahora me cuentas qué te parece.

Nos besamos y él agarró las botellas.

—Iba a traer más vino —me dijo—, pero me pareció una tontería.

Llevaba razón, habría sido excesivo.

Pasamos al salón y él dejó las botellas sobre la isla de la cocina. Sara, que parecía que estaba más nerviosa que antes, le saludó y las metió en la nevera. Los hombres habían visto mi centro de mesa y ninguno había dicho nada, excepto Samuel.

—Es original.

—Para unas Navidades —añadió Paula, que se mantenía alejada de Hugo en todo momento.

Yo le había dicho a Alexa —otro regalo que le habían hecho a Paula— que nos pusiera música de restaurante elegante. Era relajante y tranquila, aunque más aburrida que un vibrador sin pilas —esta expresión se la había robado a Paula.

La sala con tanta gente se hacía pequeña, además, ellos eran tíos grandes y parecía que ocupaban todo el espacio.

Samuel estaba hablando con Paula sobre redes sociales y Sara charlaba con Quique y su amigo. ¿Por qué me daba la impresión de que el tono rojizo de su cabello se le había deslizado a la cara? Lo pensé unos segundos y me di cuenta de que le gustaba el primo de Samuel. Recordé que hacía poco me había preguntado por él.

—¿Qué tal todo, Libertad? —Hugo era el único que se había quedado separado de los demás, estaba bebiendo una cerveza que alguna de mis amigas le había ofrecido.

—Bien, ¿y tú? ¿Sigues con las reformas?

Asintió.

—Sí, en esta época tenemos muchas, ahora todos quieren cambiar a un concepto abierto. —Señaló nuestro salón, que era así—. Se ha puesto de moda por los programas de televisión. Los famosos hermanos Scott. ¿Los has visto?

Me encogí de hombros, ya que no sabía de quién me hablaba. Paula, con la parabólica puesta, se metió en nuestra conversación.

—¡Me chiflan esos tíos, tienen unas ideas maravillosas!

—Tendrían en su día —contestó Hugo—. ¡Si todas las casas que reforman parecen clones!

—A mí me encanta, me volvería loca eligiendo azulejos para las paredes, pondría unos tipo metro antiguo...

—Como todos, y luego pasará de moda.

—¿Tú qué sabes?

—Me dedico a eso, bonita.

—Pues yo creo...

Me alejé de ellos. Le había advertido a Paula que fuese amable con él o que lo ignorase. Pero parecía que iban a discutir otra vez y no quería estar en medio. Me acerqué a Samuel, que se había arrimado al otro grupo, y después de un rato —la música era repetitiva y mareante — propuse que nos sentáramos a cenar.

A Paula le permitimos que presidiera la mesa en la cabecera y a Hugo le ofrecí sentarse justo en el otro lado, de modo que no pudieran hablar ni pasarse siquiera la sal.

Quité el centro para poner la fuente de las costillas. Y porque, con la ligera brisa que entraba por la ventana, el espumillón se estaba alborotando y algunos de nosotros corríamos peligro de comérnoslo.

Mientras había preparado la cena esa tarde, pensaba que estaba haciendo mucho, en cambio, al verlo todo puesto, supe que íbamos a pasar más hambre que un mosquito en un museo de cera.

Paula, que tenía unas ideas brillantes y estupendas, sacó de la nevera varios táperes con embutido y medio queso.

No se parecía mucho a la cena formal que en mi mente había imaginado, pero los invitados lo estaban pasando bien y se estaban poniendo como el Kiko.

Sara y Quique hablaban mucho y me sorprendí de que él se riera tanto cuando yo, que trabajaba a su lado, pocas veces lo había visto así. Definitivamente se gustaban. Me alegré por la pelirroja. Escribiendo todo el día los diálogos de Paula, sus relatos de suspense y el reciente blog —no la había preguntado cuántos seguidores tenía— apenas mantenía vida social. Era como la gente solía decir: un ratoncito de biblioteca.

Samuel partió trozos de queso que dejó sobre un plato para que todos pudiéramos coger. Me fijé en sus manos y la habilidad que tenía con el cuchillo. ¿Por qué sentía que cada día que pasaba lo quería mucho más que el anterior? Era tan varonil y tan resuelto que me había convertido en su fan número uno. Así le decía: «eres mi *number one*».

La cena resultó agradable y amena a pesar de las lanzas que Paula y Hugo se regalaban. ¿Cómo era posible que, estando tan alejados el uno del otro, continuarán enviándose pullas?

Tras los postres, unas natillas que habíamos comprado en el supermercado, retiramos la mesa por si a alguien le apetecía bailar. Nadie parecía animarse. Podía ser por la música de restaurante elegante, que nos tenía saturados. Paula le pidió a Alexa algo más movido, y, como el aparatito tecnológico era tan inteligente, puso canciones de Ana Mena, «Las 12» (me volvía loca esa canción). En la lista de reproducción también salía La Flaka con su canción «Telenovela», Rosalía con su «Despechá», Chanel, Shakira...

Acabamos bailando todos, aunque a Hugo tuvimos que convencerle. A veces era más parado que un avión de mármol.

El tiempo transcurrió sin darnos cuenta, pues lo estábamos pasando bien. Al llegar la hora de despedirnos, Samuel me convenció de irme con él a su casa y yo acepté entusiasmada.

***

Unos días antes de la competición, Samuel cayó bajo el influjo de algo que debía ser brujería. Se encontraba hechizado. Completamente maldito.

Nunca le había oído decir tantas palabrotas juntas y desconocía que todas se pudieran usar en una misma frase. No tenía caso repetirlas, además, había algunas que no sabía ni que existían.

Él luego me pedía perdón a pesar de que su vocabulario no lo destinaba a mí. Bueno, a veces me llamaba cabrona, pero no cuando estaba enfadado. Es que a mí me gustaba mucho pincharle. En el tema sexual, me refiero, porque últimamente estaba aprendiendo muchas

cosas que es mejor no pronunciar. Desde luego el tema estaba vetado para Sara, que aseguraba que ni en el purgatorio iban a tener lugar para mí.

Podía decir que Samuel me trasmitía sus nervios, pero no era así, yo tenía los míos propios. Estaba empeñada en que después de hacer la prueba de baile —para ese entonces ya estaría viviendo con él— le iba a proponer matrimonio, tanto si pasaba el *casting* como si me rechazaban.

Entrenaba mucho para darlo todo ese día e incluso, no lo iba a negar, me hallaba un poco ilusionada. Si Samuel me acompañaba era capaz de cualquier cosa. Eso era lo más importante. Necesitaba que estuviera presente. Ansiaba su felicitación o su consuelo. Cualquiera de las dos opciones me servía.

Capítulo 28

Había llegado el gran día. De repente, a Samuel se le habían quitado los nervios que llevaba arrastrando semanas. Los alumnos y él estaban preparados para arrasar y llevarse todos los premios.

Buscó entre el público a su duende rubio, y lo encontró en primera fila junto a sus amigas. Unos bancos más atrás estaban sus progenitores. A su padre sí que lo había esperado. Iba todos los años. En cambio, su madre debía de ser la segunda o la tercera vez que acudía. Deseaba que no se le ocurriese decir nada a Libertad. Al menos nada que pudiera ser dañino. La joven estaba más tranquila con el tema de Marina y, aunque no mantenían conversaciones muy fluidas cuando la llamaba por teléfono, el doctor decía que iba avanzando bien.

La rubia se dio cuenta de que Samuel la estaba mirando y se puso de pie para saludarle con la mano y con una gran sonrisa. Él solo podía pensar que se iba a trasladar a su ático esa misma noche.

Le dedicó un guiño y se vio obligado a hacer lo mismo con Paula, que les estaba grabando en un directo para YouTube. Sus alumnos se sentían emocionados de que les fuera a ver mucha gente a través de las redes.

La pista parecía un gallinero con todos los competidores deambulando por allí luciendo los colores de su *obi*.[2]

El de Samuel era negro con los extremos rojos. Lo que significaba que había ascendido de grado. Exactamente se encontraba en el octavo *dan* de diez. Eran muy pocos los que obtenían el último y su intención era conseguirlo.

Respiró profundo. Acababan de dar el último aviso para que se prepararan.

En el centro de la pista habían dividido el espacio para ocho combates. De hacerse de uno en uno era posible que se hubieran comido las uvas allí.

—Tranquilos —les dijo a los alumnos que habían cogido como representantes del Santuario.

Él entraría cuando ellos terminaran su último enfrentamiento. Conocía bien a sus rivales, habían combatido otras veces. Se respetaban y se llevaban bien, aunque eran muy competitivos y todos buscaban ganar. Esos títulos daban mucho prestigio en las academias.

—Comienza el espectáculo —se dijo a sí mismo, animándose.

Había ocho jueces que se habían repartido un tatami para cada uno.

El valenciano era uno de sus primeros alumnos y, acompañado de Quique, se acercó al sitio que les habían asignado. Samuel sabía que lo iba a hacer bien. Era un chico en el que tenía mucha confianza, aunque sabía que su contrincante también era bueno, ya que lo había visto en otras ocasiones.

Ganaron los tres primeros combates, perdieron el cuarto y el quinto y por fin le llegó su turno.

A Samuel no le tenía que acompañar nadie y fue solo. El juez les advirtió de las reglas a pesar de que las conocían.

No se atrevió a mirar a las gradas para poder mantenerse sereno. Que estuviese Libertad allí le suponía cierta presión. Necesitaba hacerlo igual de bien que ella cuando bailaba y le dejaba impresionado. Esta vez quería ser él quien la impresionara.

Los primeros combates no le resultaron difíciles de vencer. Estaba de lo más motivado.

Escuchó a su duende rubio gritar. Le llamaba campeón, tío bueno y decía que era el mejor y que lo iba a conseguir. También chillaba que era su héroe.

Si ella continuaba así iba a terminar por desconcentrarle, ya que

le empezaba a dar la risa.

Cuando al final acabó todo, fue Samuel el que el que gritó entusiasmado.

—¡Hemos ganado!

El Santuario no se había llevado todos los títulos, pero volvían a ser los mejores.

Su duende rubio había saltado la barandilla que separaba la pista de las gradas y corría hacia él como una loca. La cogió en brazos y dio varias vueltas sobre sí mismo haciéndola volar.

Sus padres bajaron más despacio por las escaleras y también le felicitaron. Sabía que Libertad estaba incómoda con ellos y vio cómo se alejaba para dar la enhorabuena a los chicos, cosa que él entendió perfectamente y no le molestó. En su fuero interno se lo agradecía. Esperaba que un día se pudieran llevar bien, aunque pensaba que lo mejor era darle tiempo al tiempo.

Tras comer todos de picoteo en el gimnasio, Quique había pedido de *catering* —por suerte sus padres no habían querido quedarse, y él también los entendió—, se despidieron de todos y fueron a casa de Libertad a por sus cosas.

Ella tenía las maletas preparadas en el salón y lloraba a moco tendido con sus amigas, aunque decía que estaba feliz. Samuel sabía que era cierto y también que le daba un poquito de miedo. Llevaba mucho tiempo viviendo con ellas y las despedidas siempre eran tristes, a pesar de que no estaban tan lejos y de que se iban a seguir viendo mucho.

Mientras ella se despedía, él fue bajando las cosas al coche, subió de nuevo a por su duende.

—¿Estás lista?

Ella afirmó con la cabeza y volvió a abrazar a Paula y a Sara antes de coger su mano.

—Hoy es un día supermágico, ¿verdad, Samuel?

No podía estar más de acuerdo con ella.

—Uno de los mejores. —Presionó su mano con cariño—. Tendremos muchos más, ya lo verás.

Él había comprado un anillo de compromiso. Quería dárselo el día que hiciera la prueba de baile. Apenas faltaban dos. Si no la superaba, que estaba convencido de que lo iba a conseguir, eso la iba a animar

bastante y haría que pensara en otra cosa. En él, por ejemplo.

Llegaron al apartamento y lo primero que hicieron fue besarse. Habían estado todo el día con tanta gente que no había sido plan de ruborizarlos con sus muestras de amor. Pero ahora estaban solos y nadie los veía.

—Ya he dejado la mitad del armario libre. Y si necesitas más espacio, me dices.

—¿Podría poner mis luces en tu dormitorio?

Él lo había imaginado y ya se había hecho a la idea.

—A partir de hoy es nuestro dormitorio.

Ella sonrió, le dio un beso rápido en los labios y empezó a arrastrar la maleta hacia allí. Samuel la ayudó y llevó las que faltaban.

—Voy a ir guardando las cosas —le dijo entusiasmada.

—¿Te ayudo o me echo un poco en el sofá? Estoy muerto.

—Descansa, lo hago yo sola.

Que dijera eso le supuso un alivio, ya que después de estar tanto tiempo machacándose necesitaba relajarse.

Se recostó frente a la televisión escuchando como ella iba ordenando sus cosas. No podía dormir porque le emocionaba saber que estaba con él y que no se iba a marchar nunca de su lado.

En el televisor puso el canal de deportes. Retransmitían un partido de fútbol repetido, pero lo miró de igual manera. Durante un anuncio, debió pasar al baño. Hizo sus cosas y abrió el grifo para lavarse las manos. Observó que había un cepillo de dientes rosa junto al suyo, en el vaso. También un bote de desodorante femenino sobre el mueble y crema para contornos de ojos y labios. Iba a ser fácil acostumbrarse a vivir acompañado, es más, pensaba que no le iba a apetecer nunca salir de casa.

Se asomó al dormitorio y la encontró luchando con una maleta vacía que intentaba subir encima del armario. Se había alzado sobre los peldaños de una escalera pequeña y hacía malabarismos para sostenerse en ella. Samuel pensó que, si se caía, lo iba a hacer sobre la cama y no le preocupó. Aun así, se sintió obligado a ofrecerse.

—¿Me dejas que la guarde yo? —Libertad se tambaleó y lo miró —. Antes de que te dejes un ojo morado.

—Me lo vas a recordar toda la vida —bromeó.

Samuel se encogió de hombros y puso la mano en su cintura para

que guardara mejor el equilibrio mientras descendía. Le entregó la maleta y la colocó donde ella le indicó.

Echó un vistazo al dormitorio y descubrió el espumillón dorado que rodeaba el espejo circular. De ahí sus ojos pasaron al cabecero, forrado en piel, donde ya había instalado sus luces. Aún no estaban encendidas.

Esa noche se estaban preparando para dormir. Ella había apagado la lámpara prendiendo sus luces, que bañaron toda la alcoba de un tono verde oscuro. Antes de meterse en la cama, Libertad se plantó delante de él con las mejillas sonrosadas, los ojos brillantes y los labios húmedos.

—Samuel, no deseo seguir con los límites. Quiero que empecemos esta nueva etapa llegando hasta el final.

La observó perplejo, temiendo entusiasmarse antes de tiempo.

—¿Estás segura de lo que dices?

—Nunca he estado tan segura en toda mi vida.

Él sabía que le había costado mucho tomar esa decisión. Y habría sido un completo imbécil si hubiera intentado convencerla de lo contrario. Significaba que Libertad confiaba plenamente en él y en esa relación.

Aunque pareciese mentira, se puso nervioso. Lo había esperado tanto tiempo que se cuestionó si iba a poder satisfacerla. Y, lo más importante, si a ella le iba a gustar.

—¿Sabes que la primera vez puede doler un poco?

—El esquinazo de un cuadro me dejó un ojo morado. Mi... madre me mordió un brazo y me arañó la cara. Sufrí una desolación muy grande cuando creí que éramos hermanos. ¿Acaso piensas que no podré soportar esto? —Mientras hablaba, se había ido acercando a él y pasaba el dedo índice por la cinturilla de su pijama.

Samuel tragó saliva. Conocía el cuerpo femenino y la manera de hacer que lo deseara. Sabía dónde tenía sus puntos más sensibles y lo que le gustaba. ¿Por qué le asustaba ahora no tener que controlarse?

Debía hacerlo, se dijo. No podía olvidar que iba a ser la primera vez de Libertad a pesar de haberla hecho llegar al orgasmo en otras ocasiones.

Preparó un preservativo y soltó una carcajada al ver como ella se frotaba las manos. Su princesa siempre conseguía lo que quería.

Capítulo 29

Estaba histérica. Atacada de los nervios. Continuamente me pasaba la mano por el pequeño dorsal que una señorita me había pegado en el pecho.

Samuel aún no había llegado. Sabía que no se había olvidado de que era mi prueba y, si no habíamos ido juntos, era porque a él le había surgido algo importante en casa de sus padres. No podía culparlos de que le estuvieran entreteniendo, ya que ellos desconocían que yo me iba a presentar a un *casting*. Además, si estaba nerviosa era porque éramos doscientos bailarines los que nos habíamos presentado.

Esas audiciones solían ser privadas. Pero en esa ocasión habían permitido que amigos y familiares —dos por cada bailarín— pudieran acceder al interior del teatro para verlo. Paula y Sara lo habían echado a cara o cruz entre ellas. Por lo que sabía que Paula estaba sentada junto a una butaca vacía.

Me situé frente a un espejo que encontré libre y respiré hondo hasta tres veces. Sabía que cuando saliera al escenario debía olvidarme de la gente y concentrarme solo en los acordes. Pero el público iba a ser mucho más exigente que los jueces. Nadie era imparcial y se estilaba mucho lo del enchufismo. Los había visto al entrar y sabía que iban a criticar hasta el error más pequeño.

Me froté las manos, que tenía frías como el hielo.

El espejo reflejaba mi imagen. No me había vestido con nada especial ni llamativo, como habían hecho otros. Si me hubiese puesto los brillantes y las lentejuelas, las gasas de tonos estridentes o el famoso fucsia que ese año estaba de moda, habría tenido más presente la mentira de mi madre y su sueño inalcanzado.

Me acordé de ella en aquel momento porque era complicado no hacerlo. Pero no sentía lástima por algo de lo que ya no me consideraba culpable.

Con mano temblorosa, toqué el moño estirado que llevaba bajo una redecilla de plata. Ese era el único color que me había permitido utilizar

Volví a observar entre bastidores, abriéndome paso entre la gente que se había arremolinado y atisbé desde allí, para descubrir que Samuel todavía no había llegado.

Aún faltaban veinte minutos para salir. Era tiempo suficiente para que él se presentara.

Me quedé esperando, observando ansiosa las puertas por las que se podía entrar. Mi mente repitió una vez más que debían de haber hecho las pruebas en privado o haberlo repartido en varios días.

—Libertad Ruiz —escuché que me llamaban para el siguiente grupo.

Tenía que ir preparándome.

Como un autómata salí de entre los bailarines que lo harían más tarde y los que ya lo habían hecho y me acerqué hasta la persona que seguía nombrando a más gente.

—Libertad Ruiz. —Una señora de cabello corto y rostro hastiado (seguro que harta de dar órdenes y deseando que todo acabara) me apuntó con el índice—. Sales la quinta. Estate lista.

Asentí. El corazón retumbaba en mi pecho impidiéndome de algún modo que escuchara la música que flotaba en el teatro.

En ese momento solo podía pensar en que Samuel no estaba y que, si no lo veía, era incapaz de poner un pie en el escenario.

Uno a uno observé salir a los compañeros que me habían asignado. Uno de ellos me hizo saber que iba detrás de él. Sentí que me asfixiaba y que no podía respirar.

Desde mi posición alcanzaba a ver a Paula, y ella miraba constantemente hacia las entradas del teatro. También buscando a

Samuel.

—No puedes hacerme esto —murmuré ansiosa.

Volvió a sonar mi nombre e indecisa avancé hasta el escenario. Aquella butaca continuaba vacía y, de repente, cayó sobre mis hombros todo el peso de la decepción.

Las luces eran tan potentes que me impedían ver la cara del público. Las únicas visibles eran las de los jueces. Pero podía distinguir que todos los asientos, menos el de Samuel, estaban ocupados.

Me quedé paralizada. La música que había escogido comenzó a sonar primero despacio y después con más intensidad. Sabía que tenía que empezar en el siguiente acorde, sin embargo, mi cuerpo era incapaz de obedecerme, no me podía mover.

La melodía cesó y los murmullos del público se alzaron sobre mí.

—¿Necesitas que volvamos a empezar? —preguntó la mujer que sostenía la lista en las manos.

Los jueces se miraban entre ellos, intrigados. Parecía que estaban valorando darme esa segunda oportunidad.

Sacudí la cabeza y miré hacia donde estaba Paula.

—Lo siento —murmuré a sabiendas de que entre el barullo nadie podía oírme.

Les di la espalda a todos y, con el semblante bien alto, como hacían las princesas de mis cuentos, abandoné el escenario.

***

Samuel aceleró el coche. Después de todo el sol que habían tenido días atrás, precisamente ese había amanecido gris y lluvioso.

Todavía podía llegar a la audición de Libertad. Lo complicado iba a ser aparcar el coche, pero tenía pensado dejarlo en cualquier sitio a costa de que le denunciasen.

—Se lo he prometido —se dijo llevando el vehículo a más velocidad de la permitida.

Mientras sujetaba el volante, no dejaba de pensar en ella. Se encontraba nerviosa cuando se había levantado esa mañana y, antes

de irse él, se había tomado una infusión de valeriana y otra de tila.

El cielo se quebró descargando agua a mansalva. La lluvia era torrencial y los limpiaparabrisas no daban abasto. Apenas se veía la carretera con claridad a pesar de que el tráfico era bastante fluido.

Tenía que llegar como fuera. Libertad le necesitaba. Aquella misma noche, después de haberse amado de una forma apasionada, le había vuelto a recordar que debía estar presente. Era importante para ella.

Cambió de carril varias veces esquivando a los coches que interrumpían su camino. De pronto, a escasos metros, vio las luces de las guardias de tráfico. Los bultos que se mantenían de pie, envueltos en chubasqueros, eran los de dos hombres.

—No me pueden parar ahora —susurró.

Dio un volantazo y de nuevo se cambió de lado.

Otro vehículo había hecho lo mismo delante de él e intuyó que iba a tocar su paragolpes trasero. Pisó el freno un poco y volvió a girar el volante. La calzada estaba demasiado mojada y, sin darse cuenta, perdió el control. Supo ese instante que no iba a acudir a ver bailar a su duende rubio.

El coche se deslizó fuera del arcén y comenzó a dar vueltas de campana. Sintió que volaba y un miedo profundo le invadió, porque probablemente aquellos fueran los últimos segundos de su vida.

Mucho más le dolió saber que tal vez no volvería a ver a su princesa.

Capítulo 30

—Liber.

Paula me esperaba en el vestíbulo del teatro. El lugar olía a la cera que le hubieran echado a los suelos y a una mezcla de perfumes de la gente que había pasado por ahí durante toda la mañana.

Yo no podía retener las lágrimas, aunque no lloraba de un modo exagerado, me obligaba a mantener la compostura.

—Solo le pedí eso. Él sabía que lo necesitaba.

—Podemos convencerlos de que te dejen para el final. Samuel me dijo que estaba de camino.

Miré a Paula con las pestañas húmedas.

—¿Hace cuánto que te dijo eso?

Ella bajó la cabeza.

—Más de media hora, por lo menos.

—Ha tenido tiempo suficiente para llegar.

Ella no me replicó porque sabía que yo llevaba razón.

No me había cambiado de ropa, aunque me había puesto un pantalón sobre las medias, y una cazadora de entretiempo. Ese día había tormenta. Solo me había quitado las zapatillas, sustituyéndolas por unas deportivas, pero aún mantenía el moño y la redecilla plateada que le cubría. Iba maquillada fuerte, con tonos violetas y purpurina para que los jueces hubieran percibido los gestos y las

emociones de mi rostro al bailar. Ya nunca sabría si lo habría superado.

—Le he llamado varias veces, pero no me coge el teléfono —comentó Paula.

Las dos atravesábamos las gigantescas puertas del teatro y un viento frío y potente acompañado de un diluvio de agua nos recibió. Apenas lo noté. En realidad no sentía nada.

Cerré los ojos durante unos segundos parándome en los últimos escalones. Paula abrió el paraguas que había recogido antes de presentarse allí y me cubrió con él.

Sonó mi teléfono, pero no tenía ningunas ganas de cogerlo. No quería saber si se trataba de Samuel, que deseaba contarme el motivo de haberme dejado plantada delante de cientos de personas. Ninguna excusa habría sido suficiente.

—¿No lo vas a coger? —preguntó Paula, que agarraba mi brazo para que nos pusiéramos en movimiento—. Al menos, mira a ver quién llama.

La obedecí con la intención de tranquilizarla. Se lo debía después de haberme acompañado y de que perdiese su tiempo de forma tan innecesaria.

Busqué el móvil en el bolsillo de la cazadora. Se trataba de Quique, que seguramente llamaba para ver cómo me había ido.

—Paula —Le entregué el teléfono—. Habla tú con él. Yo ahora mismo no estoy de ánimos.

Ella aceptó y se lo llevó a la oreja. Hablaron muy poco tiempo y ni siquiera sabía de qué, porque mi amiga no le estaba contando que había rehusado hacer el *casting*. Sin embargo, por la cara de Paula presentí que algo no andaba bien.

Colgó y me miró, preocupada.

—Se ha producido un grave accidente en la autovía. El coche de Samuel se ha salido de la carretera y lo han trasladado al hospital con pronóstico reservado.

Me quedé helada. Mi cerebro no quería registrar lo que ella me decía.

Paula me sacudió, tomándome de los hombros.

—¿Me has oído, Liber? Samuel está herido en un hospital.

Pensé que iba a desmayarme. Dentro de mí sentía miles de

temblores y espasmos y mi corazón se había detenido. Había dejado de latir. Recordé las palabras exactas que me dijo él en el restaurante.

«Tendría que estar muriéndome para no ir contigo. Te juro por lo más sagrado que ese día estaré a tu lado».

Iba a entrar en *shock*. Miré a mi alrededor. La lluvia continuaba cayendo. El pavimento estaba encharcado. La gente pasaba deprisa a nuestro lado buscando algún lugar donde resguardarse. El tráfico en el centro de la ciudad era un camino de hormigas y hacían sonar el claxon intentando avanzar...

Me acerqué a los escalones que accedían al teatro y que acabábamos de dejar atrás. Tenía que sentarme un poco y no me importaba si la lluvia y el barro que se deslizaba como un riachuelo por la calle abajo me mojase los pies.

Sabía que Paula seguía allí conmigo. Aunque era incapaz de verla.

—Vamos, Libertad.

Me cogió del brazo intentando levantarme. Me di cuenta de que había parado un taxi. Ella le dio la dirección al conductor y le urgió para que fuese deprisa.

—Es una emergencia —le dijo, apretando mi mano con fuerza.

Poco a poco empecé a ser consciente de lo ocurrido y desperté del profundo y espeso letargo en el que había caído.

—Por favor, por favor, que no se muera Samuel —rogué rompiendo a llorar. Si había tenido un accidente, había sido solo por mi culpa. Él quería llegar a tiempo y había arriesgado su vida para hacerlo—. Si lo pierdo, me muero.

No pude evitar sentirme culpable por eso y también por haber llegado a pensar que ahora que él había conseguido de mí lo que quería, ya no le importaban sus promesas ni mis sentimientos. Me odié por eso.

Entré en el hospital con paso firme y decidido. La gente me miraba, tal vez pensando que acababa de salir de una fiesta de disfraces. Ignoré todos los ojos que caían sobre mí, curiosos y extrañados. Nos dirigimos al mostrador para preguntar dónde se hallaba Samuel y Quique nos interceptó.

—¿Cómo está? —pregunté sin poder simular el tono urgente de mi voz.

—De momento no se sabe nada. —Rodeó mis hombros y me hizo

caminar por un angosto pasillo—. Los médicos no tardarán en informarnos. Estaba inconsciente cuando llegó.

Quique iba demasiado despacio para mi gusto y yo deseaba correr para llegar lo antes posible.

—¿Se sabe por qué ocurrió? —inquirió Paula que nos seguía de cerca.

—Solo lo que te he contado antes por teléfono, que iba muy deprisa. El coche patinó y se salió de la carretera dando vueltas de campana. Libertad. —Hizo que me parara antes de entrar en una sala atestada de gente—. Los padres de Samuel están aquí.

Sabía que el encuentro iba a ser muy incómodo. Era posible que me acusaran a mí de lo ocurrido, y llevaban razón. Desde que mi madre entró en sus vidas y después yo, la de ellos había dado un giro de ciento ochenta grados.

Asentí. Necesitaba estar cerca de Samuel y asegurarme de que saldría de esa. Si debía mantenerme callada, lo haría.

Quique no se cortó ni un pelo y nos llevó directamente donde estaban los padres de Samuel esperando. Ellos se habían sentado junto a la puerta que estaba al lado de otras dobles, más grandes.

Ernesto se puso en pie nada más verme y me saludó en un murmullo bajo.

—Siéntate aquí.

Me cedió su silla, pero yo la decliné. Era incapaz de relajarme, y mucho menos si debía hacerlo al lado de Clara, que me estudiaba de arriba a abajo en silencio.

—No, gracias, así estoy bien.

Como él tampoco quiso sentarse, lo hizo Paula.

—¿Qué tal la prueba? —me preguntó Quique.

Lo hizo para saber cómo había quedado y también para que los padres de Samuel entendieran que fuese tan maquillada.

—No la he hecho —respondí.

Imaginaba que él estaría pensando que había sido porque me había llamado antes de salir al escenario, pero preferí no contarle la verdad estando presente Clara y Ernesto.

—La culpa de lo ocurrido es mía —gimió Clara con la vista clavada en su falda.

Me escuché decir:

—Lo importante es que se ponga bien.

Ernesto me dio la razón.

—Hoy las carreteras están todas muy mal.

Quique y él se pusieron a hablar del tiempo por el único motivo de romper el silencio y comentar algo.

Mucha gente se encontraba en la misma sala, también esperando por amigos y familiares. Nadie sonreía y los rostros se mostraban desencajados.

No podía estar quieta y me movía de un lado a otro en un recorrido que no llegaba ni al metro de distancia. Hacía calor y me desabroché la cazadora sin atreverme a quitármela, ya que seguía llevando el mallot, a pesar de que pareciera un jersey ajustado.

—¿Lleva mucho tiempo dentro? —quise saber, interrumpiendo la conversación de los hombres. (¡Lo que puede dar de sí hablar del tiempo!)

—Sí, hace ya un rato —contestó Quique.

—¿Vosotros habéis podido verlo?

—Aún no. —Ernesto me miró—. En cuanto nos avisaron, llamamos a mi sobrino para que te informara. Hemos llegado un poco antes que tú.

—Gracias por haberlo hecho.

—Supusimos que ahora que vives con Samuel debías saberlo.

Reconocía que eso no lo había esperado y era un detalle por su parte.

Un doctor salió a hablar con nosotros.

—Son los familiares de Samuel, ¿verdad?

—Sí, yo soy su padre —respondió Ernesto—. ¿Cómo está mi hijo?

—Samuel ha salido ileso del accidente. Por suerte no tiene ningún hueso roto y todos los resultados de las pruebas han salido perfectos. Lo más acusado ha sido un golpe en la cabeza que le ha provocado una ligera contusión. Nada grave por lo que debamos preocuparnos.

Lancé un suspiro largo y entrecortado, lleno de alivio.

—Entonces ¿se va a poner bien? —pregunté.

El médico asintió.

—Sí, lo que ocurre es que le dejaremos esta noche en observación, o por lo menos toda la tarde, a ver cómo va evolucionando.

—Gracias, doctor —dijo Clara—. ¿Podemos entrar a verlo?

—Sí, claro, vengan conmigo.

Yo no era de la familia, cualquiera de ellos podría haberme dicho algo, sin embargo, aceptaron que los acompañase.

Dejé que sus padres se acercaran primero a la cama donde reposaba mi príncipe. Él, que había estado inmóvil hasta el momento de llegar nosotros, abrió los ojos al verlos. Levantó la mano y agarró el brazo de Ernesto.

—Tengo que hablar con Libertad. Es muy urgente, alguien debe avisarla...

—Tranquilo, hijo.

Su padre dio un paso a un lado y me empujó hacia adelante con suavidad para que Samuel pudiese verme bien.

Le cogí la mano con fuerza.

—No pude llegar a tiempo —se disculpó.

Se formó un nudo espantoso en mi garganta.

—No te preocupes ahora por eso. —Llevé su mano a mi boca y le di un beso en el dorso.

—¿Has hecho la prueba? ¿Qué ha pasado?, ¿cómo has quedado?

Me encogí de hombros con una sonrisa.

—Ya hablaremos de eso cuando estés en casa y te recuperes.

Él frunció el ceño. Antes de poder decirme nada, su madre se adelantó.

—Hijo, Samuel, ¿Cómo te encuentras?

Él la observó.

—Bien, me encuentro bien. Un poco cansado. Me duele todo.

Subieron a Samuel a una habitación para él solo, y tanto sus padres como Paula y Quique se marcharon dejándonos solos. El doctor había dicho que le iba a dar el alta antes de cenar. De momento le habían suministrado unos calmantes y se había quedado dormido. Yo estaba sentada frente a él mientras escuchaba la lluvia caer y golpear contra los cristales de las ventanas.

Pasé con descuido mi mano sobre el pecho y mis dedos tocaron el dorsal que aún llevaba puesto. Lo despegué despacio y después lo hice una pelota que lancé a la papelera más cercana. Justo había una debajo de la cama.

—¿Qué estás pensando?

En el silencio de la habitación la voz de Samuel me sobresaltó. Lo

observé. Él había abierto los ojos y me miraba fijamente.

—En realidad pensaba en el susto que me has dado.

—No ha sido mi intención, princesa. Lamento tanto no haber llegado a tiempo para la prueba... Aún no me has dicho cómo quedaste.

Me toqué la frente, despacio, y sacudí la cabeza.

—No llegué a hacerla, Samuel.

—Fue por mi culpa, ¿verdad? —preguntó, intentando levantarse, alterado.

Me incliné sobre él y le obligué a que volviera a tumbarse en la cama.

—No. No ha sido por eso, ya te dije que no estaba preparada. Pero también me he dado cuenta de que fue hace años cuando soñaba con ser bailarina profesional, recorrer el mundo, tener fans... Pero era eso, solamente sueños. Sin embargo, no es eso lo que yo deseo de verdad. Lo que yo necesito es quedarme contigo. Enseñar baile. Estar con mis amigas. Hablar con mi madre. Soy feliz así.

—Pero tú dijiste...

—Sí, que era mi sueño, pero era mi sueño cuando las cosas eran de diferente modo. Hubo un tiempo en que pensaba que era divertido ir cambiando de domicilio, conocer lugares y gentes nuevas. No es así. Vivir de ese modo es sentir que no perteneces a ningún lugar. Y yo quiero pertenecer a un sitio. Quiero pertenecer a este sitio. Ser parte del Santuario y de ti. Ese es mi sueño ahora.

Los ojos de Samuel brillaron acuosos. Tendió una mano hacia mí para coger la mía.

—Pensé que nunca más iba a volver a verte, Libertad. Creí que iba a morir. Mientras todo eso pasaba y el coche daba vueltas y yo me golpeaba, solo podía verte a ti. Solo era capaz de pensar en ti. Te amo.

Me eché sobre él y le besé en los labios.

—No tanto como yo a ti, mi caballero andante de brillante armadura. Por cierto, sé que este no es ni el lugar ni el momento. Pero lo tenía planeado ya desde hace días y, si no lo suelto ahora, me va a costar hacerlo. ¿Quieres casarte conmigo?

Samuel pestañeó confuso. Miró a su alrededor como buscando algo.

—¿Dónde está mi ropa?

—Tu madre lo colgó todo en esta taquilla. ¿Por qué?, ¿necesitas algo?

—Hay una cosa en el bolsillo del pantalón que me gustaría que cogieras.

Me levanté y caminé hacia el estrecho mueble donde Clara había ordenado la ropa. Antes de abrirlo me volví a Samuel alzando las cejas.

—¡Oye, no me has contestado! Te acabo de hacer una proposición y me has ignorado.

—No es así, princesa. Coge lo que te he dicho.

Con curiosidad, le obedecí. Busqué en los bolsillos de su pantalón hasta que encontré una pequeña caja. Sin abrirla, supe lo que era. Me eché a reír y volví la cara hacia él.

—¿Cuándo pensabas dármelo?

—Hoy mismo. No tenía ni idea de que ibas a adelantarte. Mira dentro.

Mis manos temblaron intentando abrir esa dichosa cajita, que parecía que estaba cerrada con silicona, como poco. Cuando logré separar la tapa observé emocionada un precioso anillo con un diamante bastante importante.

—Sí, Libertad. Quiero casarme contigo.

—Y yo contigo, Samuel. Lo estoy deseando.

Capítulo 31

«¿Has dormido bien? ¿Cómo te encuentras?». Dos preguntas que llevaba escuchando desde que me había levantado esa mañana.

La primera, la de si había dormido bien, pues ya que mi antigua cama, la que seguía estando libre en el apartamento de Sara y Paula —me habían dicho que no pensaban alquilarla— era más pequeña que la que compartía con Samuel, pues regular. Desde que había quitado los límites, en plan metafórico, me había caído dos veces de ella. Había dormido menos que el chófer de Drácula.

Y a la segunda pregunta, la respuesta era que me encontraba más nerviosa que el príncipe de la Cenicienta probando el zapato de cristal a todas las mozas del pueblo. Eso, a los que adoraban la podofilia —también llamados fetiches de pies—, les hubiera encantado.

¡Me casaba! ¡Faltaban muy pocas horas para ser oficialmente la mujer de Samuel!

Lo estaba deseando a pesar de que eso no iba a cambiar mi vida para nada. Sentía que llevaba siendo su mujer desde el mismo momento en el que me había mudado a su ático. Pero claro, los que insistíamos en la ceremonia éramos yo y mis prejuicios. Además, no os voy a engañar, me apetecía celebrarlo a lo grande.

Observé mi maravilloso vestido que estaba colgado en una percha enganchada en la esquina del armario. En el interior no hubiera

cabido ni aunque lo hubiesen envasado al vacío.

No llegaba a ser blanco completamente, era más bien un color café con leche, pero mucha más leche que café. Estaba confeccionado en crepé —eso había dicho la vendedora—, una mezcla de seda y algodón que sentaba muy bien.

Me había costado una barbaridad elegirlo. Eran todos tan bonitos que me habría puesto uno cada dos horas aun arriesgo de que hubiera sido un engorro desaparecer todo el tiempo de mi propia boda.

El que colgaba del armario era un vestido espectacular tipo sirena que se había transformado en estilo princesa con una sobrefalda. El corpiño y la falda superior contaban con un intrincado bordado que definía los contornos del cuerpo, y el escote se hallaba sostenido por una intersección de tul *nude* y copas en el interior. Los hombros fruncidos y las mangas largas y ajustadas creaban un elegante y moderno *look* de novia renacentista.

El volumen de la falda no era tan exagerado como habría querido, pero de este modo entraba justo por los umbrales de las puertas sin tener que ponerme de perfil.

—¡Liber! —escuché que me llamaban desde el salón. Más bien gritaban mi nombre como si yo fuese sorda.

Ya había estado desayunando con las chicas, que me habían preparado tostadas con tomate natural rallado, sal y aceite. En alguna ocasión he dicho que era capaz de sobrevivir con eso solo, ¿verdad?

Había entrado en el dormitorio para coger el teléfono que se hallaba en la mesilla. Samuel y yo habíamos estado hablando la noche anterior hasta quedarnos dormidos. En realidad, se había dormido él.

Salí al salón y vi que había llegado la peluquera, que era la misma que también iba a maquillarme. No la conocía de nada, Paula sí y confiaba en ella, de modo que no tuve más remedio que confiar yo también.

Tomé asiento donde me indicó. La luz del día entraba por la ventana e incidía directamente sobre mí.

La mujer cogió unas tijeras después de cepillarme.

—Solo la puntita —le advertí, seria.

—La puntita es algo que ni los hombres ni las peluqueras entenderemos nunca, querida.

Fruncí el ceño. ¿Acaso quería cortarme más? Asustada miré a

Paula y sacudió la cabeza como diciendo que no la hiciera caso.

Tomé una buena bocanada de oxígeno y entregué a esa mujer mi cabeza por completo. Ahí, con valentía. Lo mismo que el que entra en un melonar a robar un melón y hay perros, guardias y cámaras.

—¿Tienes las perlas que te voy a poner en el recogido?

—Las guardó Paula —respondió Sara que se había sentado en el sofá a observarnos.

—¿Yo? —inquirió la otra, extrañada.

—Sí, ayer las llevaste a tu dormitorio. Si no fueses tan desordenada sabrías dónde las has puesto.

—No soy desordenada, solo dejo que las cosas tengan libertad para elegir dónde estar.

Si ya estaba nerviosa antes, en ese momento lo estaba más que un testigo falso.

Paula fue a buscar las perlas y, aunque le llevó un buen rato, por suerte las encontró.

De verdad que yo procuraba seguir los consejos de sor María e intentar amar al prójimo, pero había ciertos prójimos que me lo complicaban.

La peluquera empezó a coger mechones y a tirar de ellos con tanta fuerza que tuve la sensación de que me sacaba cinco centímetros más del interior. Pedí que me trajeran un Nolotil porque presentía que iba a necesitarlo después.

Yo miraba a mis amigas y ellas me miraban a mí. Era aburrido estar sentada sin hacer nada y que la que torturaba mi cabeza se moviera menos que un ojo de cristal.

—Tampoco te compliques mucho la vida —le dije metiéndole un poco de caña. Si la mujer hubiera sido lista lo habría entendido, pero un refugio tenía más luces que ella—. Contadme algo. —Había comenzado a mover los dedos de las manos sobre las piernas.

—¿Sabes cómo se escribe «te dejo» al revés? —Sara y yo observamos a Paula, y la peluquera también porque en ese momento dejó mi cabeza en paz—. Jo-de-te. No creo que sea casualidad.

Me reí.

—¿A qué viene eso?

Se encogió de hombros.

—Has dicho que te cuente algo.

Llevaba razón, yo se lo había dicho.

—Oye, perdona. —Medio giré la cabeza como pude—. No vamos a tardar mucho, ¿no? Es que me caso hoy. Lo digo porque, aunque sé que tengo que llegar un poco tarde a la iglesia, quiero que el novio siga estando allí.

—Sí, no te preocupes, ya no tardo mucho.

Asentí. Yo me hacía los moños en menos de cinco minutos y el recogido que iba a hacerme no era tan complicado. Una serie de trenzas que enredaría en la parte baja del cogote y algunas ondas sueltas alrededor de la cara. Y todavía le faltaba maquillarme.

Vale, cierto, soy una exagerada, tampoco llevábamos tanto tiempo, pero en el estómago se me estaba formando un gran vacío que no sabía si era de hambre, si se me estaba revolviendo, o si tenía que pasar al baño a hacer popó (que dirían las princesas). Esto último mejor hacerlo antes de ponerme el vestido.

Mis amigas no se vestían porque también iba a maquillarlas a ellas.

Estaba deseando ver a Samuel. Le había sugerido lo de llevar espada. Él se lo había tomado como una broma más de las mías.

Había ido a comprar el traje con sus padres y no me había querido contar cómo era, y eso que yo había insistido más que Caperucita cuando interrogaba a su abuelita sin saber que era el lobo —no sabía si había ido a visitarla o a criticarle que todo lo tuviese grande.

También el día anterior había hablado con mi madre. No aceptaba que me casase con el hijo de Ernesto y, como su gran talento era mentirme, el mío fue fingir que la creía.

La peluquera terminó de colocar las perlas y se dedicó a mi cara. Aquello era peor ya que solo podía ver su delantera. Me armé de paciencia y recé por no tener que lavarme el rostro cuando acabase.

—Que sea natural, por favor, y me pones los rabillos como los que se suele pintar Sara. Enséñale alguna foto, Paula. —Como ella hacía fotos de todo...

Por fin, cuando terminó, antes de mirarme en un espejo, hice unos cuantos estiramientos. Sentía los músculos oxidados, así como el hombre de hojalata del Mago de Oz.

—¡Estás preciosa! —exclamó Paula enchufándome el *flash* de la cámara en los ojos. Me quedé momentáneamente ciega—. A Samuel le

va a dar un síncope cuando te vea. —Como yo solo tenía lucecitas en las retinas, no pude llevarle la contraria.

Más tarde, después de que se arreglaran, dejé de jugar al Candy Crush y permití que me ayudasen con el vestido.

No porque sea yo, que también, pero me vi espectacular al mirarme en el espejo. Era una verdadera princesa de cuentos. De hecho, no me atrevía a moverme por no despeinarme o que se arrugara la ropa.

Paula me grabó para subirlo a las redes. La hice prometer que no lo hiciera antes de que Samuel y yo nos viéramos, por si acaso él o cualquiera de sus amigos lo descubrían en Instagram.

Ya sabemos todos que los novios no se podían ver antes de la ceremonia. Por ese mismo motivo yo había pasado la noche con ellas.

Me sorprendió que llamaran a la puerta. No tanto que llamasen, pues alguna vecina había ido a verme y a felicitarme, sino de que los que lo habían hecho fueran mis futuros suegros.

No voy a negar que me achanté al verlos entrar en el salón. Ambos iban guapos y elegantes —lo que viene siendo para una boda.

—Libertad, estás muy bella —me dijo Clara acercándose a mi (como un ave rapaz acecha a un ratón)—. Ernesto y yo te hemos comprado algo que nos gustaría que te pusieras.

Tragué nerviosa. ¡A saber qué me iban a regalar! Me miré de arriba a abajo. Llevaba algo nuevo, que eran el vestido y todos los complementos; algo azul, que era el lazo de una liga, y algo prestado, que era el rostro que me había dejado la peluquera y unos guantes cortitos.

—Gracias, no tenían que haberse molestado.

Clara abrió delante de mí un estuche en el que había un colgante que pendía de una fina cadena de oro. Se trataba de la inicial de mi nombre en brillantes azules sobre un pequeño hexágono cuyo fondo era de marfil.

Me encantó. Habría sido imbécil si decía lo contrario.

—¿Te gusta? —Asentí con la cabeza viendo como ella lo sacaba del estuche—. Se lo enseñamos a Samuel y dijo que habíamos acertado.

—Es una preciosidad.

—¿Puedo ponértelo?

Estaba sorprendida, conmocionada, entusiasmada y todas las palabras que terminaban en -ada (o casi todas, que algunas son muy feas)

Clara me puso el colgante y después me abrazó. No me aplastó mucho ni lo hizo con fuerza, quiero pensar que por no estropear mi vestido.

***

En la sacristía, Samuel escuchaba a su primo, a Hugo y a Julián, que no dejaban de decir tonterías.

—¿Cuál es la postura que más has usado para practicar sexo? —preguntaba Julián.

—De rodillas y pidiéndolo por favor —contestó Quique.

Todos estallaron en carcajadas, incluso Samuel, que llevaba toda la mañana en plan despiste.

—El sexo alarga la vida —intercaló Hugo.

Quique soltó el aire por la boca con la misma parsimonia que un globo al deshincharse.

—Estoy jodido, tengo las horas contadas.

Más risas.

El párroco entró a chistarlos y Samuel se disculpó por él y por el resto.

—Machos, entretenéis más que una manifestación de payasos. Me siento como Noé, rodeado de animales.

Hugo se encogió de hombros.

—Hoy me he bañado en aceite para que todo lo que digas me resbale.

—Samuel. —Quique le tocó el hombro con afecto—. Sabes que a partir de ahora debes ser fiel a Copito.

—Lo he sido siempre —respondió frunciendo el ceño—, además, no entiendo la infidelidad. Me ha costado mucho encontrar a una persona que me gustara, imagínate a dos.

De nuevo estallaron en carcajadas y otra vez regresó el párroco, esta vez acompañado de la madre de Samuel.

—Ahora deberán salir todos de aquí excepto el novio y la madrina.

Obedecieron al segundo uno. Si habían estado con Samuel había sido por no dejarle solo, pero preferían estar en la calle con el resto de los invitados, que era donde estaba verdaderamente la fiesta.

Había acudido gente del gimnasio y amigos, familiares por parte de Samuel y dos monjas por la de la novia, más sus inseparables amigas que llegarían con Libertad y con Ernesto, que había decidido ser quien la llevara al altar.

—¿Cómo estaba ella? —preguntó Samuel a Clara, abotonándose el chaqué negro.

—Hermosísima. Parece una princesa.

La boca masculina pintó una sonrisa.

—No lo parece. Lo es.

Samuel pudo confirmarlo más tarde y sonrió satisfecho, pues por fin, su Elizabeth Bennet se había dado cuenta de que él era su Mr. Darcy.

Epilogo

Era el segundo año consecutivo que habían celebrado un espectáculo de danza ante tantas personas, y si el primero había estado bien, a secas, ese año había conseguido que el público se desatara en aplausos y vítores y se marchara con la sensación plena de haber disfrutado a lo grande.

Con la cabeza sobre la almohada, cerró los ojos recordando el enorme silencio que había provocado su salida en el baile final de despedida. Ese había sido el único que se había permitido bailar entero y lo había hecho como la princesa Odette. El resto solo se había tratado de algunos pasos para apoyar a sus alumnos que estaban al borde de un ataque de nervios, más cuando a última hora les habían informado sobre la asistencia de algunos cazatalentos.

Una vez más, al poco de comenzar a sonar la música, se había dejado embargar por las emociones, y cuando hizo enmudecer a los espectadores en sus butacas se olvidó de todo. De todo excepto de su marido, cuyos ojos claros seguían todos sus movimientos extasiados. Libertad bailó por él y para él y, una vez que la última nota del *Lago de los Cisnes* se esfumó con la promesa de que aquella vez, ese día, los amantes no morirían, el teatro atronó con potencia.

—¿Cansada? —preguntó Samuel entrando en el dormitorio.

Ella abrió los ojos y lo miró con una perezosa sonrisa pintada en

los labios de fresa.

—No, estaba esperando que vinieras a dormir.

Apartó las cobijas por el lugar por donde él solía acostarse y palmeó el colchón con la mano.

Samuel tragó saliva, con la garganta repentinamente seca. Ella se encontraba desnuda y su cara de hechicera lo obligaba a acercarse atraído por hilos invisibles que le mantenían atrapado. Sintió que comenzaban a temblarle las piernas.

—Hazme el amor, mi aguerrido esposo, y prometo que nunca más volveré a torturarte.

Samuel se desprendió de la ropa ante una batalla que sabía perdida. Ella dominaba su voluntad con el más puro y simple de los embrujos.

—Puedes hacerlo cuando quieras, tus torturas son todo un reto para mí y no hay nada que me guste más que aceptar un desafío.

Por el tono de su voz, Libertad era consciente de que se burlaba de ella. Desde que se habían casado, o incluso desde antes, él solía bromear con su antigua absurda idea sobre *virgen hasta el altar*. En realidad, no le había llevado mucho tiempo admitir que un papel firmado no equivalía al *y fueron felices para siempre*. Solo la constancia, el cariño, la compresión y el respeto, amén de la pasión, eran los pilares que mantenían una relación sólida como la que ellos sostenían en esos momentos.

—Una cosa. —Samuel se detuvo a medio camino—. ¿Por qué esta vez no murió Odette?

—Porque el príncipe Sigfrido luchó con el malvado Von Rothbart y ganó. Nadie debería morir por amor.

Ella abrió los brazos para recibirle y, mientras ambos se devoraban la boca, él satisfecho con su respuesta, sonó una campanilla que venía desde algún lugar del ático.

Samuel alzó un poco la cabeza con las cejas curvadas.

—¿Qué es eso?

Libertad se deshizo de sus brazos.

—Olvidé que puse leche a calentar en el microondas.

Salió de debajo del cuerpo masculino y corrió a ver que su descuido no hubiera causado ningún daño irreparable.

Regresó en menos de un minuto con las manos en la cabeza.

—¡Oh, Samuel! ¡Qué tragedia más grande! —Él frunció el ceño, observándola—. El vaso ha estallado y la leche ha puesto todo...

Samuel se incorporó, la tomó de la cintura y, cogiéndola en brazos, la depositó de nuevo sobre la cama con una suave risilla.

—Sí, es una tragedia absoluta y enorme —susurró sobre sus labios.

Esperaba que todas fueran como esas. O como esas no, pensó. Llevaban comprados cuatro microondas desde que se habían casado.

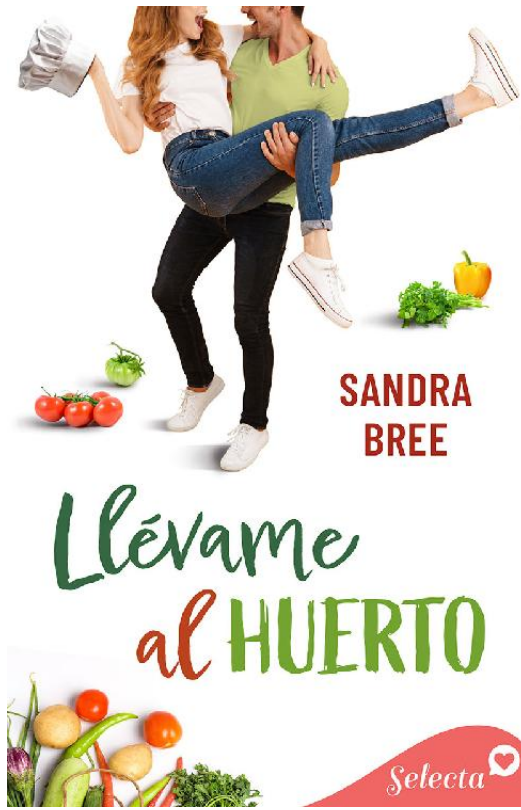
Pero por su princesa, bien valía la pena.

Fin

Si te ha gustado

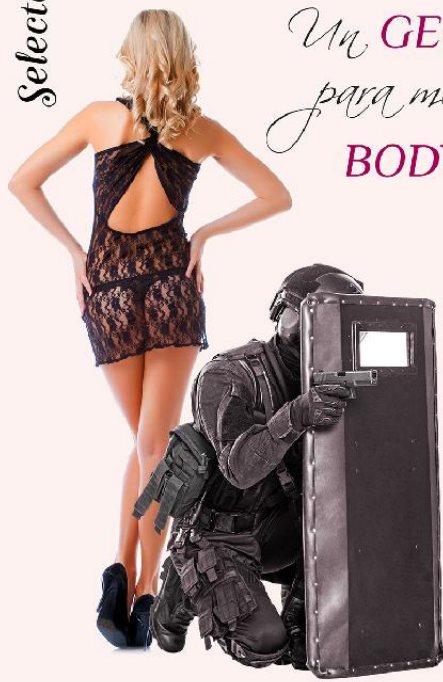
¡Qué tragedia más grande, Samuel!

puedes disfrutar de estas



Selecta

Un GEO para mi BODY



SANDRA BREE

SANDRA BREE

EBRIAS DE AMOR 4

CHUS Y VINO... BÁLSAMO DIVINO

Selecta

Selecta

¿Y si fuera Lucas?

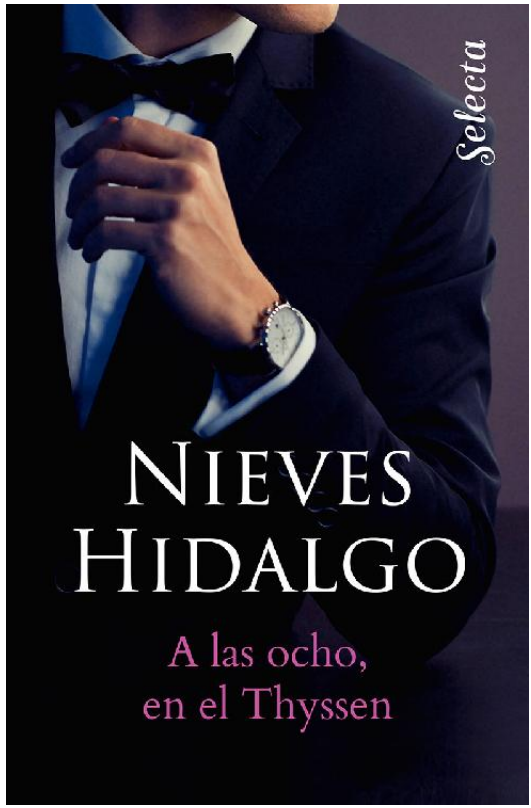
Mayeda Laurens

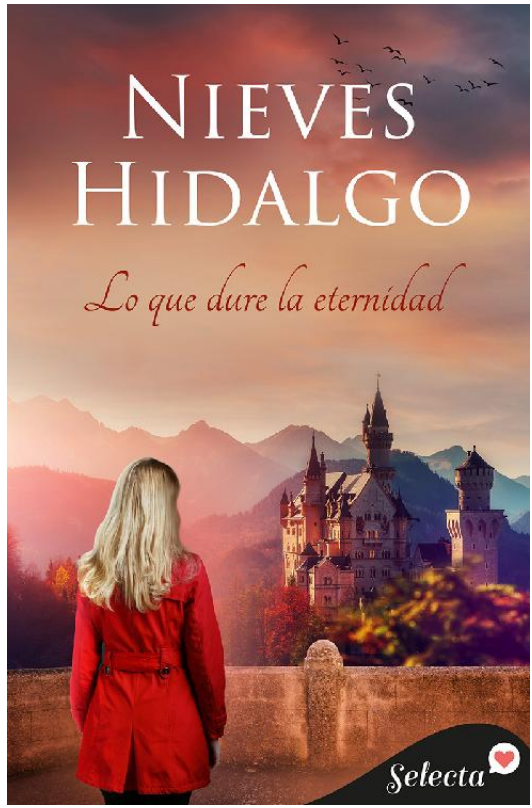
ANA ÁLVAREZ

EBRIAS DE AMOR
1

UN VODKA PARA VERO Y QUE LA AYUDE EL DEL TERCERO

Selecta


Selecta
NIEVES HIDALGO
A las ocho,
en el Thyssen


NIEVES
HIDALGO
Lo que dure la eternidad
Selecta

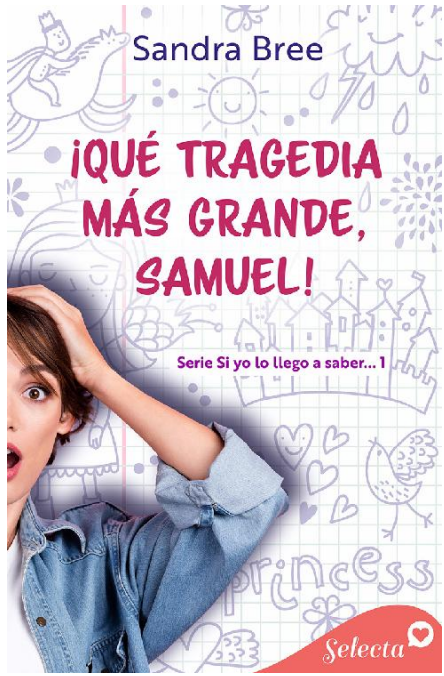
RUTH M. LERGA

Publicada originalmente como
Brandy Manhattan

Ligar es como montar en bici

Selecta

Samuel no tiene nada contra el matrimonio, pero la exigencia de Libertad de «virgen hasta el altar» le suena a cadena perpetua. Así que va a tener que conseguir que lo desee tanto como él a ella o no llegará cuerdo a la boda.



Libertad ha vivido los últimos cuatro años de su vida en un internado, sin recibir visitas de nadie. Para trivializar su pena se creó un mundo lleno de fantasía, palacios, princesas y amores novelescos. Lo que nunca imaginó es que el Príncipe Azul que iba a aparecer en su vida sería un profesor de kárate que, a diferencia de lo que pasa en los cuentos, no iba a conformarse solo con un beso…

Desde que **Samuel** conoce a Libertad cae rendido ante su inocencia. Sin embargo, cuando descubre que tiene unos pensamientos un poco anticuados y sueños absurdos sobre cuentos de amores románticos decide llevar la pasión de ella al límite para que cambie de idea.

¿Resistirá Libertad los apasionados besos y las sensuales, atrevidas y ardientes caricias de Samuel o será él quien tendrá

que soportar como pueda una larga y ardiente espera hasta el día de la boda?

Sandra Bree (Sandra Palacios) es una ávida lectora desde que era muy jovencita. Sus novelas preferidas son las románticas, ya sean históricas, contemporáneas, paranormales y juveniles. Aunque en su biblioteca personal tiene una amplia gama de géneros, suspense, policíacas… Nació en la primavera de 1971 en Madrid capital y vivió sus primeros años en el castizo barrio de Lavapiés. Luego se trasladó al sur de la comunidad, donde realizó sus estudios. Ahora reside allí con su marido y sus tres hijos. Ama la naturaleza, es adicta a la coca-cola y ha publicado varios libros hasta la fecha.

Edición en formato digital: junio de 2023

© 2023, Sandra Bree
© 2023, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Diseño de portada: Bárbara Sansó Genovart
Imágenes: Shutterstock

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright.* El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-18497-62-9

Conversión digital: leerendigital.com

Facebook: penguinebooks
Facebook: SomosSelecta
Twitter: penguinlibros
Instagram: somosselecta
Youtube: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro.»

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **Penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

Penguinlibros.club

Penguin Random House Grupo Editorial

Penguinlibros

[1] *El señor de los anillos*.
[2] Cinturón de la equipación de kárate.

Índice

¡Qué tragedia más grande, Samuel!

Prólogo
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Epilogo

Si te ha gustado esta novela
Sobre este libro

Sobre Sandra Bree
Créditos
Notas